



SS
**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN
**MURIERON
DE PIE**

de

El pequeño «Renault», niquelado y bonito como un juguete, rodaba lentamente por la avenida de España. Moría la tarde, y en la inmensa luz azul del cielo africano se había incendiado una nube que era como una inesperada huella roja sobre el panorama de la ciudad. La bahía estaba en calma, con la vela blanca de un yate sobre el fondo verde y, más cerca, las palmeras quietas, dormidas, mirando al infinito.

Lyse Cappa, mientras sus finas manos empuñaban el volante, devoraba aquella tierna sinfonía de colores con los ojos. Llevaba en Tánger dos días nada más, pero en dos días había acumulado sensaciones suficientes para llenar una vida entera, o por lo menos la vida entera de uno de los millones de burgueses oscuros que forman el cañamazo donde el destino borda la existencia de los seres privilegiados. Lyse, en aquel momento, se consideraba a sí misma un ser privilegiado: tenía veinticuatro años, una figura felina y elegante, un gran *chic*, un rostro oval y de extraña belleza, un fino y rizado cabello color de cobre, un coche, mucha libertad y mucho tiempo disponible. Se hallaba en Tánger, sola y alojada en el mejor hotel. Llevaba puesto un vestido de Balenciaga y guardaba en el interior de su bolso dos tarjetas, una de Pierre Lebrun y otra de Lucien Romberg. En las dos había, al dorso, la misma frase: «A las siete en el Café Andaluz. Es de vital importancia que usted acuda».



Mark Halloran

Murieron de pie

Bolsilibros: Servicio Secreto - 236

ePub r1.0

jala y xico_weno 20.11.17

Título original: *Murieron de pie*

Mark Halloran, 1955

Ilustraciones: Antonio Bosch Penalva

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





Mark Halloran

Murieron de pie

1ª EDICIÓN

FEBRERO - 1955

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Murieron DE PIE



por MARK HALLORAN

CAPÍTULO PRIMERO

El pequeño «Renault», niquelado y bonito como un juguete, rodaba lentamente por la avenida de España. Moría la tarde, y en la inmensa luz azul del cielo africano se había incendiado una nube que era como una inesperada huella roja sobre el panorama de la ciudad. La bahía estaba en calma, con la vela blanca de un yate sobre el fondo verde y, más cerca, las palmeras quietas, dormidas, mirando al infinito.

Lyse Cappa, mientras sus finas manos empuñaban el volante, devoraba aquella tierna sinfonía de colores con los ojos. Llevaba en Tánger dos días nada más, pero en dos días había acumulado sensaciones suficientes para llenar una vida entera, o por lo menos la vida entera de uno de los millones de burgueses oscuros que forman el cañamazo donde el destino borda la existencia de los seres privilegiados. Lyse, en aquel momento, se consideraba a sí misma un ser privilegiado: tenía veinticuatro años, una figura felina y elegante, un gran *chic*, un rostro oval y de extraña belleza, un fino y rizado cabello color de cobre, un coche, mucha libertad y mucho tiempo disponible. Se hallaba en Tánger, sola y alojada en el mejor hotel. Llevaba puesto un vestido de Balenciaga y guardaba en el interior de su bolso dos tarjetas, una de Pierre Lebrun y otra de Lucien Romberg. En las dos había, al dorso, la misma frase: «A las siete en el Café Andalúz. Es de vital importancia que usted acuda».

Lyse no conocía a Pierre Lebrun ni a Lucien Romberg, ni sabía absolutamente nada de ellos: esto era lo que hacía la situación verdaderamente curiosa, y hasta apasionante. Las tarjetas llegaron aquel mediodía a su hotel, casi a idéntica hora, fueron entregadas a mano, en ambos casos por un mandadero indígena, aunque en ambos distintos, y eran igualmente distintas las caligrafías de

quienes trazaron la frase en las dos. Lyse pensó, al principio, si se trataría de una broma. Luego, cuando iba a romper las tarjetas, se le ocurrió que al fin y al cabo estaba en Tánger y que en Tánger todo era posible, incluso que dos hombres desconocidos citaran en él mismo lugar, a la misma hora y con las mismas palabras a la misma mujer.

Ahora, camino de la cita en su pequeño «Renault», Lyse sonreía vagamente. No eran espíritu de aventura y curiosidad lo que le faltaba. En cuanto a Pierre Lebrun y Lucien Romberg, ¿qué? Hombres nada más. Compatriotas, franceses. No tenía mucho que temer de los hombres franceses: los había tratado demasiado, estaba al cabo de la calle de sus debilidades, de sus flaquezas, cortados todos por el mismo patrón. «A las siete en el Café Andaluz. Es de vital importancia que usted acuda»: la frase daba un poco de risa. Aunque en el mundo, para Lyse, no había nada de vital importancia, ¿qué se perdía con probar?

El Café Andaluz estaba en el Zoco Chico, que era por sí solo una especie de vasto café. Lyse aparcó el «Renault» donde pudo, sacó del bolso un espejito y se examinó en él. Si lo que Lebrun y Romberg deseaban era ver una muchacha bonita, se dijo, se cumpliría largamente su deseo. Después abrió la portezuela y se apeó, aprovechando la ocasión para demostrar a un grupo de adormilados curiosos que sus piernas valían como las que más.

A las siete y tres minutos se sentaba ante una de las mesas exteriores del Andaluz. El Zoco Chico hervía de animación, y Lyse, en dos días, no se había aún habituado al espectáculo de la población mora entremezclada a los turistas llegados de todos los rincones del mundo, de las mugrientas chilabas junto a los trajes de St. James Street, de los aderezos de madera y esparto frente a las joyas de la Rué de le Paix, de los pequeños borricos indígenas transportando pacientemente su carga entre un.

«Cadillac» y un «Mercedes» último modelo. Lyse encendió un cigarrillo. En torno, murmullo de conversaciones en una docena de idiomas. Los rizos negroazulados de un limpiabotas berberisco, la dorada rodilla de una inglesa y, detrás, un mendigo ciego pidiendo limosna en nombre de Alá. La radio, dentro del café, transmitía un programa de música norteamericana.

Lyse ordenó un Dubonnet, y el camarero se lo sirvió a las siete y

siete minutos. Hasta aquel momento, ni rastro de Romberg y Lebrun. No tenía más remedio que esperar. Uno y otro debían de conocerla, o de lo contrario le habrían solicitado una contraseña: la clásica flor, o el no menos clásico libro de cubiertas rojas...

Al tomar el primer sorbo de su bebida, la muchacha se dio cuenta automáticamente de que la emisión de música americana, había terminado, y se iniciaba un boletín informativo. De pronto:

A las dos de la tarde de hoy, en su habitación del Hotel Velázquez, ha sido hallado muerto en circunstancias misteriosas el súbdito francés M. Lucien Romberg, llegado anoche de Casablanca. Lucien Romberg era muy conocido en los medios artísticos marroquíes por sus óleos costumbristas, que merecieron una medalla en la reciente Exposición de Temas Africanos celebrada en Rabat. La policía investiga las causas del suceso, del que facilitaremos mayor información en nuestras próximas emisiones...

Un taxi se detuvo cerca de las mesas y, sin saber exactamente por qué, la atención de Lyse se concentró en el hombre que pagaba y descendía. La noticia que acababa de oír la había sumido en un mar de confusiones, en el más absoluto desconcierto, en un estado anímico, que casi se parecía al terror: ¡Lucien Romberg muerto «en circunstancias misteriosas»! ¿Cuáles eran las circunstancias misteriosas? ¿Se trataba de un asesinato? ¿De un suicidio? Y acaso —¡no imposible!—, ¿existía alguna relación entre la muerte misteriosa de Romberg y la misteriosa cita que a ella le dio? ¡Romberg, un pintor de temas marroquíes recién llegado de Casablanca! ¡Absurdo!

Lyse se puso en pie, procurando no perder el dominio de sus nervios. Entonces observó que el hombre del taxi la miraba y, sin titubear, se dirigía a ella. Era un individuo de mediana edad, vulgar, de aspecto más bien ventrudo, ligeramente calvo, sudoroso y con gafas; no el tipo que se embarca en la aventura de citar a una bella muchacha desconocida. Sin embargo, ¿era «el otro»? ¿Era Pierre Lebrun?

Sorteaba ya las primeras mesas. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a decir? Lyse, expectante, estrujó el bolso entre sus manos.

Pero el hombre no hizo ni dijo nada. Lo que ocurrió fue todavía más asombroso que lo que estaba ocurriendo, porque allí, entre las mesas, repentinamente, el individuo calvo dio un traspiés, se tambaleó, movió de un modo raro los brazos, como si le faltara aire. Lyse vio transfigurarse su rostro, le vio abrir la boca, vio los surcos que se le grababan en la cara, y la terrible palidez que se extendía por ésta. Alguien gritó. El hombre cayó, se hundió materialmente en sentido vertical, y derribó una silla y un vaso.

En derredor se produjo considerable revuelo, mientras la muchacha, atónita, permanecía en pie junto a su mesa. La cosa había durado unos pocos segundos. En los pocos más que Lyse necesitó para reaccionar, un hombre alto y joven, con traje color oliva, se abrió paso entre la gente, se inclinó, levantó por los sobacos al caído y le llevó medio a rastras al café. Lyse entró tras ellos. Dos camareros corrían a ayudar al joven. Éste dijo en francés:

—Pronto, un lugar donde no haya nadie.

Instantes después, sin verdadera noción de cómo había llegado, Lyse se encontró en un reservado donde estaban también el joven del traje color oliva, dos parroquianos, tres camareros y otro personaje que hablaba muy deprisa en español y que era el dueño o el gerente del local. En español ahora, el joven ordenó:

—Cierren la puerta.

Fue obedecido, y las voces excitadas que sonaban más atrás se apagaron un tanto. Mientras, él levantó en vilo al hombre calvo, le tendió sobre la mesa y se inclinó para examinarle. Casi no hizo más, aparentemente, que tomarle el pulso y alzarle un párpado. Enseguida se enderezó. Frunció el entrecejo:

—Ha muerto.

Lyse se apoyó en la pared.

—¿Muerto? —repitió el propietario del café—. ¿Tan deprisa? Pero ¿quién es?

¿Cómo ha ocurrido?

El joven metió tranquilamente la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del cadáver y extrajo un billetero, que abrió.

—Se llamaba Pierre Lebrun. —Lyse se estremeció—. Comerciante. Casado. Residente en Casablanca. ¿Tiene alguno de

ustedes la bondad de llamar a la policía? A primera vista se trata de un ataque al corazón... pero a primera vista solamente.

—¿Quiere... decir... que le han matado?

El desconocido no contestó, y aun en caso de hacerlo, Lyse no le hubiera oído. El mundo daba vueltas para ella, vueltas entre sombras. Tuvo que cerrar los ojos. Dos hombres a quienes no conocía le habían enviado a mediodía sus tarjetas, citándola para las siete de la tarde en el Café Andalúz: se llamaban Pierre Lebrun y Lucien Romberg. Éste, un pintor africanista recién llegado de Casablanca, había fallecido misteriosamente, a las dos, en el Hotel Velázquez; Lebrun murió delante de ella, cuando se aproximaba a ella, cuando iba a hablarla a ella. ¡Dios, era imposible! ¡Era pura quimera suponer tan sólo que los hechos se hubieran producido así!

Aunque notó que una mano la asía, del codo, la muchacha no abrió los ojos. Se sentía desfallecer. La mano la obligó a andar. Oyó voces. Después, silencio. Una silla.

—Siéntese.

Se sentó. Una breve espera.

—Beba esto.

Lo bebió Era coñac. Pensó en el hombre calvo y ventrudo tendido sobre la mesa, pálido, inerte, y experimentó náuseas, pero el coñac le hizo bien.

Al abrir los ojos vio al joven sentado frente a ella, con un cigarrillo en la comisura de los labios. Sus pupilas grises la perforaban. El traje verde oliva aparecía nuevo, impecable, e igual la blanca camisa de nylon, la corbata y el pañuelo que asomaba por el bolsillo. Había en el aire un tenue olor a lavanda. Lyse se fijó en el cabello un poco rebelde del desconocido, en su perfecto afeitado, en su rostro viril y anguloso, en su boca firme, y la invadió un automático sentimiento de seguridad. Luego, al mirar en torno, descubrió que estaba en un reservado semejante al anterior, sólo que encima de la mesa no había más que su bolso, y ningún cadáver.

El joven preguntó:

—¿Quién es usted, si puede saberse?

Tenía el exacto acento que hubiera tenido un hombre de su clase y de su tipo nacido y educado en París, pero con un cierto matiz de dureza, o quizá de desdén, y con una energía latente, sobre todo,

que obligó a Lyse a responder aun sin habérselo propuesto:

—Me llamo Lyse Cappa, soy periodista... redactora gráfica de «*Madame*»... una revista femenina...

—¿Qué hace en Tánger?

—Me han enviado a tomar un reportaje en colores. Es mi especialidad.

—¿Cuánto tiempo lleva?

—Dos días.

El desconocido se sacó el cigarrillo de la boca, y sopló la ceniza.

—Yo estaba ahí fuera cuando ese hombre ha muerto. He visto perfectamente que iba al encuentro de usted. ¿Quién es?

—Lo ignoro. Creo que se equivoca. —Lyse hizo un esfuerzo por serenarse y lanzó una rápida mirada a su bolso, dentro del cual se hallaban las dos misteriosas tarjetas—. Ese hombre no venía a mí encuentro... no le había visto en mi vida. —Estaba segura de que nadie admitiría como cierta su extraña historia, y prefería mentir a mezclarse estúpidamente en algo que no la incumbía, que no podía ni debía incumbirle para nada—. Sus dotes de observación, amigo, no parecen muy buenas...

—¿No? —Un destello cruzó las aceradas pupilas del joven—. Es posible. Entonces, ¿por qué ha entrado con nosotros, y por qué se ha impresionado tanto?

—He entrado porque soy periodista, y me he impresionado porque soy mujer. Él sonrió.

—Una excelente réplica. Dígame, ¿cómo ha llegado a Tánger? ¿Desde Casablanca?

—Directamente desde París.

—¿Dónde se hospeda?

—En El Minzah. Espere... ¿Tiene usted algún derecho a hacerme esas preguntas?

El muchacho se puso perezosamente en pie. Mediría quizá más de un metro ochenta, pero estaba tan estupendamente proporcionado que se desprendía de él una impresión de libertad y agilidad muy alejada de toda idea de corpulencia.

—Sí, tengo derecho —respondió. Prestó oído un instante—. Ya ha llegado la policía.

—Abrió la puerta. —Procure ser más sincera con ella de lo que ha sido conmigo. Es decir... si le gusta Tánger y aspira a vivir en

paz.

—¡Eh, oiga! —exclamó Lyse.

Él ya había salido al corredor. Tras haber titubeado un momento, Lyse se aprestó a seguirle, pero no le vio. Los curiosos se retiraban. Una patrulla de la policía especial había acudido en uno de sus rápidos *jeeps* dotados de radio, y el sargento belga que la mandaba hablaba con el propietario del café y un pequeño grupo de personas en el umbral del reservado donde yacía Pierre Lebrun. Cuando Lyse se aproximaba, un hombre en mangas de camisa se apartó del cadáver y se unió a los demás.

—¿Quién dijo que no era muerte natural? —Gruñó—. Es un ataque cardíaco; por el momento no cabe duda.

—Lo insinuó un... un señor que estaba aquí, doctor —repuso el propietario, mirando a un extremo y a otro del pasillo—. Un joven español, que fue quien recogió de la calle a ese desgraciado.

—¿Médico?

—No sé.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el sargento.

—Pues... no lo veo...

Avanzó por el corredor hasta la puerta de comunicación con el local. No comprendía lo que estaba ocurriendo: ¡al desconocido del traje color oliva se lo había tragado la tierra!

El sargento insistió:

—¿Dice que era un español, señor Parada? ¿Seguro?

—Seguro —afirmó el propietario—. Se mostró muy caritativo.

Inmóvil, Lyse le escuchaba perpleja. Si el dueño del café declaraba que aquel hombre era español, se debía a que le había oído hablar su propio idioma con absoluta corrección, con la corrección que únicamente posee un nativo; sin embargo, también la muchacha le había oído expresarse en el suyo, y estaba dispuesta a jurar que era francés. ¡Qué raro personaje! ¿Raro? La frente de Lyse se arrugó. ¿Raro nada más?

—¿Desea usted algo, señorita?

Era el sargento belga quien preguntaba. Ella se encogió de hombros.

—Desearía marcharme, si no hay inconveniente. Sospecho que el suceso nos ha trastornado un tanto a todos.

—¿Fue usted testigo de lo que pasaba?

—Estaba sentada ahí fuera, en una mesa. No noté nada de particular.

El sargento se rizó maliciosamente el bigote. Sus ojillos examinaban a la muchacha con complacencia, recreándose en los detalles.

—Muy bien, señorita. Mis hombres, por si esto revistiera importancia, anotan el nombre y las señas de cuantos se hallaban cerca del infortunado M. Lebrun. ¿Tendrá usted la bondad de darle los suyos? ¡Mil gracias, señorita!

Lyse dio a un agente su nombre y sus señas. Y mucho después, cuando estaba ya lejos del Zoco Chico, cuando creía de buena fe haber dejado aquella enigmática pesadilla atrás, al inspeccionar el contenido de su bolso, descubrió que las tarjetas de Lebrun y Romberg habían desaparecido.

En vano las buscó. ¡El hombre del traje color oliva debió de sustraérselas mientras la trasladaba de un reservado a otro!

Lyse se preguntó qué sería lo que tenía que hacer. ¿Encontrar a aquel hombre? ¿Dar cuenta a la policía? ¿Seguir esperando? ¿Volverse a París?

CAPÍTULO II

Desde el bar del Club Americano, por encima de su vaso de *whisky* y a la luz de los focos exteriores, Dick Bower vio llegar y detenerse un soberbio «Alfa Romeo» descapotable. Conocía perfectamente aquel coche y al hombre que se apeó de él. El hombre se hacía llamar Harry Morton Gurney, e igual, y con el mismo derecho, no hubiera podido hacer llamar José Salcedo, Karl Schmidt o Gino Pignatelli. Cuando Dick Bower se lo tropezó por primera vez, que fue en 1943, en Dakar, trabajando para los Franceses Libres, su nombre era Jean Laporte, un nombre tan falso como los de Pignatelli, Salcedo, Schmidt y, ahora, el de Gurney; pero ya entonces, y siempre, dispuso de buenos coches, gastó el dinero que le vino en gana y estuvo rodeado de mujeres hermosas, que eran sus tres características distintivas. Quien no reparase más que en la apariencia superficial de las cosas, le hubiera envidiado; Bower, empero, nunca le envidió: él sabía de sobra que detrás de las mujeres, de los coches y el dinero, lo que en todo momento y a todas partes acompañaba a Harry Gurney eran la sombra y el frío de la muerte...

Nadie lo hubiera dicho, sin embargo. Harry se conservaba extraordinariamente joven, hasta el punto que sólo la profundidad de sus pupilas grises traicionaba su edad y su experiencia, y la claridad mental, la agilidad y el vigor físico no le habían abandonado. Tendría quizá treinta y dos años, pero no se le hubieran echado más de veinticinco.

Dick Bower pensó precisamente en esto, mientras le veía contornear la piscina a largas y sueltas zancadas. Dos mujeres que Harry se cruzó en su camino, dos mujeres que se volvieron a mirarle. Estaba magnífico, y de su traje color verde oliva se hubiera

sentido orgulloso el mejor sastre del mundo. No. —Dick Bower sonrió—, Harry, por suerte o por desgracia, no había cambiado...

Ni siquiera en sus gustos: pidió ginebra con soda y sin limón en cuanto llegó al bar. Luego, sosteniendo un cigarrillo en la comisura de los labios y entrecerrando un ojo, murmuró:

—Se han cargado a Lebrun.

Dick Bower, que apenas le había oído, se inclinó hacia él.

—¿Dónde?

—En el Zoco Chico, ante mis propias narices. No pude evitarlo.

—¿En el Zoco Chico? ¿A esta hora? ¿Con tanta gente?

—Un hombre no está nunca más solo que cuando se halla rodeado de gente —asintió Harry, olfateando su ginebra—. Son auténticos diablos, Dick... ¡Qué audacia la suya! ¡Y qué precisión, qué limpieza! Habrá sido relativamente fácil cazar a Romberg en su habitación del hotel, ¡pero a Lebrun! Ha caído como un plomo. Los médicos dictaminarían un fallo del corazón, si con Romberg no nos hubiéramos olido nosotros la tostada.

Dick Bower apuró de un trago su *whisky*.

—¿Has advertido a la policía? ¿O he de hacerlo yo, como antes?

—Hay tiempo. Casi por casualidad he descubierto cuál era el cebo que atraía a.

Lebrun y a Romberg al Zoco Chico a las siete de esta tarde: una mujer, una muchacha estupenda. —Harry se llevó la mano al bolsillo, sacó dos rectángulos de cartulina blanca, y los sostuvo como si fueran dos naipes—. A ver si entiendes algo, Dick. Esto estaba en su bolso. Ella es redactora gráfica de una revista de modas de París, que la ha enviado a tomar unas vistas en colores. Llegó hace dos días.

Bower tomó las tarjetas, leyó los nombres de Lebrun y Romberg y la frase que en ambas se repetía, y silbó.

—No, no lo entiendo. ¿Fueron ellos quiénes escribieron esto? ¿Citaron de verdad a esa chica? O si no, si es otra persona quien ha jugado con los tres, ¿por qué metió a la chica en el asunto?

—Exacto, ¿por qué la metió? ¿No será, que ella estaba ya metida de antemano?

—¿Es eso lo que supones?

—La chica me interesa —aparentemente, lo único que interesaba a Harry en aquel momento era su ginebra—. Ocupate de levantar

un poco de polvo a su alrededor, ¿comprendes? Se llama Lyse Cappa, redactora de «*Madame*», y se hospeda en El Minzah. Deja que lo de Lebrun y Romberg se resuelva solo.

—¿Eso es todo? ¿Significa que andas a ciegas? Harry reflexionó.

—No. ¿Tú conoces a Bruno de Silva?

—Temo que no.

—B. X. 14.

Dick Bower dio un ligero respingo. Había recordado instantáneamente...

—¡B. X. 14! ¿El agente doble que facilitó a la Gestapo los planes de defensa de Tobruk? ¿No murió? ¿No lo mataron los propios alemanes?

—Está ahora en Tánger, con pasaporte argentino, que es, según creo, su primitiva nacionalidad. Ha pasado en América diez años, y casi se ha pillado los dedos en Guatemala con la caída del régimen de Arbenz. Por eso ha vuelto.

—A sueldo de la

U. R. S. S.

El camino que siguieron todos...

—No, Bruno nunca ha aceptado sueldos de nadie. Sabe por experiencia que, en nuestra profesión, la autonomía es la mejor fuente de ingresos.

—Eso también lo sabes tú —replicó Bower, incisivamente.

—Con la diferencia de que, a mí, los ingresos jamás me han preocupado. Bien. —Harry dedicó a su vaso de ginebra una sonrisa —, te digo que Bruno está en Tánger, y donde él está siempre ocurren cosas. ¿Preguntabas si ando a ciegas? No, Dick, querido. Bruno de Silva es mi rayo de luz. Y te juro que me alegra volver a encontrarle...

—¿Es él quien se oculta tras la muerte de Lebrun y Romberg? La voz de Harry se había hecho nostálgica:

—¿Por qué no?

—¿Y qué es lo que tiene entre manos?

—Ah, eso... pronto lo averiguaré. —Harry vació el vaso, y lo depositó con un puñado de francos en el mostrador—. No descuides a Lyse Cappa, te lo ruego. Tendrás noticias mías.

Dio una palmada en el brazo a Bower, giró sobre sus talones y se alejó. Su formidable «Alfa Romeo», a poco, emitió un apagado

ronquido, maniobró, y concluyó perdiéndose de vista entre las frondas del Brooks Park.

Dick Bower pidió otro *whisky* y permaneció largo rato en completa inmovilidad, como si se hubiera convertido en piedra. El bar, próxima la hora de la cena, se fue vaciando. Por fin el americano pareció tomar una decisión, pues consultó su reloj, pagó y se dirigió al teléfono. Hizo una sola llamada, muy breve. Momentos después abandonaba el club con su largo «Oldsmobile» color crema de matrícula diplomática.

Antes de quince minutos se encontraba en el despacho privado de la residencia del administrador de la Zona Internacional y con un nuevo *whisky* en la mano, ofrecido por éste.

El administrador dijo:

—Me ha anunciado usted que tenía algo importante que comunicarme, Bower. Dado el puesto que ocupa en el Servicio de Información de la Legación norteamericana, adivino que se relacionará con la desagradable perspectiva que plantea la muerte de esos dos franceses, ¿me equivoco?

—No.

—Lo celebro. Usted sabe tan bien como yo que Tánger pasa por ser el paraíso de la libertad y la vida tranquila. No podemos consentir que sucesos de semejante índole arruinen nuestro prestigio turístico. Esos dos pobres diablos...

—Pierre Lebrun y Lucien Romberg. —Dick Bower interrumpió calmamente al administrador— eran dos espías profesionales.

El administrador se quedó de una pieza.

—Pero si Romberg... el pintor... En fin, ¿cómo lo sabe?

—Un agente norteamericano vino tras ellos desde Casablanca... Ha llegado este mediodía, demasiado tarde para evitar su muerte.

—¡Tras ellos! ¿Por qué?

—Romberg y Lebrun formaban trío con un sujeto llamado Van Huyss, a quien, según nuestro agente, asesinaron ayer antes de venirse escapados a Tánger. La versión no es oficial; ese asesinato ni siquiera consta. Ocurrió en Casablanca... No necesito decirle la de lindezas que pueden ocurrir impunemente en Casablanca en el presente estado de nacionalismo exaltado, descontento, terrorismo y huelgas.

El administrador tamborileó con los dedos, nervosamente sobre

el brazo del sillón.

—Cuénteme la historia, si es que hay historia, con un poco de orden, se lo suplico.

Parece grave.

Bower asintió. Tras una pequeña pausa, declaró:

—Nuestro agente se ha puesto en contacto conmigo cuando ya Romberg había muerto, solicitando acceso a la investigación. Se lo he conseguido, y ha descubierto dos cosas: una, que el cadáver de Romberg tenía clavada en el cuello, detrás de la oreja, una especie de astillita, como la punta de una espina de rosál, prácticamente invisible; otra, que Romberg había hecho una anotación en su cuaderno, bajo fecha de hoy, relativa al «Café Andalúz» y las siete de la tarde. No era mucho, y ni siquiera estábamos seguros de haber descifrado correctamente la nota, pero nuestro agente parece haber visto claro y ha dedicado el resto del tiempo a la búsqueda de Pierre Lebrun, desaparecido desde que Romberg murió. No le ha encontrado... creo que tampoco esperaba encontrarle. Suponiendo, sin embargo, que la nota se refería a una cita de Romberg con alguien importante, quizá con el propio Lebrun, o de ambos con otra persona, ha ido al Zoco Chico a las siete. Usted ha sido ya informado de que Pierre Lebrun, a las siete y minutos, murió entre las mismas mesas del «Café Andalúz», víctima de lo que un examen médico superficial calificaría de ataque cardíaco...

—¿Y no lo era?

—Era un asesinato, como el de Romberg. Yo di la alarma esta tarde. Los especialistas estarán ahora examinando a conciencia el cadáver y la astillita que se encontró incrustada en su cuello.

El administrador se acarició la frente, pensativo.

—Eso suena muy novelesco Bower, ¿lo advierte usted?

—No suena novelesco, señor: lo es, y yo no puedo evitarlo. Hay más todavía. Nuestro agente ha identificado a la persona con quien Romberg y Lebrun se habían citado en ese café: es una periodista francesa llamada Lyse Cappa, recién llegada a Tánger. Los dos hombres muertos la convocaron enviándole cada uno una tarjeta con las mismas palabras. Nuestro agente halló estas tarjetas en su poder.

Hubo un silencio. El administrador preguntó:

—Luego, uno de los motivos que trajeron a Lebrun y Romberg

de Casablanca, ¿fue entrevistarse con ella?

—Lyse Cappa es sólo redactora de una revista de modas.

—¿Eso equivale a contestarme qué no?

—Equivale a confesar que no sé una palabra, y que no me atrevo a sentar hipótesis... salvo una.

El Administrador se inclinó hacia adelante.

—¿Cuál?

—Nuestro agente no me ha dicho por qué razón andaba detrás de esos dos pajarracos —declaró Bower lentamente—, ni tampoco por qué mataron en Casablanca a Van Huyss. En cambio, me ha revelado que está en Tánger un individuo peligrosísimo, súbdito argentino, que hoy se hace llamar Bruno de Silva y que fue durante la guerra un célebre agente doble anglogermano, conocido por B. X. 14 en los archivos del Intelligence Service, famoso de un extremo a otro de África...

—Oí hablar de él, aunque le suponía muerto —interrumpió el administrador, sombríamente—. No me guata eso, *Bower*.

—Aguarde. De Silva es un espía profesional, Pierre Lebrun lo era, Lucien Romberg lo era; está claro que la coincidencia los ha relacionado en la mente de nuestro agente, pero ¿a usted no se le ocurre respecto a ellos nada más?

El administrador miró fijamente al norteamericano.

—No.

—Recuerde el *affaire* sobre falsificación de pasaportes de los Estados Unidos que tiene abierto la policía especial. Dos individuos desconocidos y todavía no identificados, aparecieron muertos en las orillas del Tahardatz hace una semana. Su única documentación eran sendos pasaportes americanos en regla... ¡que habían sido falsificados habilidosamente hasta en sus menores detalles!

—¿Y bien?

Dick Bower volvió expresivamente hacia arriba las palmas de las manos.

—La falsificación de pasaportes y su venta, pescando en el río revuelto de la tensión por que actualmente atraviesa Marruecos, es un negocio muy propio de gente como Bruno de Silva. Yo no sé si nuestro agente trabaja en pos de esto, pero estoy casi seguro de que los pasaportes falsos saldrán a luz por un camino u otro... ¡casi seguro, señor, oiga lo que le digo! ¡La presencia de B. X. 14 en

Tánger aclara muchas, muchísimas cosas!

Hubo un nuevo y largo silencio.

—Es posible —concedió el administrador—. Entiendo perfectamente lo que usted piensa: nadie, excepto ese hombre tan listo, avisado y experto, podría arriesgarse a semejantes operaciones, pues nuestra policía tiene suficiente control de lo que sucede en la Zona. En efecto, el misterio en torno a los dos cadáveres del Tahardatz es completo y no lleva visos de aclararse. ¿Solución?... Expulsar inmediatamente a Bruno de Silva...

Dick Bower rompió a reír.

—Descarte la idea, señor. Para expulsar a alguien se necesita un motivo, y una evidencia si se quiere probar su identidad. No, B. X. 14 jamás comete un error, un desliz, un descuido; no se toma la menor molestia si el premio a su esfuerzo no es fabulosamente grande, pero, cuando se la toma... resulta inútil cualquier empeño normal por empujarle a un traspié.

—¿Entonces?...

El norteamericano se levantó, y depositó su vaso vacío sobre una mesa contigua a los sillones.

—He dicho cualquier empeño «normal», señor, y en este momento hay de por medio uno anormal. Deje que nuestro agente se ocupe del asunto. Nosotros le ayudaremos en lo que precise, y basta. Yo no he venido aquí sino a ponerle sobre aviso a usted.

El administrador acompañó a Bower a la puerta.

—¿Quién es ese agente?

—Un rostro sin nombre. —Bower hizo un gesto vago con la mano—. Un superdotado, un hombre inteligente, fuerte, valeroso... ¡y mortífero! —El norteamericano apoyó la mano en el hombro del administrador, y le miró a los ojos—. Puede hablar a su futura víctima en francés, inglés, alemán, italiano, español, o en los principales dialectos árabes y bereberes, como un auténtico nativo, y luego disparar sin fallar nunca el blanco. Una joya.

El administrador había arrugado el entrecejo.

—No creí que existiera en el mundo más que un hombre así —comentó—. Se llamaba Gino Pignatelli... era el instrumento más valioso que el espionaje italiano tenía en África durante la guerra... Murió trágicamente en el oasis de Manzoura, a fines del año 1943.

Dick Bower sonrió.

—Muy curioso.

Estaba pensando en que hay personas que tienen la rara virtud de morir trágicamente varias veces.

CAPÍTULO III

El teléfono sobre la mesilla de noche rompió a sonar. Lyse Cappa despertó sobresaltada. Dio una mirada al reloj al encender la luz. Eran las dos y veinte minutos.

Descolgó el aparato.

—Diga.

—Mil perdones, señorita —articuló, en francés, una voz untuosa y profesionalmente amable—. Sé que la hora no es muy apropiada, y así se lo he indicado a estos señores, pero insisten de tal modo...

—¿Qué señores?

—La policía, señorita. Desean hablar con usted. Lo cosa parece muy importante. Lyse titubeó. ¡La policía, a las dos y pico de la madrugada! ¿Qué había ocurrido?

¿Acaso denunció el apuesto desconocido del traje color oliva que ella estaba citada con Romberg y Lebrun? ¿Era él mismo un policía, quizá? No, Lyse sabía intuitivamente que no lo era y que no denunció nada; sabía que en el fondo de aquel extraño problema se ocultaban otros problemas irresolubles...

—¿Y bien, señorita? —insistió la voz untuosa. Había que hacer frente a la realidad.

—Que suban dentro de cinco minutos —respondió la muchacha.

Saltó de la cama, se puso una nebulosa bata de «nylon» rosado, y pasó rápidamente al cuarto de aseo. Cuando llamaron estaba ya lista. Abrió e introdujo a los visitantes en el gabinete.

Eran dos: un joven oficial y un hombre grueso, vestido de paisano, que usaba gafas.

El oficial dijo:

—Es usted muy amable —saltaba a la vista que la belleza y el atuendo de Lyse habían causado fuerte impacto en él—. Se trata

sólo de una investigación rutinaria, pero de gran urgencia, y le agradecemos sinceramente que se haya prestado con tanta gentileza a ayudarnos.

La muchacha le examinó y le clasificó en una fracción de segundo. Hablaba francés, aunque con fuerte acento extranjero que no pudo identificar. Era de mediana estatura, moreno, nervioso, y parecía sumamente sensible a los encantos femeninos. ¿Lo parecía, nada más? Su actitud y sus palabras resultaban tranquilizadoras, a pesar de lo cual Lyse permaneció alerta.

—Tengo bastante desarrollada la conciencia de mis deberes cívicos —respondió.

Hizo sentar a los dos hombres y les ofreció tabaco, que aceptaron ambos. El más grueso se mostraba un tanto cohibido y, sin pronunciar palabra, después que hubo encendido el cigarrillo, sacó una estilográfica y un cuaderno de notas, apoyó éste en sus rodillas y esperó mirando al suelo. El joven no miraba al suelo, sino a Lyse. Ella alisó displicentemente los vaporosos pliegues de su bata.

—Según los informes reunidos por una de nuestras patrullas —manifestó él—, usted se encontraba a las siete y minutos de esta tarde en un café del Zoco Chico, muy cerca, de un hombre que murió de repente... Tuvo usted la bondad de dar su nombre y sus señas, si no me equivoco.

—Sí —musitó la muchacha, a la expectativa.

El oficial movió la mano, como subrayando lo que iba a decir.

—Aquel hombre fue asesinado, señorita. Sí, allí, ante los ojos de todos, en silencio, en la más completa impunidad... Estamos interrogando a los testigos... ¿comprende? Necesitamos averiguar si alguien presenció, sin darse exacta cuenta de lo que presenciaba, cómo se cometía el crimen. Reflexione usted, se lo ruego. —El joven se inclinó persuasivamente hacia adelante, con las manos extendidas—. Evoque la es —cena. Dígame ahora, ¿alguna persona de las que usted tenía alrededor, cuando aquel hombre se aproximaba, cuando pasaba entre las mesas, se llevó a la boca un objeto determinado... un canuto... una cañita como las que se utilizan para sorber refrescos?

¡Piénselo bien! ¿Una boquilla? ¿Una boquilla larga? ¿Alguien sostuvo un objeto en posición casi horizontal durante un segundo o

dos... apuntando al cuello de ese hombre?

Lyse se estremeció involuntariamente. El motivo de la intempestiva visita de los dos policías no se relacionaba con ella, como temió, ¡pero era un motivo especialmente siniestro! Apretando los párpados y concentrándose, trató de revivir el confuso momento que mediara entre el comienzo del boletín de noticias que emitía la radio, y la caída de Pierre Lebrun poco menos que a sus pies. ¿Alguien con un objeto en la boca? Hubo en torno turistas opulentos, comerciantes indígenas, personajes ambiguos cargados de joyas falsas, o verdaderas que parecían falsas; vulgares ciudadanos, vulgares limpiabotas, vulgares camareros, vulgares mendigos que salmodiaban quejumbrosamente su jaculatoria... Muchísima gente, pero ¿alguien con un objeto en la boca? ¿Una boquilla, una cañita, un canuto? Lyse no conseguía recordarlo. Toda su atención se había centrado en el hombre ventrudo, ligeramente calvo, sudoroso y con gafas, que se apeaba de un taxi y que instantes después iba a morir fue como si hubiera presentido su muerte.

—Lo siento... lo siento de veras No vi a nadie en esas condiciones. Estaba distraída.

El oficial, que había esperado ávidamente la respuesta, se recostó en el sillón con un suspiro de desaliento.

—Prométame al menos que seguirá pensándolo —sacó una cartera y de ésta una tarjeta, que ofreció a la muchacha—. Si recuerda algo, avíseme... ahí figura mi teléfono. Estoy encargado de esta investigación —inclinó la cabeza—. Teniente Nemesio Pinto, para servir a usted.

Lyse tomó la tarjeta.

—Gracias. ¿Puedo... puedo preguntarle una cosa? El teniente Pinto la miraba extasiado.

—Todo cuanto desee.

—¿Qué es lo que ha pasado? Oí en el «Café Andaluz» que aquel hombre había muerto de un ataque al corazón, y ahora usted me dice que fue asesinado, ¡y que alguien debió de llevarse un objeto a la boca cuando él se acercaba a las mesas! ¿Qué significa eso? ¿Qué objeto era, teniente?

—Una pequeña cerbatana.

—¡Una cerbatana!

—A ese hombre le dispararon un aguijón, una flechita minúscula que se le clavó en el cuello, y tuvieron que hacerlo a cortísima distancia y con una cerbatana disfrazada de artículo de uso común, como una boquilla, por ejemplo. —Pinto no disimuló su satisfacción por el asombro que la noticia producía en la muchacha—. La flecha, según acaba de revelar el análisis de los expertos, estaba impregnada en un veneno terrible: curare... habrá usted oído hablar de él.

Lyse asintió. Se sentía transportada bruscamente a un mundo fantástico, un mundo exótico donde podía cobrar vida cualquier leyenda pavorosa. El curare era el veneno secreto de las selvas sudamericanas, el arma sigilosa que paralizaba instantáneamente el corazón de un hombre sin dejar rastro, era el tenebroso poder con que los salvajes del Amazonas hicieron y hacían frente a la civilización. ¿Cómo ella, una simple muchacha parisiense cuyas únicas habilidades consistían en vestir bien, caminar con aire y tomar lindas fotografías en colores, se había tropezado con semejante horror en su camino?

De pronto, sintió miedo. Tánger no era el sólido lujo de «El Minzah Palace», que ahora la albergaba, ni tampoco el paraíso de riqueza, elegancia, libertad y placeres de que la propaganda turística hacía alarde; era algo más, algo turbio, viscoso, caliente, que palpitaba debajo de aquella deslumbrante costra... Tánger era el mal eterno, el oculto nido donde el crimen empollaba sus huevos en paz. La escoria de cinco continentes arribaba a sus playas con las pleamares de cada día, e iba amontonándose entre fiesta y música y trajes de etiqueta y cenas a la americana y champaña helado... amontonándose sobre el siniestro misterio de África, que acechaba en la verdadera entraña de la ciudad, por los rincones de Dar Niaba y el Zoco Chico, en la sombra de Bab El Raha, pegado a los muros de la Djamaa El Casbah... siempre despierto... siempre esperando... siempre amenazador...

Todo esto estaba espiritualmente a millones de kilómetros de París, de las fotografías en colores y de Lyse misma. La muchacha tenía la sensación de ser allí algo así como un habitante de otro planeta, y sin embargo, a la vez, que era lo angustioso, se sabía atraída hacia aquel abismo de podredumbre por unos tentáculos invisibles, por la fuerza colosal de un ser ignorado que desde las

tinieblas manipulaba su destino.

¿Por qué la habían citado en el Zoco Chico Lucien Romberg y Pierre Lebrun? ¿Por qué, por qué, por qué?...

Nemesio Pinto se había puesto en pie, y la contemplaba atentamente.

—¿Se siente usted mal, señorita? Por favor, discúlpeme. Soy un estúpido. No debí expresarme con tanta crudeza.

Tras un esfuerzo, Lyse se dominó.

—Todo lo contrario —a sus labios asomó una sonrisa—. Soy periodista, no me asusto tan fácilmente. Haré lo que pueda por ayudarle.

«Haré lo que pueda —pensó— excepto contarle que esos sujetos me habían citado en el lugar y a la hora en que murió Lebrun, y que un desconocido sustrajo sus tarjetas de mi bolso».

¿Qué ocurriría si decía la verdad? ¿La creería alguien? ¿No sería arrojarle espontáneamente entre las garras del poder criminal que jugaba con ella?

¿O estaba por ventura cometiendo un error? Si no había hecho nada, si su único pecado fue acudir al encuentro de dos hombres a quienes jamás oyera mencionar, ¿por qué no confesarlo?

—Perfectamente —dijo Pinto. Estrechó la mano que ella le tendía—. Tengo entendido que está usted sola en Tánger, señorita. Si en algo puedo serle útil, sírvase disponer por completo de mí. No hablo ahora como oficial de policía, sino como... como cicerone por vocación. El servicio me deja muchas horas libres. Mañana, entre otras, la de almorzar.

Era una clara invitación, pero Lyse se hallaba demasiado preocupada para correspondería.

—Ya —murmuró solamente.

El hombre vestido de paisano cerró su cuaderno de notas, donde no había escrito más que una breve frase; guardó su estilográfica, y miró a Pinto. Éste captó la mirada y asintió en silencio.

—Es ya suficiente molestia, señorita Cappa. Buenas noches y gracias por su amabilidad. Acuérdesse de que tiene en el teniente Nemesio Pinto un sincero servidor.

—Sí —dijo Lyse.

Cerró la puerta cuando los dos hubieron salido, cruzó el gabinete y se quedó parada en medio de su habitación, nerviosa,

desconcertada, indecisa. La visita de los policías la había trastornado, desvelándola completamente. Miró casi con ira la revuelta cama, y luego, adoptando una súbita decisión, tornó el teléfono y pidió que le subieran una botella de coñac, soda y un sedante.

Cuando los tuvo se dio una ducha tibia y volvió a acostarse con un vaso de coñac bien cargado y bien lleno de burbujas. Antes de haberlo apurado del todo, se había dormido.

Despertó otra vez.

Eran las cuatro y unos minutos de la madrugada aunque ella no lo supo; de una parte, no lo supo porque el sedante le había dejado los sentidos embotados y la cabeza turbia, y de otra porque lo que estaba ocurriendo en su habitación no le dio tiempo ni oportunidad de encender la luz y mirar la hora. Su despertar fue, así, particularmente desagradable.

No sonaba el teléfono, pero algo había hecho dentro del cuarto el ruido suficiente.

¡Un hombre! Inmovilizada por el terror, un poco dormida todavía, Lyse vio, a la difusa claridad que se filtraba por la ventana, una figura ancha y alta muy próxima a su lecho. Inmediatamente, un destello metálico —¡la hoja de un cuchillo!— perforó las tinieblas. La muchacha quiso gritar y no pudo. Era como en las pesadillas angustiosas: los nervios y el miedo le obstruían la garganta. Empezó a sudar, un sudor pegajoso y helado, un sudor agónico...

El hombre alto y ancho se movió.

Después se produjeron un chasquido y un rumor de pasos, ¡pero no era el hombre alto y ancho quien los producía!

Una segunda figura brotó de la obscuridad. Se perfiló ante la ventana. Hubo un resuello, y las dos figuras chocaron violentamente.

Lyse se resistió a dar crédito a sus ojos. ¡Dos intrusos en su habitación! ¡Dos intrusos que se acometían brutalmente y emprendían una lucha feroz, sorda, silenciosa, a los pies mismos de su cama!

CAPÍTULO IV

De noche, las callejas de la vieja Medina de Tánger son un tétrico laberinto. Calientes, oscuras, tan angostas que por muchas de ellas no pueden pasar dos hombres de costado, parecen guardar en sus recovecos las últimas y más corrompidas lacras del Islam: crímenes que jamás conocen la luz pública, extraños vicios, secretos amores, negocios misteriosos, y el eco remoto de una música de tambores y chirimías, y un como perfume que flota en el aire, mezcla de pachulí, detritus, pescado podrido y excrementos. Sólo de vez en cuando se desliza por ellas una vaga sombra envuelta en su chilaba, o se abre una puerta y surge la risa basta de una mujer...

El hombre del traje color oliva, sin embargo, demostraba conocer aquellas calles perfectamente. Seguía su camino sin la menor vacilación, barrio adentro, torciendo ora a la derecha, ora a la izquierda, siempre con firmes pasos. De este modo alcanzó una plazuela donde había una fuente y, a un lado, la tapia de un antiguo jardín. Todo el lado contrario estaba iluminado por las caprichosas arcadas de un café moruno, del fondo del cual brotaba una melodía monorrítmica que el hombre del traje oliva venía ya oyendo desde algún trecho atrás. Cinco indígenas parados ante el local conversaban en susurros. Después de la soledad de los callejones — soledad engañosa—, la plaza era un auténtico foco de vida y animación.

El hombre se dirigió en línea recta al café. Sentados en sus almohadones, muy quietos, hieráticos, como mudos, una docena de moros viejos ocupaban el salón anterior. El hombre atravesó éste y apartó un tapiz. La música semejó avivarse. Sus intérpretes se hallaban en el extremo opuesto de un segundo salón más lujoso, instalados en un tabladillo, abstraídos en el quejido de un violín —

que tocaban verticalmente, apoyándolo en tierra como si se tratara de un violoncelo— y en el batir enervante de los tambores. Allí había quizá veinte personas, todas indígenas, que no prestaron al recién llegado ninguna atención. El hombre del traje oliva miró rápidamente en torno, y siguió avanzando hasta sentarse junto a un moro de facciones negroides y tez oscura, vestido con una pobre chilaba y acurrucado ante un servicio de té.

—*Salaam aleikum* —murmuró.

—*Salaam*— respondió el moro, sin apenas mirarle.

En la densa atmósfera, formando estratos, flotaba el humo de las pipas de kif. El hombre encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

—¿Cumpliste mi encargo, Hamin? —preguntó en dialecto susi.

—Lo cumplí.

Un sirviente se aproximaba, y el hombre le indicó por señas que trajera té.

—Cuenta.

—El extranjero por quien te interesas está ahora en «Le Consulat» con una mujer. Tiene dos criados de piel rojiza y cabello lacio, cara ancha y angulosa, pequeños, silenciosos. Vive solo con los dos. Uno suele conducir su coche, y le acompaña a todas partes.

El hombre del traje oliva reflexionó un momento.

—Fíjate bien en lo que voy a decirte, Hamin. Esos criados deben de usar unas extrañas armas: son pequeños canutos, probablemente de apariencia inofensiva, soplando en los cuales se dispara una flechita envenenada. Necesito que te asegures de que es así, de que tienen esos canutos en su poder. ¿Puedes hacerlo?

—Veré —dijo Hamin.

El sirviente trajo el té. Uno de los músicos se había puesto a cantar quejumbrosa y disonantemente, y otro tañía una vihuela.

—Hamin —dijo el hombre del traje oliva, en voz baja.

—¿Qué?

Una fría sonrisa descubrió sus blancos dientes.

—Si los dos criados poseen esos canutos...

—¿Sí?

—Mátalos.

El moro asintió, impasible:

—Muy bien.

Ambos permanecieron largo rato en silencio.

—¿Has dicho que el extranjero está en «Le Consulat»?

—Sí.

El hombre del traje oliva apuró la taza de té, y se levantó. Dejó sobre el almohadón unos billetes. Hizo a Hamin un breve saludo, cruzó el salón, apretó el tapiz, e instantes después se hallaba en la plaza.

Ahora caminó a través de la tenebrosa Medina con paso mucho más vivo, denotando la prisa que tenía por llegar al lugar donde aparcara su «Alfa Romeo». Ya al volante de éste, se dirigió a la calle de América del Sur.

Había otros muchos coches detenidos en torno a «Le Consulat». Como siempre, el *dancing* estaba animado. El órgano eléctrico desgranaba las notas de una canción sentimental para las parejas que se balanceaban suavemente en la pista.

El hombre pidió en el bar una ginebra con soda y sin limón, y se volvió para examinar a los concurrentes. Su fría sonrisa le aclaró el rostro cuando descubrió a quien buscaba: un individuo alto y apolíneo, moreno, de cabello rizado griseante en las sienes, vestido de blanco con exquisita y natural elegancia, a quien acompañaba una mujer. Miró a la mujer. Era rubia y esbelta, de una belleza serena, altiva, superior: una perfecta dama.

El hombre continuó sonriendo. Sabía que el otro le había visto, y adivinado que estaba allí por él. No era tonto; podía serlo todo, pero tonto no.

Fue a su encuentro en cuanto hubo terminado la ginebra.

—Buenas noches, Bruno.

Bruno de Silva reveló sincera satisfacción y un algo como íntimo afecto. Su rostro de aristócrata latino se distendió, sus ojos brillaron. Ofreció ambas manos a través de la mesa.

—¡Harry, qué alegría verte! ¡Es curioso... tenía el presentimiento de que algo agradable me iba a ocurrir!

—La alegría es mutua —repuso Harry, y no mentía más que a medias—. Te prueba Tánger, Bruno. Pareces diez años más joven que cuando nos despedimos la última vez en Gibraltar, ¿recuerdas?

Bruno rió.

—¡Cómo no! ¡Qué tiempos aquéllos! Pero siéntate con nosotros, por favor. Te presento a *Lady* Helena Kelly. Elena, éste es Harry Gurney, antiguo compañero de aventuras... de todas clases. Un

excelente muchacho, un hombre de corazón y, como podrás advertir, un auténtico caballero.

Harry estrechó la fina mano de la mujer. Ella le miró a los ojos, pero sólo un momento. Una sombra de ironía casi imperceptible flotaba en las comisuras de sus labios.



Mientras se sentaba, el agente americano se preguntó si *Lady*

Helena Kelly sería o no sería lo que aparentaba Con X. B. 14 nunca se podía estar seguro; su capacidad para la farsa alcanzaba niveles insospechados.

En la mesa, metidas en un recipiente con hielo, había una botella de champaña francés ya vacía y otra recién empezada. Bruno pidió al camarero una copa para Harry, y el camarero la trajo y la llenó. El champaña era excelente: con Bruno, todo era siempre excelente. Harry se sintió muy a gusto. No era la primera vez que experimentaba aquella sensación. Bruno de Silva nada tenía de mediocre, y su inteligencia y su agilidad mental hacían de él un enemigo peligroso, pero esto no trascendía jamás a quien estaba a su lado Agente doble notorio en tiempo de guerra y en tiempo de paz, semejava a pesar de ello indispensable cuando una operación requería excepcional habilidad. Nadie, ni siquiera después de lo de Tobruk, que fue su golpe maestro, pensó nunca en suprimirle. Matarle no hubiera sido una solución.

Bruno expandía un aura de calor y cordialidad. Absorto, Harry se dijo que podía parecer imposible, pero había ocasiones en que a aquel hombre perfectamente cínico, falto de escrúpulos, que no conocía el precio de una vida humana, se le echaba de menos. Profesionalmente, era un gran tipo, aunque a tales efectos esto poco importase. Tenía las espaldas bien cubiertas y poderosas amistades en todo el mundo, gente dispuesta a provocar incluso conflictos internacionales el día que a él le ocurriera algo malo. Las embajadas le eran familiares. Aunque sus movimientos estaban más o menos vigilados, su proceder nunca fue puesto francamente en entredicho. Si algún funcionario excesivamente celoso de su deber le molestaba más allá de lo razonable, Bruno decía una sola palabra, y al insensato le sobraba tiempo para meditar su traspíe en el empleo subalterno a que fulminantemente se veía confinado.

Bruno de Silva viajó mucho y con gran provecho durante la guerra, sin que los frentes de combate representaran una barrera para él. Luego, había estado en Londres cuando el célebre «secuestro» de los dos científicos alemanes, y había visitado Montreal por las fechas del *affaire* atómico, y almorzó en el Consulado de la República Argentina en Nueva York el mismo día en que el Departamento de Defensa denunciaba al
F. B. I.

la desaparición de los documentos clave de las nuevas bases aéreas en América Central. No fue una mera coincidencia que, cuando el Gobierno Arbenz procedió contra la United Fruits, el imprescindible Bruno se encontrase precisamente en Guatemala...

Si De Silva iba armado, su tenencia de armas respondía detalladamente a las exigencias de la ley. Su equipaje jamás contuvo secretos y, con el tiempo, los servicios aduaneros de cualquier frontera habían casi renunciado a registrárselo, y sólo lo hacían por pura fórmula. En su pasaporte y sus visados no había un pero. Viajaba con una reputación de hombre auténticamente digno de confianza, buen cliente de los mejores hoteles. Su magnífica presencia, su cautivadora sencillez, nunca llevada al límite de las familiaridades; su mundo, su espíritu cultivado y su conocimiento de innumerables idiomas le convertían por todas partes en huésped predilecto y elemento de primerísima fuerza en la más brillante vida social.

A despecho de todo lo cual, era un canalla.

—Si he de ser sincero —dijo Harry, aproximando la copa de champaña a sus labios—, no me sorprende haberte encontrado en Tánger. Conocí en Casablanca a dos amigos tuyos y sé que vinieron aquí... probablemente con el propósito de visitarte.

Los negros ojos de Bruno chispearon.

—Tengo varios amigos en Casablanca: artistas, comerciantes, buena gente en general. De modo que has estado en Casablanca, ¿eh, Harry?

Harry no pudo menos que admirar su audacia. «Artistas» y «comerciantes»: es decir, ¡Lucien Romberg y Pierre Lebrun! Bruno había captado la alusión y aceptaba el desafío. Por otra parte, no había ocultado desde el primer momento que se hallaba sobre aviso y enterado de su presencia en la Zona Internacional. Le llamó «Harry», y el agente americano no usaba este nombre sino desde que llegó a Tánger.

—He estado —respondió—. Marruecos es ahora un país muy interesante, y conviene conocerlo bien.

—¿Interesante por qué?

—Por lo que en él ocurre, Bruno: incendios, ase —natos, saqueos, atentados políticos y efervescencia antifrancesa. Un país que intenta por la violencia vivir su propia vida...

Bruno declaró suavemente:

—No me gusta la violencia.

—Ya lo sé. Si algún día... es una suposición, claro; si algún día hubieras de matar a alguien, tú no te valdrías de golpes, cuchillos, hachas o pistolas. Usarías, por ejemplo, un veneno... un veneno que no dejara rastro, y cuyos efectos tuvieran la apariencia de muerte natural. Eso resultaría mucho más elegante.

Bruno se mostró divertido.

—Cierto, Harry —concedió.

De pronto, el americano notó que algo inesperado sucedía debajo de la mesa. Un pie tocó los suyos y, cuando instintivamente iba a retirar éstos, el pie ejerció una significativa presión. Era un pie de mujer: ¡el de *Lady* Helena Kelly!

Con disimulo, Harry lanzó una mirada a la dama. Ella, indiferente, recostada en su asiento, fumaba con la vista fija en un punto indeterminado del local; sin embargo, su pie seguía entre los suyos, y seguía deliberadamente. Era una señal, pero ¿de qué?

Harry continuó:

—Existe un veneno sudamericano que cumple las condiciones ideales para ti. Se le llama curare y las tribus indias del Amazonas suelen impregnar con él sus armas, en especial las flechas que disparan sus cerbatanas. El curare provoca en el hombre más fuerte un fulminante paro del corazón... ¿Sabías esto, Bruno?

—Sí, y otras cosas —replicó De Silva.

—Tú tienes a dos criados indios contigo, que a lo mejor conocen el manejo de la cerbatana, y que quizá te sean tan fieles que no vacilen en matar por orden tuya. ¿Qué te parece? ¿Utilizarías el curare en tales circunstancias?

—Si necesitaba deshacerme de alguien, por supuesto que sí.

—¿Y por qué lo necesitarías? ¿Qué sería, Bruno, lo que en estos momentos te induciría a cometer un asesinato?

Bruno sonreía cordialmente.

—Harry, ¿estamos hablando en hipótesis?

—¡Pues claro!

—Entonces... vamos a imaginar una historia concreta, y todo esto no parecerá tan agarrado por los pelos. ¿Qué me induciría a cometer un asesinato? En primer lugar, hay que establecer que yo fuese un asesino, potencial o virtual, lo que no está al alcance de

todo el mundo; en segundo, suponerme la inteligencia de saber si puedo descargar mi golpe sin que me pesquen, y de si lo que voy a ganar merece la pena de correr el riesgo. Admitamos que sí merece la pena... que es una de las grandes oportunidades de mi vida... Yo llego a Marruecos con idea de montar un negocio. —Bruno se llevó delicadamente la copa de champaña a los labios, y habló por encima de su borde— y encuentro que alguien tiene aquí lo que podríamos llamar una industria accesorio, la cual, si me sirvo de ella, facilitará extraordinariamente mis proyectos y multiplicará sus posibilidades. Me pongo en contacto con esa persona, y elaboramos un acuerdo. Empiezo a trabajar. Pero, a poco, cuando en el negocio he comprometido ya todo lo que tengo y todo lo que soy, una nadería impulsa a la persona en cuestión a traicionar nuestro convenio y abandonar, asustada o arrepentida, su industria en manos de un poder que irremisiblemente ha de hundirme... Bien, Harry, suponiendo que yo fuera un asesino, creo que, colocado entre semejante espada y semejante pared, mataría sin titubear a esa persona.

Harry le había escuchado con avidez. Estaba seguro de que Bruno era tan temerario como sincero, y de que lo que acababa de referir era exactamente el trasfondo de la verdad. Sin embargo...

—No eres muy hábil contando historias —insistió—. Quería ver hasta dónde se atrevía a llegar. Faltan detalles: la índole del negocio, la de la industria accesorio, la identidad de la persona a quien asesinarías, la del poder que habría de hundirte...

Bruno rió.

—No he querido ofenderte, Harry. Eres lo bastante listo como para añadir a mí cuento los complementos que juzgues más apropiados, más en consonancia con mi carácter, con el lugar y el ambiente... En fin.

—Bruno sacó su pitillera de oro —esta ridícula conversación no conduce a nada. ¿Un cigarrillo? Temo que estemos aburriendo a Helena con nuestras tonterías.

El pie de la mujer rozaba ahora premiosamente los de Harry. Éste se preguntó qué era lo que debía hacer, y si ella pretendería realmente comunicarle algo o sólo intentar un flirteo estúpido.

—Perdón, hoy no tengo mi noche —se excusó. El órgano eléctrico atacó las notas arrastradas y sentimentales de «Mr.

Callaghan», y la música le dio una idea—. Permitir que una dama tan deliciosa se aburra así es un crimen, y no imaginario. ¿Quiere usted bailar? ¿Te importa quedarte un rato solo, Bruno?

—A veces me conviene —contestó De Silva—. Pero cuidado con el muchacho, Helena. Empieza siempre sus conquistas declarando que se siente muy solo en el mundo. En cuanto a cómo las termina...

Lady Helena aplastó su cigarrillo en el cenicero, y se levantó sonriendo vagamente, sin pronunciar palabra. Harry la siguió a la pista, admirarlo de su arrogante y graciosa fisura, de su elegancia, de su modo de moverse. Cuando la ciñó para bailar la halló suave y cálida. Un perfume exquisitamente incitante le acarició el olfato.

Ella dijo en un susurro:

—Usted es A. A. 26.

¡A. A. 26 era la cifra con que se le conocía en el Intelligence Service!

CAPÍTULO V

Algo estaba a punto de ocurrir.

—¿Quién es usted? —preguntó el americano.

Helena Kelly alzó desdeñosamente sus bellos hombros desnudos.

—No importa. Trabajo para el Intelligence Service, misión especial... Le reconocí a usted enseguida, de acuerdo con las referencias que tenía de su persona. Está loco. Ha revelado usted a De Silva su juego, y esto puede costarle la piel.

—No se preocupe, conozco a Bruno hace muchos años. —Harry examinaba a la mujer con cierto asombro—. Pero ¿por qué anda el I. S. detrás de él? Que yo sepa, sus maniobras no perjudican los intereses británicos, al menos por el momento.

—Tengo, simplemente, orden de vigilarle.

—Bruno no se chupa el dedo. Se dará cuenta.

—Yo tampoco me lo chupo, amigo. Le ha costado demasiado trabar amistad conmigo para que sospeche que era yo quien lo buscaba.

Harry pensó que la mujer no había contestado, sino eludido, su pregunta de por qué los ingleses andaban detrás de Bruno de Silva. Aquella pregunta, y otras muchas —cómo, por ejemplo, estaba segura Helena Kelly de que Bruno, que conocía prácticamente a todos los agentes secretos de las primeras potencias, no la desenmascararía—, eran inútiles. Siempre admiró la eficiencia, el talento, la rapidez y la calidad humana del espionaje británico. Helena, quien sin duda poseía legítimamente el tratamiento de *lady* que usaba y cuyo apellido figuraría en el «Gotha», no soltaría prenda. El Intelligence Service trabajaba así.

—Perfectamente. Si esas señas que por debajo de la mesa estuvo usted haciéndome significaban que desea hablarme a solas, lo ha

conseguido. Ahora, ¿qué quiere?

—Que deje a Bruno en paz —replicó resueltamente Helena.

—No me pida eso, porque es absurdo.

—Lo de Bruno es asunto nuestro. ¿Qué le importa a usted?

—Estoy al servicio del Departamento de Estado de mi país.

—¿Qué le importa al Departamento de Estado, entonces? A ustedes, los americanos, les gusta mucho meter las narices dondequiera que unas narices estorben. Salga del caso y lárguese, se lo aconsejo.

Harry reflexionó. Se le ocurrieron dos explicaciones para lo que la mujer decía: una, que el *affaire* que manejaba De Silva fuese a ojos británicos de vital importancia, y el I. S. no consintiera por ello interferencias de agentes extranjeros; otra, que el I. S. temiera que la intervención americana acarrase la muerte de Bruno, de quien, por su falta de escrúpulos e independencia, los ingleses se habían tantas veces servido.

La primera de ambas explicaciones no concordaba con la hipótesis que de las actividades de Bruno se forjaba Harry. La segunda, en cambio, tenía que ser cierta.

El norteamericano concretó sus pensamientos:

—Yo no acepto consejos carentes de base —manifestó—. Atiéndame, hermosura. Veo claras sus intenciones: Bruno ha matado hoy a dos hombres y nos está echando zancadilla tras zancadilla, pero a ustedes no les conviene que le liquidemos porque el veterano y astuto B. X. 14 es una baza contundente que en cualquier momento de apuro, si hay dinero fresco por medio, se puede jugar. Usted confiesa que le vigila, aunque su verdadera misión es neutralizarle. Y se ha lucido: los dos hombres muertos son sólo el principio de una cadena. ¿Se cree capaz de evitar que mueran otros?

Helena le miró a los ojos.

—No complique las cosas.

—Se han complicado por sí mismas. Todo el peso del Intelligence Service no basta para inmovilizar a Bruno cuando éste tiene un propósito determinado. Dicho sea de paso, tampoco basta para inmovilizarme a mí. Es demasiado tarde.

Bailaron un rato en silencio Cuando sonaba el último arpegio de «Mr. Callaghan», la mujer dijo:

—Usted no parece darse cuenta de que la muerte de Pierre Lebrun y Lucien Romberg es un favor que De Silva ha hecho a la humanidad. No veo la ventaja de impedir que eso siga ocurriendo, admitiendo que, como usted afirma, constituya el principio de una cadena. Todo lo contrario: Lebrun, Romberg y la gente de su estilo merecen la horca, o mejor la cámara de gas. Si Bruno de Silva se adjudica espontáneamente el papel de verdugo, ¿para qué estorbarle?

—¿Usted no da más valor que ése a la vida humana?

—No —replicó Helena, entre dientes—. Ni usted tampoco. Hubo un nuevo silencio. Ella concluyó por preguntar:

—¿Va o no va usted a salirse del asunto?

—No.

Helena se detuvo y se desasíó suavemente.

—Ojalá no tenga que arrepentirse. Volvamos a la mesa.

Volvieron, pero Harry no se sentó. Bruno jugaba con su copa de champaña y le dirigía una mirada de burla tan expresiva que se hubiera dicho que adivinaba lo que él y la mujer habían tratado en la breve conversación. El americano hubiese dado en aquel momento una fortuna por conocer lo que pasaba por su mente.

—Me marchó —anunció—. *Lady* Helena Kelly vale demasiado para que te obligue a compartir conmigo su compañía. ¿Nos veremos de nuevo, Bruno?

—Cuando gustes. Vente mañana a almorzar conmigo.

—¿En tu casa?

—Sí.

Harry pensó que sería fingir tontamente preguntar al argentino dónde vivía, sabiéndolo, como lo sabía de sobra. Saludó a Helena y se despidió. Dejó la música y la amable atmósfera de «Le Consulat» a su espalda y, fuera se metió en su coche. Pero no arrancó inmediatamente. Con un cigarrillo entre los labios, se recostó en el asiento, cerró los ojos y trató de reflexionar.

Sólo transcurridos cinco minutos, puso el «Alfa Romeo» en marcha y, tomada ya una decisión, se alejó por la calle de América del Sur hacia el centro de la ciudad. El Tánger moderno era a aquella hora, en contraste con la vieja Medina, una maravilla de luz y bullicio. Sin embargo, el americano pasó a través de ellos tan indiferente como había recorrido las tenebrosas callejas morunas.

Momentos después estacionaba el coche a la puerta de una taberna española, contigua a la calle de Marco Polo.

El interior estaba decorado con azulejos, y en des de las mesas de mármol se jugaba a los naipes. Harry entró, miró rápidamente en torno, e inmediatamente localizó al hombre que buscaba. Estaba en el extremo más apartado, solo, con una botella de jerez, un platillo de boquerones fritos y un trozo de pan delante, pero inmóvil, sin comer ni beber, fija la vista en el vacío. Era pequeño y extraordinariamente flaco, muy pálido, rubio, todo él con un aire como de pájaro enfermo. Vestía descuidadamente y no usaba corbata.

Harry se sentó a su mesa. El hombre le hizo una ligera mueca a modo de saludo. Tenía unos ojos extraños: claros y de pupilas minúsculas, con una expresión cansada, triste, dolorida y miserable.

—Bueno te has puesto, Eddie —comentó quedamente el americano—. Si continuas así, iremos pronto a tu entierro.

—Para muchos será día de gala —replicó. Hablaba un inglés cultivado, el inglés *snob* de Oxford, que en él resultaba grotesco—. ¿Qué haces tú en Tánger?

Harry, sin responder, se llevó la mano al bolsillo y sacó un rollo de billetes españoles de cien peseta³. Separó cinco, y los dejó sobre el mármol.

—Me interesa *Lady* Helena Kelly. Asegura que trabaja para el I. S.; ¿es cierto? Eddie recogió indiferentemente los billetes.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace cinco años. Estuvo casada con el capitán Morrison, que murió asesinado en El Cairo, y se embarcó en esto al enviudar. Su matrimonio había durado tres meses.

El americano frunció el entrecejo. Recordaba vagamente haber oído hablar de George Morrison, un joven y modesto agente británico apuñalado por los nacionalistas a la semana escasa de haber llegado a Egipto.

—La he encontrado junto a Bruno de Silva. ¿Por qué?

—Está encargada de vigilarle.

—¿Por qué? —insistió Harry.

—Porque Bruno opera en beneficio de la Hermandad Musulmana^[1].

Harry no denotó la menor sorpresa.

—¿De qué modo?

—Eso es lo que se trata de averiguar.

—¿Lo saben los franceses?

—No saben nada.

—¿Tampoco sabe Bruno que Helena es una agente británico?

Eddie enmudeció. El americano examinó atentamente su rostro demacrado e impasible, y luego depositó sobre el mármol otro billete de cien pesetas.

—Lo sabe, yo mismo se lo he dicho —suspiró Eddie—. Me ha pagado diez mil francos por mis informes. A él puedo ponerle precio. A ti no... Ya comprendes por qué. Gracias, Harry.

Harry entornó los párpados. Doce años atrás, aquel hombre que era una ruina estuvo a punto de morir fusilado por el Afrika Korps. Él le salvó y le condujo durante tres semanas a través del desierto, hasta la libertad. Mil veces se hubiera arrepentido de ello, de no ser porque Eddie tenía la lengua suelta...

—Diez mil francos que te has gastado en morfina —comentó amargamente—. Entiendo. No creí que cayeras tan bajo, Eddie. Revelándole a Bruno quién es Helena Kelly, puede que la hayas condenado a ella a muerte. ¿Has pensado en esto?

—Sí.

Harry se levantó.

—Lo siento. Algún día te harán el favor de pegarte un tiro en la nuca. Eddie encogió sus delgados y estrechos hombros.

—Helena sabe cuidarse, y yo estaba sin blanca. ¿Quieres tonos boquerones? ¿Una copa de jerez? Me dan náuseas...

—A mí me las das tú —rezongó el americano.

Giró sobre sus talones, atravesó el local y salió a la calle. La entrevista con Eddie le había puesto de pésimo humor. Consultó su reloj. Extendió mecánicamente la mano para abrir la portezuela de su «Alfa Romeo», y la abrió sin mirar.

Cuando miró, sin embargo, una aguda señal de alarma comenzó a sonar en su conciencia: había algo, un bulto grande y oscuro, sobre el asiento delantero del coche...

Era un cuerpo humano. Harry se inclinó y encendió las luces interiores. Así vio que el cuerpo estaba envuelto en una chilaba raída, una chilaba que reconoció inmediatamente. No necesitó

mirar el rostro de aquel hombre para saber que era Hamin y estaba muerto.

Las sombras se extendían por el lugar donde el «Alfa Romeo» se encontraba aparcado. No pasaba nadie a menos de cincuenta metros. Debió de ser tarea fácil llevar a Hamin hasta allí en otro coche, y efectuar el traslado aprovechando los breves momentos que Harry se demoró en la taberna.

En cuanto a la rapidez con que fue localizada su situación, tratándose de B. X. 14 poco tenía de sorprendente.

El americano se mordió los labios. Por regla general no estimaba en menos de lo que valían a sus enemigos, pero aquella vez le habían fallado los cálculos, porque Bruno de Silva era siempre —en ello estaba la razón de sus éxitos— más peligroso de lo que se esperaba de él. Harry sabía hasta qué punto había sido astuto, prudente y eficaz el pobre Hamin, su auxiliar moro. Si Bruno había conseguido apartarle para siempre de su camino sin más esfuerzo aparente que el de beber champaña y bailar con una hermosa mujer en un club nocturno elegante, conseguiría en adelante prácticamente todo lo que se propusiera. Sus agentes tenían sin duda cribada y controlada la ciudad. El propio Harry no podía dar un paso sin que le siguieran unos ojos amenazadores.

Murmurando una maldición, el americano empujó el cadáver a un extremo del asiento, y se metió en el coche. Examinó cuidadosamente a Hamin. No halló en su cuerpo ninguna herida, y la luz no bastaba para cerciorarse de si tenía clavada en el cuello la flechita mortal, pero era seguro que le había macado el curare.

El método era nuevo en la historia de Bruno, aunque ahora lo emplease con tanta profusión. Lo había aprendido en América, claro está: Bruno era de los que en todas partes aprendían cosas útiles.

Harry estrechó la inerte mano del moro.

—Mala suerte, muchacho —murmuró—. La culpa fue mía. Ya lo único que puedo hacer es enviar a tus asesinos a que se reúnan lo antes posible contigo en el infierno. Perdóname.

Tiró del demarré, sacó el coche a la calle de Marco Polo, y tomó a medio gas el camino del bulevar de París. Su cara reflejaba una violenta tensión interna. Le brillaban de un modo raro los ojos. No obstante, sus manos empuñaban con absoluta firmeza el volante.

Con la misma firmeza abrieron la recámara de su automática y

examinaron el cargador, más tarde, cuando detuvo el «Alfa Romeo» en las cercanías de la plaza del Obispo Betanzos. Después se apeó. Desde allí a la residencia de Bruno de Silva, la distancia era corta. Iba a cubrirla a pie, y probablemente —lo pensó al dar los primeros pasos— para encontrar en su meta la muerte silenciosa y traidora que brotaba de una cerbatana. Harry tendió los labios en su helada sonrisa. Llevaba mucho tiempo sin correr verdadero peligro de muerte, mucho, ¡demasiado tiempo! ¡Y sentía nostalgia de él!

Estaba abierta la puerta de la verja que rodeaba la quinta donde, entre graciosas palmeras, residía Bruno. Brillaban al completo las luces, y Harry hizo alto antes de llegar. Se dijo que era una tontería seguir avanzando y entrar al descubierto. Si el argentino no estaba allí, sus criados indios le tumbarían al primer vislumbre; si estaba, no tenía sentido presentarse ciego de cólera y acusando como acusaba el golpe de la muerte de Hamin, cuando en aquel mismo lugar debían él y Bruno almorzar juntos al día siguiente...

Mientras titubeaba, un automóvil apareció en la puerta. Harry se refugió en la sombra. Las luces se apagaron, y un hombre cerró las dos rejas detrás del coche, que se había detenido con el motor en marcha. Luego se abrió la portezuela delantera, el hombre subió, y el coche reemprendió su camino.

Harry se agachó un poco. Así distinguió dentro del vehículo tres figuras, en el momento en que pasaba frente a él; dos, muy parecidas, angulosas, menudas, quietas y siniestras; otra, alta y ancha.

¡Los servidores indios de B. X. 14! ¿Quién sería su acompañante?

La casa quedaba vacía, pero ¿a dónde iban aquellos personajes? ¿A cometer un nuevo asesinato?

Harry, que durante una fracción de segundo estuvo tentado de sacar la pistola y acribillar el coche, retrocedió a la carrera al punto donde abandonara su «Alfa Romeo». Cuando saltó al volante de éste, el otro coche apenas si acababa de desaparecer, y un pisotón al acelerador lo colocó pronto ante su vista. No tuvo la menor dificultad en seguirlo. Sus ocupantes no mostraban prisa alguna.

El viaje terminó en los jardines de «El Minzah Hotel».

CAPÍTULO VI

Antes de que Lyse Cappa reaccionara contra el sentimiento de horror que se apoderó de ella al despertar y descubrir que había alguien en su habitación, los dos intrusos derribaron una silla y rodaron por tierra. La muchacha contuvo un grito. Rápidamente extendió la mano y dio la luz. Al mismo tiempo, los violentos rumores de lucha se transformaron en un curioso ronquido, agudo, terrible, espeluznante, y en un ruido apagado como de pataleo.

Lyse saltó de la cama. Un hombre que vestía de color oliva estaba poniéndose en pie ante ella: ¡el hombre misterioso del «Café Andaluz»!

—No mire hacia aquí... no es agradable —dijo.

La muchacha miró a pesar de la advertencia, como cualquiera hubiera hecho en su caso. Se estremeció y retrocedió hasta la pared, para apoyarse. Un moro gigantesco se hallaba tendido de bruces junto al lecho, con un charco de sangre empezando a formarse a su alrededor. Se veía a medias su cara, maciza y brutal, contraída en una mueca terrible. Uno de sus pies se movía aún convulsivamente y producía un quedo *toc, toc, toc* sobre el enlosado, un sonido delicado, muy triste y muy suave.

—¡Le ha matado! —exclamó, angustiosamente, Lyse.

Contempló al hombre con verdadero pánico, atenta a lo que él hiciera, y dispuesta a echar a correr o pedir socorro. El hombre, empero, no hizo nada, salvo permanecer completamente inmóvil. Al cabo de un momento, advirtió:

—No tema. Ha sido necesario. No crea que le he matado por placer. El pie del moro dejó por fin de golpear el suelo.

—Le ha matado —repitió Lyse.

—¿Va a serenarse o no? —preguntó incisivamente él—. Los

desmayos y las crisis de nervios han pasado de moda, señorita. Puede que no le guste ver morir a la gente, pero si esto sigue así, pronto se acostumbrará.

Ella se llevó las manos a las mejillas.

—Usted... usted mató también a Pierre Lebrun...

—¡Cállese!

—¡No! ¡Ahora mismo llamaré a la policía! —Lyse se dirigió atropelladamente hacia— el teléfono. —¡Al gerente! ¡Fuera de aquí!

El hombre la alcanzó a mitad de camino, y de pronto, a través de su frialdad, reveló una insospechada capacidad de rudeza. Alzó la mano y abofeteó rápidamente a la joven, una vez, dos veces, tres, cuatro... El asombro, el dolor y la humillación obraron en Lyse como un revulsivo. Se encogió sobre sí misma y rompió a llorar. El hombre la sostuvo un momento por la cintura, y luego la tendió cuidadosamente encima de la cama. Mientras ella lloraba y temblaba, vio el coñac, la soda y el sedante, pedidos por la muchacha a raíz de la visita de la policía. Preparó una buena dosis de los tres y la obligó a beberla. Él mismo se sirvió un chorro de coñac puro y lo engulló de un trago. Después se sentó a fumar un cigarrillo.

El llanto de Lyse cesó a los tres o cuatro minutos. Hubo un intervalo de silencio.

—¿Y bien? —preguntó el hombre, secamente. La muchacha se incorporó y le miró.

—¿Por qué no se ha marchado?

—Porque tenemos que hablar. Levántese... y póngase algo encima. Esto no es una escena de variedades.

Ella obedeció sin protestar. Se puso la bata, que no era ponerse mucho, y apartó obstinadamente la mirada del ensangrentado cadáver del moro. El hombre lo notó y añadió:

—Vamos ahí al lado.

Pasaron al gabinete. Lyse se abandonó en un sillón. Estaba ya mucho más tranquila, con fuego en las mejillas y un brillo vivaz en los ojos, efecto del coñac que había tomado.

—Deme un cigarrillo —pidió. Él se lo dio y se lo encendió—. ¿Qué ha sucedido?

¿Quién era ese moro y quién es usted? ¿Cómo ha podido... hacer lo que ha hecho?

El hombre permanecía en pie, examinándola. La expresión de salvaje violencia que por unos momentos tuvo su rostro, se había borrado.

—Aguarde —dijo.

Desapareció en la habitación, pero no tardó en regresar. Parecía descontento, aunque traía consigo el coñac, la soda y el vaso.

—¿Tiene usted algo que le interese a Bruno de Silva? —inquirió.

Lyse, en otras circunstancias, se hubiera sorprendido. Se limitó a encogerse de hombros.

—¿Quién es Bruno de Silva?

—En su papel actual, un sudamericano elegante, rico y atractivo. Puede que usted le conozca bajo otro nombre, o que...

—¿Por qué he de conocerle? ¿Quién supone usted que soy yo? ¿A qué supone que me dedico?

Él arrugó el entrecejo.

—En efecto, señorita, ¿a qué? Me sé al dedillo su historia y su llamémosla así, ficha de identidad, pero todo indica que no son sino el telón que oculta otra historia y otra identidad mucho menos inocentes. Usted me dijo que no conocía a Pierre Lebrun, y sin embargo, llevaba en el bolso, no sólo una tarjeta suya citándola en el Café Andaluz a la hora en que murió, sino también otra tarjeta de Lucien Romberg, asesinado, como Lebrun, ayer tarde. Me dice que no tiene en su poder nada que interese a Bruno de Sil —va, y, sin embargo, ese moro ha sido enviado por Bruno, y ha pretendido registrar su equipaje, y la hubiera degollado de no comparecer yo...

—¡Por favor! —Las manos de Lyse se crisparon en los brazos del sillón—. ¡Yo no tengo absolutamente nada que ver con todo eso! No me importa que no me crea. ¡No tengo nada que ver! ¿Quién es usted? ¿Con qué derecho me interroga?

—Soy... un investigador americano —gruñó el hombre—. Me llamo Harry Gurney.

—¡Americano! ¿No es usted francés ni español?

—No. —Harry llenó medio vaso de coñac—. ¿Quiere? —Ella negó con la cabeza—. Lo más raro —añadió él, después de beber— es que parece usted sincera, tan sincera como lo parecía cuando en el Café Andaluz, me dijo que no conocía a Pierre Lebrun, a pesar de llevar su tarjeta en el bolso. Miente usted de maravilla, paloma.

Lyse le miró fijamente.

—Se lo contaré todo tal como ha pasado —anunció.

Y refirió la llegada de las dos tarjetas al hotel, la curiosidad que la impulsó a acudir a la cita, la noticia oída por radio, la aparición y muerte de Pierre Lebrun, su desconcierto y su miedo, y la visita del teniente Pinto y su revelación de que Lebrun había muerto envenenado con curare.

—Así fue —concluyó, cansadamente—. Yo no puedo explicarlo, no comprendo una sola palabra, pero no le he dicho más que la verdad.

Harry guardó unos momentos de silencio.

—¿Y lo de esta noche? —preguntó a continuación—. ¿Tampoco existe ninguna relación entre usted y Bruno de Silva?

—No sé quién es.

—Antes de que saliera de París, ¿le dio alguien un mensaje, un paquete, un objeto, algo que tuviera que comunicar o entregar a otra persona a su llegada a Tánger?

La muchacha reflexionó.

—Mi director me encargó que me presentara a *Monsieur* Didot, quien se encargaría de orientarme en mi trabajo. Es un miembro del Comité Internacional de Iniciativa Turística. Si se refiere usted a eso...

Harry anotó mentalmente el nombre.

—¿Se ha presentado ya a él?

—No, no he empezado todavía a trabajar. Estaba... ambientándome.

—¿Trabó amistad con alguien durante el viaje?

—No.

—Ese moro —el americano señaló hacia el dormitorio con el pulgar— se ha descolgado a su habitación desde la azotea, y su primera acción ha sido sacar un cuchillo y forzar los cierres del maletín que tiene usted encima de la cómoda. Sólo cuando usted se ha movido y ha dado señales de que iba a despertar se ha dirigido él a la cama. Bueno, ¿por qué? ¿Qué hay en el maletín?

—Mi cámara, el *flash* y unos libros —declaró Lyse, con asombro—. ¿Está seguro de que el moro ha hecho eso?

—Me he descolgado detrás de él y le observaba desde la ventana.

—Pero... no entiendo... ¿De dónde venían ustedes? ¿Qué pasa

en este hotel? ¡Dios mío! —La muchacha se oprimió las sienes—. ¡Es para volverse loca! Creo que... me marcharé de Tánger en el primer avión. ¡No aguanto más, no puedo más!

Harry se inclinó hacia adelante y le ofreció otro cigarrillo. La contempló un instante, mientras fumaba.

—Bruno de Silva es un hombre peligroso —explicó después, procurando por primera vez dar a su voz un tono tranquilizador— a quien estoy encargado de vigilar por una serie de motivos que ahora no hacen al caso. Esta noche he ido a su casa para... para ajustar una cuenta... una cierta clase de cuenta, con dos servidores indios que viven con él. Los indios salían en un coche en el momento en que yo llegaba, y les acompañaba otra persona. Les he seguido hasta aquí. La otra persona, que era el moro, se ha apeado del coche en el jardín, ha rodeado el edificio y ha entrado por la puerta de un pasillo que conduce a las cocinas. Sin titubear, ha subido una escalera. Yo tras él. Me ha conducido a la azotea, donde ha sacado una soga de nudos, la ha amarrado y se ha descolgado.

Conocía exactamente la situación del cuarto de usted, porque no ha dudado un segundo en elegir la ventana. Lo demás, ya lo ha visto.

De pronto, Lyse semejó descubrir una verdad que hacía rato tenía ante los ojos.

Balbució:

—Así que... usted me ha salvado la vida...

—¿Ése es el único comentario que se le ocurre?

—Perdóneme. —La muchacha se ruborizó. No se atrevía a confesar que, en los primeros momentos, no supo si el moro había muerto por defenderla o por atacarla, si era el primero o el segundo intruso que entrevió en la obscuridad—. Usted ha matado a ese hombre por mí, y encima, yo se lo he reprochado. Él estaba armado y usted no. Le ha... le ha apuñalado con su propio cuchillo.

—Dejemos eso —replicó Harry, ásperamente—. Por última vez, ¿insiste en que no conoce a Bruno de Silva?

—Sí.

—Le advierto que si tiene usted algún contacto con el servicio de espionaje francés, ocultármelo es una locura. Yo soy, en los ficheros del Intelligence Service, A. A. 26, no me recato de ello. Puede que haya oído hablar de mí.

—El servicio... de espionaje... —murmuró Lyse, con los ojos muy abiertos—. ¿Quiere decir que todo esto es un asunto de espionaje?

Las grises pupilas del americano se clavaron en ella, la perforaron, la atravesaron, penetraron hasta su conciencia misma, hasta hacerla sentirse incómoda y avergonzada como si estuviera desnuda.

Harry dijo:

—Muy bien, querida, la felicito por su ingenuidad. Su voz se había suavizado.

—Se burla, ¿verdad? Todavía no me cree.

—Sí la creo. No obstante, lo ocurrido ha de tener una explicación. Por absurdo que sea que la metan a usted en semejante embrollo, más lo es que la metan sin motivo. Dice que no conoce a Bruno, que no conocía a Romberg ni a Lebrun... Bueno, ¿cómo sabe que no los conoce?

—Porque...

—Porque no identificó a Lebrun cuando le vio en el Café Andaluz, y porque nunca había oído esos nombres —añadió él, rápidamente—. Pero ¿ha visto a Bruno y a Lucien Romberg?

—No... claro que no.

—¿Y a un hombre llamado Van Huyss?

—¡Tampoco!

Harry se llevó la mano a un bolsillo interior, y extrajo una cartera de piel de cerdo.

Tomó de ella tres rectángulos de cartulina.

Eran tres fotos de pequeño tamaño, aunque claras, limpias, perfectas y de rasgos muy visibles.

—Van Huyss ha muerto recientemente en Casablanca —manifestó—. Ahí le tiene, y a Romberg y Lebrun. Lamento no poder mostrarle también a Bruno, porque es probablemente el canalla más fotogénico que existe. Le gustaría.

Lyse examinó las fotografías por espacio de un minuto apenas. Luego empezó a palidecer.

—¿Este hombre era Lucien Romberg? Harry miró la foto.

—Sí, ¿por qué?

—Pero... Lucien Romberg, ¿no era un pintor de cierta fama? ¿No había obtenido premios por sus cuadros de tema marroquí?

—Quizá. —El americano sonrió con sarcasmo—. Sus aptitudes artísticas le proporcionaban un excelente disfraz. Romberg, señorita, era un espía profesional, un agente secreto independiente que se vendía al mejor postor. Desde pintar escenas marroquíes y falsificar billetes de Banco o documentos, a fracturar cajas de caudales y matar a un hombre, sabía hacerlo casi todo.

La muchacha asintió lentamente.

—Cierto.

—¡De modo que le conocía!

—Le conocí hace nueve años —dijo Lyse, como en sueños—. Yo tenía quince, y era el final de la guerra. Parece imposible... Entonces él se llamaba Jean Legendre, era un capitán del *maquis* perteneciente al Partido Comunista y entró en Cebriere, donde vivía mi familia, con las fuerzas de liberación. Presidió durante algún tiempo el Comité local de represión de colaboracionistas, fue muy popular, la gente le estimaba... Un día, inesperadamente, desapareció. En aquella época de tanta confusión, recién expulsados los alemanes, a nadie se le preguntaba de dónde venía, quién era, ni se preocupaba uno mucho de cómo pensaba. Por eso Legendre y otros como él tuvieron tantas oportunidades. Cuando hubo desaparecido, se descubrió que se había llevado consigo la caja del Comité y la de las oficinas del Partido en Cebriere, y que desde el primer momento estuvo falsificando firmas, substrayendo importantes sumas de dinero, y lo que era peor, facilitando documentación falsa a personas adictas al régimen de Vichy, a criminales de guerra, a espías alemanes y a miembros de las S. S. para que salieran impunemente del país. Lo recuerdo todo muy bien, porque Jean Legendre se hospedaba en nuestra casa y mi hermana, que tenía dieciocho años, estaba medio enamorada de él fue una pequeña tragedia familiar, con algunas repercusiones: mi padre, aunque era inocente y resultó absuelto, se vio complicado en el proceso que a Legendre se le abrió después de su fuga...

La muchacha calló. Harry, que la había escuchado atentamente, se preguntó qué significado tendría su historia. No podía ser una coincidencia que Lucien Romberg hubiera citado a Lyse en el Zoco Chico, pero ¿por qué lo hizo? ¿Y cómo lo hizo también Lebrun?

¿Qué pretendían ambos?

—¿Tiene usted idea de cómo se enteró Romberg o Legendre, que

estaba en Casablanca, de su llegada a Tánger?

—Acaso por los periódicos —contestó, dubitativamente, la joven—. Los chicos de «France-Presse» me sacaron unas fotos al bajar del avión y me pidieron unas declaraciones que se publicaron aquí en la «Depeche Marocaine». Es posible que en Casablanca las reprodujeran.

—¿Mencionaban que era usted periodista?

—Sí.

Harry se acarició el mentón, pensativo. No dijo más, pero la leve sombra de perplejidad que había obscurecido su rostro fue desvaneciéndose como si en su mente las ideas se hubieran ordenado. Todavía en silencio, se levantó y pasó al dormitorio. Regresó al instante, con el maletín que antes mencionara. Las huellas del cuchillo del moro eran en el cuero perfectamente visibles.

—Deme las llaves para abrir esto y vístase —ordenó.

—¿Vestirme? —exclamó Lyse.

—¿Supone que la abandonaré en el hotel? No, preciosa, no me gustaría que lo de esta noche se repitiera. Entre en su cuarto, procure no mirar al muerto, vístase y reúna los efectos indispensables. La llevaré a lugar seguro. Las llaves del maletín, hágame el favor...

La muchacha se levantó del sillón y obedeció sumisamente. Había algo en la voz de aquel hombre que obligaba a obedecer, se quisiera o no.

CAPÍTULO VII

Lyse, pálida, pero deliciosa en su juvenil modelo de Jacques Fath, apareció en el umbral del gabinete.

—Estoy lista —anunció.

El americano fumaba mirando al techo. A su lado, como si no lo hubiera tocado, estaba intacto el maletín.

—Ahí dentro no hay nada fuera de lo común. Lo que usted dijo: unos libros, la cámara y el *flash*.

—¿Esperaba otra cosa? Él se levantó.

—No. Me he permitido solamente comprobar una hipótesis. ¿Vamos? ¿Dónde ha puesto sus pingos?

La joven mostró un saco en la mano. Harry se adelantó y lo recogió, así como el maletín. Apagaron las luces y salieron al pasillo, que estaba desierto.

Lyse miró atrás.

—Aguarde. Temo que... que no podamos marcharnos así. Encontrarán a ese hombre... y yo... pensarán... Habrá un escándalo, ¿no lo comprende? ¡Un moro acuchillado en la habitación de una periodista francesa! ¡Mis colegas se me echarán encima!

—Y le harán publicidad gratis. Vámonos, peor sería que la acuchillada fuera usted. Yo lo arreglaré todo.

Lyse volvió a obedecer. Aparentemente, Harry tenía una cierta idea de la distribución del edificio, pues la condujo al extremo del corredor, donde había tres puertas. Probó una, luego otra y esta abrióse sobre una escalera de servicio por cuyo hueco funcionaba un montacargas. Bajaron a pie, y se encontraron en un estrecho patio interior.

—Supongo que será por aquí —murmuró el americano.

Acertaba, porque un momento después habían salido sin novedad al parque.

Caminaron en silencio a través de la espesura. Empezaba a amanecer.

A los pocos pasos, Harry indicó:

—Ocúltese entre estos árboles, no se mueva y espéreme.

Lyse no comprendió a qué se debía su orden, y cuando quiso preguntarlo, ya era tarde. El americano se alejaba encogido sobre sí mismo, rápido, sin producir el más leve rumor.

La meta de Harry era un coche estacionado a un lado de la calzada que llevaba al hotel. A pesar del tiempo transcurrido desde que el moro se separó de ellos, dentro del coche, con la resignación y el estoicismo propios de su raza, los dos indios aguardaban pacientemente. El americano los contempló resguardado por el tronco de una palmera. Dos figuras hieráticas, rígidas, cuyos perfiles se dibujaban ya borrosamente a las primeras luces del alba.

Harry sonrió. Luego, con gestos pausados y medidos, desenfundó su automática. Hundiendo la mano en un bolsillo del pantalón, sacó un pequeño cilindro de metal lleno de perforaciones. Era un silenciador, que aplicó al cañón de la pistola.

Alzó ésta. «Te corresponde formar parte del comité de recepción, Hamin —dijo para sí—. Recomiéndalos a Satanás para que les destine una buena caldera».

Silbó.

El silbido, que tenía un algo espeluznante, puso en guardia a los dos hombres, pero no los puso en guardia a tiempo. Harry consiguió su propósito, que era no matar a traición. Disparó, sonó un *plop* siniestro, y la bala penetró por la abierta ventanilla del coche, y se incrustó en la cabeza del primer indio. Inmediatamente, la cabeza del segundo desapareció.

«Uno —contó Harry, viendo que la portezuela del lado contrario se abría—. ¿Vas a defenderte con tu cerbatana, pimpollo?».

Echó a correr para rodear el auto. Cuando lo consiguió ya no vio al indio superviviente, quien sin duda había saltado al amparo de los setos. Siguió avanzando con extrema cautela, el índice engarfiado en el gatillo y todos los nervios en tensión. La luz blanquecina y fantasmal del cielo ponía en torno sombras engañosas. Harry experimentó un extraño placer. La partida estaba

ahora equilibrada, Uno contra uno y que ganara el mejor.

Pero el indio había desaparecido completamente.

De pronto sonó el susurro de una hoja, fue algo casi imperceptible, aunque en el silencio de tumba que reinaba en el jardín, los agudos oídos de Harry consiguieron captarlo.

Retrocedió y se agachó con la agilidad de un gato. Así pudo todavía oír un corto y apagado soplido y percibir el paso por el aire, a unos centímetros de su cara, de un cuerpo diminuto como un insecto.

¡El mortífero tiro de la cerbatana había fallado!

Ciego de cólera, el americano se precipitó contra los setos que tenía a la derecha. Su acción fue tan rápida, tan eficaz, que sorprendió a su emboscado enemigo. Casi le cayó encima. Sintió ganas de burlarse sangrientamente de él al verlo enderezarse, allí mismo, a unos palmos escasos.

El indio, empero, no huyó. Debió de comprender que ya no podía hacerlo. Atacó a la desesperada, baja la cabeza, con un jadeo que era más bien un gemido, quizá un gemido de terror.

Harry apretó de nuevo el gatillo de la automática.

«Dos —contó—. Ahí los tienes, Hamin».

Pese al silenciador, era posible que los disparos hubiesen provocado la alarma. El americano escuchó. Nada. El hotel dormía.

Mientras escuchaba, cesaron las últimas convulsiones del indio caído a sus pies. Se agachó para verlo. Tenía un rostro chato, de pómulos angulosos, oscuro y repulsivo. Vestía a la europea. Entre sus dedos crispados, aparecía un curioso objeto, que a primera vista se hubiera tomado por una pipa recta y de mediano tamaño. Harry se lo quitó y lo examinó. Aparentaba ser una pipa, efectivamente, pero el orificio disimulado de su parte anterior indicaba que era una cerbatana.

Con aquella arma o con otra idéntica se había dado muerte a Romberg, a Lebrun y a Hamin.

Harry guardó la pipa en su bolsillo y se enderezó. No se ocupó en absoluto del otro indio, muerto en el interior del coche. Libró a la pistola del silenciador, sopló en la boca del cañón y la volvió a la funda. Con paso tranquilo, luego regresó al lugar donde la muchacha le aguardaba.

Ella advirtió enseguida, por un matiz de la expresión de su

rostro, que se sentía mucho más satisfecho que antes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en susurros—. ¿Qué fueron esos rumores? Harry la asió del brazo y cargó otra vez con el saco y el maletín.

—Gente que se marchaba camino del infierno. Bien, vámonos ya.

Notó que la muchacha se estremecía, y creyó que le haría alguna pregunta más, pero se equivocaba, pues llegaron hasta el «Alfa Romeo» sin que ella hubiera vuelto a abrir la boca. Entonces sí dijo:

—¿Qué es... qué es lo que hay ahí?

El cadáver de Hamin, envuelto en su miserable chilaba, aparecía distintamente sobre el asiento delantero del coche.

—Un hombre dormido —repuso el americano, a media voz—. Dormido para siempre...

Siéntese atrás, no tenga miedo.

Lyse vacilaba.

—Esto es horrible... horrible... Una pesadilla...

—Ojalá fuera una pesadilla. —Harry abrió la portezuela y la obligó a subir y a sentarse. Dejó el saco y el maletín a su lado, y se instaló al volante—. En fin, puede que para usted concluya siéndolo, pero para mí no lo es. Es la vida. Dicen que las hay peores.

Dio gas y el poderoso «Alfa Romeo» se puso en marcha. La muchacha había enmudecido. De este modo salieron del jardín de El Minzah, y al suave resplandor del nuevo día, se internaron en la población. Los moros comenzaban a circular por las calles. Borriquillos cargados como mulos, y mujeres cargadas como borricos caminaban en dirección al zoco. En sus lujosos automóviles, los noctámbulos inveterados regresaban de amar, beber, bailar y divertirse. Un leproso harapiento se arrastraba por el borde de la acera.

Harry tomó la carretera de Malabata, y en un momento dejó atrás la ciudad. A la altura de El Charf, se internó por un camino privado que rodeaba una selvática colina. Inesperadamente, entre las palmeras, por encima de las higueras, las chumberas y las pitas, surgió una pequeña construcción. Era una casa blanca, de estilo moruno, pegada por un lado al monte y asomada por otro a la maravillosa perspectiva de la bahía. El «Alfa Romeo» ascendió hasta

la casa y en la explanada que había delante, se detuvo.

Lyse se daba apenas cuenta de lo bello que era el lugar, tan silencioso, tan solitario, perdido entre la vegetación y con la inmensidad del mar por fondo. Estaba como sumida en un extraño estupor, igual que si hubiera tomado una droga. Cuando el americano la prendió del brazo y la sacó del coche, se dejó conducir automáticamente, vio que entraban en la casa y que la humilde apariencia de ésta encerraba auténticos tesoros de lujo, mobiliario y decoración marroquíes. Harry hizo sonar un gong. Tras unos minutos de espera acudieron, presurosos, un hombre y una mujer indígenas, ambos de mediana edad, él flaco, ella gruesa, los dos limpia y decorosamente vestidos.

El americano les habló en árabe. Después, dijo a Lyse:

—Fátima cuidará de usted. Pida cuanto desee, porque está usted en su casa, pero no salga ni se ponga en comunicación con el exterior hasta que yo la avise. Probablemente, más tarde, la llamaré por teléfono.

—¿Quién vive aquí? —preguntó la muchacha.

—Ahora, usted.

—¿Es usted el dueño?

—Sí.

La mora se inclinaba sonriente, invitándola a seguirla.

—Gracias —dijo Lyse.

Hubiera querido añadir algo más, pero no dio con las palabras apropiadas. Se sentía torpe. Sin embargo, como cuando le vio por primera vez en el Café Andaluz, el rostro viril y anguloso de aquel hombre, su boca firme, su voz resuelta y la impresión de entereza espiritual y vigor físico que emanaban de él, le infundían una seguridad consoladora. El horror de la escena en la habitación de El Minzah se había esfumado de su mente por completo. Lyse intuía que mientras el americano estuviera a su lado, nada malo le podía ocurrir. Era algo parecido a necesitarle, y desear verle y oírle. Una sensación que ningún hombre le había procurado jamás. Tuvo su nombre en la punta de la lengua, para llamarle, en el momento en que él giraba sobre sus talones y salía de la casa. No lo hizo, empero, sino que, suspirando, echó a andar en pos de Fátima, mientras el moro recogía del suelo su menguado equipaje.

Fuera, Harry alzó el cadáver de Hamin y lo trasladó al asiento

trasero del coche. Levantó la capota. Luego se sentó al volante y partió. Su cara era una máscara inexpresiva. Sólo una vez, desde la última curva del camino, volvió la cabeza para mirar atrás y una rápida sonrisa aleteó en sus labios.

Minutos después, de nuevo en la ciudad, paraba ante un bar, entraba, pedía un café y se servía de teléfono público.

—Diga —le respondió una voz ronca, lejana y soñolienta.

—¿Carruthers?

—Duerme.

—Despiértele, es urgente. Una pausa.

—Carruthers al aparato —dijo otra voz distinta, con el inconfundible acento de los barrios populares de Londres—. ¿Qué se le ofrece, señor?

—Tengo una avería. Matrícula A. A. 26 del I. S.

La voz no se alteró, pero delató un ligero sarcasmo al preguntar:

—¿Puede trae el coche aquí? ¿Necesita un remolque? Lo llevaré enseguida.

—Muy bien, señor. Estaré a punto para atenderle.

Harry colgó el teléfono, se bebió el café, abandonó el local y volvió a empuñar el volante. Se dirigió a la calle de Fez, donde había una gran estación de servicio y taller de reparaciones, a aquella hora prácticamente desiertos. Cuando metió el «Alfa Romeo» en la nave del taller, no vio sino a un hombre grueso sentado tras los cristales de una garita y a otro pequeño, enjuto, nervioso, que acudía a su encuentro vistiendo un grasiento mono de mecánico.

—Llamé hace un momento. El hombre del mono asintió.

—¿Qué es?

—El carburador, supongo.

Harry levantó el capó, mientras el otro iba en busca de sus herramientas y después, al iniciar el examen del motor, se situó a su lado.

—¿Quién es su pasajero? —murmuró el mecánico, disimuladamente.

—Hamin El Erraj, un camarada.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—No se trata de esto. Anoche conocí a una agente de ustedes, *Lady Helena Kally*. Está vigilando a B. X14, y cree que él no la descubrirá, pero se equivoca. Corre peligro. Eddie Smith la ha denunciado. B. X. 14 pagó a Eddie diez mil francos por sus informes. Le he encontrado esta madrugada relleno de morfina, casi hasta reventar.

Harry vio que la mano de Carruthers oprimía fuertemente el destornillador con que fingía explorar la avería del coche.

—Eddie tenía un día u otro que hacer una marranada así. Y por tan poco dinero... Está acabado.

—Quien está acabado es el Intelligence Service si sigue confiando en tipos como él. El mecánico ahogó una interjección.

—Usted sabe lo que pasa con Eddie. Traicionaría a su propia madre cuando echa de menos la mandanga, pero ha vivido veinticinco años en Tánger y es una fuente de noticias excepcional. Jamás se le escapa nada, conoce a todo el mundo, se ha introducido en nuestra sociedad, en la judía y en la marroquí, y está al corriente del menor incidente que se produzca de aquí al Sahara y del Atlántico al Mar Rojo... Usted sabe que Eddie nos es insustituible.

—¿Y Helena Kelly, no?

—La relevaremos de su misión, claro.

—Si llegan a tiempo.

Carruthers aflojó una tuerca y la volvió a apretar.

—¿Por qué anda usted metido en el asunto?

—Eso debería preguntarles a ustedes... ¡Tiene gracia! Yo fui el primero que se metió, y ahora no saldré sin llevarme a Bruno por delante. No me importa que B. X. 14 valga para ustedes su peso en oro. Ha matado a Hamín y no se lo perdonaré. Puede decírselo así a sus jefes.

—No se precipite —gruñó el mecánico—. Recuerde que nosotros le hemos dado siempre toda clase de facilidades. Quizá, como otras veces, nos convenga más trabajar en colaboración...

—Les conviene a ustedes, no a mí. Su única preocupación es neutralizar a B. X. 14, pero solamente porque se ha puesto al servicio de la Hermandad Musulmana y la Hermandad es una amenaza gravísima para los intereses británicos en los países árabes. Yo voy a otra cosa, Carruthers.

—¿A matar a Bruno de Silva?

—Quizá, sí.

—Tenga cuidado —advirtió Carruthers, entre dientes—. ¿Eso es todo?

—Todo.

—Pues gracias por el aviso concerniente a Helena. Sentiré mucho que cometa usted un disparate... Vamos, suba al coche y de un poco de gas.

Harry subió al coche y dio gas. El mecánico hizo como que comprobaba que el carburador funcionaba perfectamente, bajó el capó, guardó el destornillador y se restregó las manos.

—Págume —dijo, aproximándose a la ventanilla.

Lanzó una mirada al cadáver, sentado como si dormitara en el asiento trasero:

—Veinte pesetas.

El americano le entregó un billete de veinticinco.

—Guárdese la vuelta. Adiós, Carruthers. Carruthers preguntó mordazmente:

—¿Qué flores prefiere usted?

—Rosas.

—Enviaré una buena corona a su entierro. Se la ha ganado, Laporte. Harry embragó primera.

—Ahora me llamo Harry Gurney —corrigió—. Jean Laporte murió heroicamente en el Senegal, durante la primavera de 1944.

Agitó la mano y el «Alfa Romeo» salió rugiendo del taller.

CAPÍTULO VIII

El café tenía un aspecto frío y melancólico bajo la clara luz matinal. Una mujer gorda, al fondo, terminaba de barrer el suelo. En el bar, un parroquiano solitario bebía una limonada.

Estaba ocupada una única mesa, donde un hombre vestido de color verde oliva se tomaba a pequeños sorbos un café. Dick Bower se detuvo un momento en el umbral a contemplarle. El hombre parecía cansado y más viejo y menos aseado que de costumbre, pero seguía transpirando vitalidad.

Dick avanzó y se sentó a su lado.

—No es mucha consideración por tu parte ponerme en circulación a estas horas, Harry —rezongó—. Buenos días.

Harry le saludó con una mueca. Un camarero se aproximaba. Dick Bower pidió café y añadió:

—Apuesto a que no te has acostado.

Harry movió negativamente la cabeza. Tenía la mirada fija en un punto indeterminado. Con gestos mecánicos encendió un cigarrillo, aspiró una tras otra profundas bocanadas y no habló hasta que Dick tuvo su café y el camarero se hubo alejado nuevamente.

—Necesito que funciones con propulsión a chorro —dijo entonces—. Hay dos hombres muertos en el jardín de El Minzah, y otro en una habitación que hasta anoche ocupaba Lyse Cappa. Yo me he cargado a los tres, interpón tu influencia cerca del Administrador de la Zona para que el hecho trascienda lo manos posible. Inmediatamente, antes de que los huéspedes despierten y empiece el jaleo, debe presentarse la policía en el hotel, y con la mayor discreción, retirar el cadáver del cuarto de esa chica. Los dos muertos del jardín se encuentran en un «*Vedette*» negro estacionado entre los árboles.

Dick no pudo disimular su asombro.

—Vamos, Harry, tú siempre el mismo. ¿Qué ha pasado?

—Haz lo que te digo. Después te lo contaré.

SI diplomático titubeo, y por fin se levantó y fue al teléfono. Llamó dos veces y estuvo hablando en total ocho o nueve minutos.

—Eso es demasiado gordo, Harry —se lamentó al regresar—. ¡Tres hombres muertos en el mejor hotel de Tánger! ¿No comprendes lo que significan? No respondo de las medidas que tome el Administrador, te lo advierto. No podemos seguir así. El prestigio de la ciudad...

—Al cuerno —le interrumpió Harry—. A vosotros lo único que os interesa es que no huyan los turistas y que los grandes capitalistas no retiren su dinero de los Bancos de la Zona. Hay cosas mucho más importantes, entérate, y la que tenemos entre manos es una.

—Pero ¿cuál es la que tenemos entre manos?

El agente secreto sacó del bolsillo la pipa-cerbatana de que se apoderara en el jardín del hotel, y la depositó sobre la mesa.

—Fíjate en esto. A corta distancia, es el arma más peligrosa que has visto en tu vida. Con ella o con otra idéntica se dio muerte a Pierre Lebrun y Lucien Romberg.

Dick Bower levantó la pipa casi con temor, y la examinó atentamente.

—Comprendo, es en realidad una cerbatana que dispara diminutas flechas impregnadas en curare. ¿Cómo y dónde la has conseguido?

—Necesito otro café para recobrar la memoria.

Dick pidió dos cafés más. Cuando se los hubieron servido, dijo:

—Harry, ¿tú sabes que nuestra policía encontró ciertos pasaportes americanos falsificados en poder de dos hombres que aparecieron muertos en las riberas del Tahardatz?

—Sí.

—¿Está eso relacionado con tu venida a Tánger?

—En parte.

El diplomático respiró profundamente.

—Lo hubiera jurado. Cuando me hablaste de Bruno de Silva, fue lo primero que pensé. Nadie, excepto él, se arriesgaría en la Zona a montar un negocio de esa índole.

—Los pasaportes no fueron falsificados en la Zona —rebatíó Harry.

Dick le miró con sorpresa.

—¿No?

—Ni por Bruno de Silva. Santo Dios, Dick, ¿quién te ha inculcado semejante idea? Bruno jamás pierde el tiempo en minucias. ¡Falsificar pasaportes! ¡Oh, no, él se moriría de hambre antes que rebajarse de ese modo!

—Entonces... no entiendo una palabra.

Harry tomó la pipa y le dio vueltas entre sus dedos, pensativo.

—Los pasaportes los falsificaban en Casablanca Pierre Lebrun, Romberg y Van Huyss —declaró, lentamente—. Romberg era el dibujante, y tenía cerca de veinte años de experiencia en la falsificación de documentos, lo que le había dado una extraordinaria habilidad. Van Huyss era el grabador, y Lebrun lo que podríamos llamar el agente comercial. Los tres se defendían modestamente cuando B. X. 14 llegó a Marruecos, pero después de su llegada se les abrieron las puertas de la fortuna. Bruno vino aquí rodeado de un legendario prestigio, y no le ha sido difícil encontrar empleo. Mejor que empleo, se trata de la realización de determinada tarea, de un trabajo concreto y específico que no ha terminado aún. El propio Bruno me contó anoche, más o menos veladamente, que para llevar ese trabajo a término necesitaba de una «industria auxiliar», la cual no era sino la falsificación de pasaportes. En consecuencia, se puso en contacto con los tres camaradas de Casablanca a través de Van Huyss, antiguo conocido suyo, establecieron un acuerdo y empezó a comprarles a buen precio su mercancía. En este momento, por un azar, dos personajes insignificantes fueron asesinados en el Tahardatz. Eran dos jóvenes relativamente acomodados de la cabila de Beni Mansoura, complicados en una antigua venganza familiar, que deseaban abandonar el país y marchar a Argelia. Vinieron a embarcar a Tánger, pero sus enemigos les seguían los pasos y acabaron con ellos el mismo día de su llegada a la Zona. Esto no tendría ninguna importancia, de no ser porque Pierre Lebrun les había vendido sendos pasaportes falsos, y porque la policía especial los encontró, descubrió la falsificación y emprendió sus pesquisas. Naturalmente, una vez dada la alarma, la eficacia de los pasaportes que compraba

Bruno sufría un golpe considerable, y era lógico que él se mostrara enojado. Sin embargo, su enojo, descargado por intermedio de Van Huyss, fue mucho mayor de lo que Lebrun y Romberg esperaban. Atónitos, le pidieron a Van Huyss explicaciones, y éste les reveló entonces para qué quería B. X. 14 los pasaportes falsos, y por qué los pagaba a tan buen precio. Lebrun y Romberg se consideraron engañados y asustados de la responsabilidad que habían contraído, mataron a Van Huyss, arrojaron su cadáver al mar y escaparon de Casablanca...

Dick Bower levantó una mano.

—No comprendo, Harry. ¿Cuál era la responsabilidad que Lebrun y Romberg habían contraído? ¿Para qué quería B. X. 14 los pasaportes? ¿Quién le ofreció el trabajo que, según tú, realiza? ¿Qué trabajo es?

—Esas preguntas, salvo una, no tienen todavía respuesta. Necesito asegurarme de que cuanto sospecho es verdad, y averiguar un último detalle. Puedo decirte solamente que el trabajo se lo ofreció a Bruno la Hermandad Musulmana.

El diplomático se quedó rígido.

—No es posible. La Hermandad opera por sí misma. Jamás contrataría a un extranjero, a un infiel. Estás equivocado, Harry.

—Ojalá lo estuviera. Desgraciadamente, si a Bruno le han brindado ese trabajo es porque se trata de algo excepcional, lo más importante, quizá, que se ha intentado en el Norte de África desde el fin de la guerra.

—¿No puedo saber qué es?

—Te parecerá raro, pero tampoco lo sé yo.

Hubo un silencio. Dick Bower apuró nerviosamente su café.

—Muy bien, Harry, qué remedio. Adelante con tu historia. El agente secreto esperó unos segundos. Luego:

—Ahora aparece en escena Lyse Cappa —dijo—. Es una muchacha muy bella, muy elegante, que viene a Tánger con los últimos modelos de los modistos de París, y que además es periodista. Consideradas estas circunstancias, los redactores de «France. —Presse» la abordan en el aeropuerto, impresionan sus placas y la asedian a preguntas. Lucien Romberg ve las fotos y lee las preguntas en cualquier periódico y se da cuenta de que hace nueve años él conoció muy bien a aquella chica, que entonces era

sólo una adolescente fue al final de la guerra, en una de sus épocas de prosperidad. Se había hospedado en casa de sus padres, en un pueblo llamado Cebriere que acababa de liberar el *manquis*.

Como Dick hiciera un gesto de extrañeza, Harry añadió:

—Sí, es cierto, tiene que serlo. La explicación cuadra perfectamente. Romberg está asustado y bajo la angustiosa impresión de lo que Van Huyss le ha revelado, confundido por lo que ha pasado en Casablanca, sin saber a quién recurrir. Aquella muchacha es periodista, y lo que él guarda en el buche constituye una noticia sensacional, de la que puede sacarse algún provecho. Romberg delibera con Pierre Lebrun, y ambos acuerdan acudir a Tánger por separado, citar a Lyse Cappa a las siete en el Café Andalúz y allí volver a reunirse para contarle lo que saben. Así lo hacen. Por una coincidencia relativa, quizá porque han cambiado impresiones respecto a ello y a los dos se les ha ocurrido lo mismo, envían sus tarjetas a la muchacha con una frase idéntica, sin duda una cualquiera que mencionaron en su conversación. Lucien Romberg se aloja en el «Hotel Velázquez».

Lebrun ha sido más cauto, se ha ocultado mejor y he aquí la razón de que sobreviva hasta las siete. Bruno, que está a la expectativa y vigila atentamente sus pasos, se deshace de Romberg a las dos. Ignora el paradero del otro, pero ha descubierto su cita en el Zoco Chico, y allá envía a sus criados indios con la pipacerbatana. —Harry, como si quemara, soltó el arma con la que había estado jugando distraídamente—. Yo me hallaba en las mismas condiciones que Bruno. Había localizado a Romberg, pero no a Lebrun, aunque deduje lo de su cita y me presenté a las siete en el Café Andalúz. Los malditos indios y sus flechas venenosas me tomaron la delantera. Lebrun murió ante mis barbas a las siete y minutos. Nada pude hacer, tú lo sabes.

Dick Bower asintió.

—Todo empieza a estar mucho más claro. Sigue.

—Como nos ocurría a nosotros, Bruno no entendía exactamente lo que había pasado. Mató a Romberg y Lebrun suponiendo con razón que iban a traicionarle, pero no se explicaba por qué precisamente eligieron a Lyse, ni quién era ella, ni si representaba un falso papel, de modo que encomendó a sus ayudantes indios la misión de averiguarlo registrando la habitación de la muchacha en

El Minzah, interrogándola y despachándola al otro mundo si el caso lo requería. Como los indios no conocían la disposición del hotel, se valieron de otro personaje que sí debía de conocerla, así como el cuarto que Lyse ocupaba. En esto no les acompañó la suerte. Yo les seguí, seguí al personaje en cuestión y le detuve cuando volvía su cuchillo contra la chica, a quien el ruido que produjo acababa de despertar. Luchamos. —Harry se encogió de hombros—. Los cuchillos son peligrosos. A ese tipejo se le clavó el suyo en el corazón.

Dick se pasó la lengua por los labios.

—¿Y los hombres muertos en el jardín?

—Eran los indios. Tenía con ellos una deuda pendiente.

—¿Tú?

—Hamin El Erraj, ¿lo recuerdas? Mi mejor colaborador. Le mataron y tuvieron la desvergüenza de depositar su cadáver en mi coche como una muestra de lo que eran capaces de hacer. Bueno... ahora ya no son capaces de nada. —Harry encendió con firmes manos un cigarrillo—. He dejado el coche aparcado en el extremo de la calle de Hamburgo, donde termina la urbanización. El cuerpo está dentro, haz que la policía se ocupe de él fue envenenado con curare.

—Lo haré —murmuró Dick, observándole—. ¿Qué ha sido de Lyse Cappa?

—La he llevado a lugar seguro.

El diplomático se enderezó, y apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—¿Te das cuenta, Harry, de cómo te has interpuesto en el camino de Bruno? No es un hombre blando, ni tonto, ni escrupuloso. No te lo consentirá. Lo pagarás caro.

—¿Sí? —preguntó Harry, burlonamente.

—Necesitas protección.

El agente secreto rompió a reír.

—¡Yo, protección! Querido, sospecho que no nos conoces ni a Bruno ni a mí. Hoy almorzamos juntos en su casa. Me invitó anoche.

—¿Irás?

—Claro que iré.

—Estás loco.

Harry se levantó y se despezó.

—Puede. Aprendí hace muchos años a gobernar mis propios asuntos, Dick... Antes de mediodía te llamaré al Consulado. Entrega a la policía esa cerbatana. Me interesa también que identifiquen al individuo muerto en la habitación de El Minzah.

—¿Qué más?

—Nada, salvo que retiren pronto el cuerpo de Hamin. Necesito el coche.

—¿Puedo contarles que Van Huyss, Lebrun y Romberg falsificaban los pasaportes en Casablanca y que los dos hombres del Tahardatz pertenecían a la cabila de Beni Mansoura?

—No hay inconveniente. Dick Bower se puso en pie.

—Muy bien, hablaré inmediatamente con el Administrador. —
Dejó unos billetes sobre la mesa y se guardó la pipa—. Vámonos.

El «Oldsmobile» del diplomático estaba parado a unos metros de la puerta. Dick lo señaló con un ademán.

—¿Te llevo a alguna parte?

—A una barbería —asintió Harry.

Cuarenta minutos después, recién afeitado y con un aire más descansado y más fresco, el agente norteamericano encendía un cigarrillo en una esquina de la plaza de Francia. Un vendedor de periódicos pasó voceando «España» y la «Depeche Marocaine». Be los compró los dos. Lo mismo uno que otro, publicaban en lugar destacado la noticia del asesinato de Lebrun y Romberg, pero sin duda bajo presión del Comité de Iniciativa Turística, trataban el asunto con discreción suma.

Hojeando los diarios, Harry caminó sin rumbo cosa de un cuarto de hora. Luego tomó la dirección de la calle de Hamburgo, donde había dejado su coche. No tenía prisa. Estaba dando tiempo a la policía para que retirase el cadáver de Hamin. Hora, más u hora menos, significaban poco para el éxito de la gestión que acto seguido se disponía a realizar, éxito que no dependía sino de la gratitud y la voluntad de determinada persona...

El «Alfa Romeo» estaba vacío y completamente abandonado. Ni siquiera un policía de guardia. Harry sonrió. Dick Bower, cuando quería, sabía hacer las cosas bien.

Empuñó el volante y emprendió la marcha, pero no regresó al centro de la ciudad, sino que se dirigió por las calles exteriores a la

avenida de los Estados Unidos. Hizo alto ante una villa grande y lujosa, construida como un palacio árabe y rodeada de hermosos jardines. Un portero negro, cuyo uniforme parecía arrancado de «Las Mil y Una Noches», le abrió la puerta de la verja. Harry expuso:

—Deseo ver a tu señor. Dile que soy el hombre de Bab Tagrada.

El negro le miro un momento titubeando, pero inmediatamente se metió en el pabellón de la portería, habló por teléfono, volvió a salir e hizo una respetuosa inclinación indicando que el paso estaba franco. Volvió a cerrar la verja en cuanto el coche prosiguió su camino a través del parque.

Otro sirviente, también exóticamente vestido, aguardaba al pie de la amplia escalinata del palacio, encajado en la cual había un estanque lleno de nenúfares en flor.

—Por aquí, sidi.

Harry fue conducido a un patio en sombra, silencioso, donde el único rumor perceptible era el caer del agua en dos soberbias fuentes. No tuvo que esperar. Por debajo de las arcadas labradas de aquel escenario de ensueño, se le acercaba una alta y majestuosa figura vestida de blanco.

CAPÍTULO IX

Era un moro anciano, de puros y altivos rasgos árabes. La autoridad, la dignidad, la nobleza y la inteligencia se leían en sus negros ojos. Su rostro ascético y las canas de su cuidada barba infundían un respeto instintivo. Se movía con la gracia de un aristócrata de sangre, como solo los aristócratas de la sangre de Mahoma, herederos de los legendarios califas andaluces, saben moverse. Su chilaba blanquísima era de una lana fina como seda.

Deteniéndose ante Harry, el anciano le examinó atentamente. Sus pupilas brillaban de un modo especial.

—Jamás creí volver a verte —dijo, con voz suave—. Ha sido una gran sorpresa, la más agradable sorpresa que el mundo podía ofrecirme antes de morir. Pensé que me equivocaba cuando te han anunciado, que no había comprendido bien. Ahora sé que es cierto. No has cambiado, hijo mío. La paz de Alá sea contigo para siempre.

—Y contigo, Ibrahim —repuso el americano. A la vista del moro, los recuerdos se agolpaban en su memoria—. Gracias por tus palabras.

El anciano avanzó dos pasos más, y en silencio, le abrazó.

—Gracias a ti por honrar esta casa, que es tuya con todo lo que hay en ella. Diez años he esperado este momento... Perdona, perdona mi emoción. Soy ya viejo y el corazón se me ablanda.

El silencio persistió unos minutos. Luego, Harry se desasió.

—Yo no quería venir, Ibrahim, lo sabes. El moro asintió lentamente.

—Pero has venido. Entra, te lo ruego, a tomar posesión de mi modesto hogar. Tenemos que hablar mucho... muchísimo... Diez años no han pasado en balde para ninguno de los dos...

Harry le retuvo por el brazo.

—No puede ser, Ibrahim. No he venido por mi voluntad, sino porque me han traído las circunstancias. Comprende... que esto no es fácil para mí. Sin embargo, estoy en un apuro, y hay una sola persona en Tánger capaz de ayudarme. Tú eres esa persona.

Ibrahim comenzó a caminar con paso tardo a lo largo de las arcadas, y el americano anduvo junto a él.

—Inescrutables son los designios de Alá —murmuró el anciano—. Hace diez años, en una ocasión que no olvidaré nunca, yo fui a decirte lo mismo que tú me dices ahora: eras la única persona que podía ayudarme. Traicionando tu deber y tus ideales, pero podías. Conmigo no te unía más que la amistad... Y sin embargo, me ayudaste, y yo me he avergonzado siempre de aquel momento...

—Dejemos eso, por favor.

—No. —Ibrahim levantó solemnemente una mano—. Hablar de ello cura las heridas del alma... ¿Tú recuerdas? Ahmed Ben Ibrahim, mi hijo único y querido, que no tenía más que dieciocho años, había sido detenido y acusado de sabotaje y desertión por los franceses que seguían al general De Gaulle. Era culpable, pero Ahmed significaba para mí la luz, la vida, el mundo... Ahmed lo significaba todo... Tú podían salvarle, nadie más que tú. Pedirte que lo hicieras era pedirte que traicionaras a los tuyos, que mancharas tu honor...

Era ofenderte. Jamás debí pedírtelo, pero yo era un padre, un padre débil, y lo hice. Tú rescataste a Ahmed, luchaste por él y por mí. Dos franceses murieron a tus manos... ¡Dos de tus propios camaradas de armas! Me devolviste a mí hijo y nunca más volviste a hablarme, hasta el día de hoy. Yo abandoné mi palacio de Fez, renuncié a mí puesto junto al sultán, me despedí de la política y me retiré a este rincón de Tánger donde creí estar a salvo de las pasiones humanas... ¿Sabes lo que fue de Ahmed?

—Murió —dijo, secamente, Harry.

—Murió a los pocos meses, como un miserable, en el aduar de los Ulmen, apuñalado por un marido celoso.

El americano no hizo comentario ninguno. La historia —una de tantas historias, al fin y al cabo— no era agradable para él ni para Ibrahim.

Transcurrido algún tiempo, preguntó el anciano:

—¿Qué querías pedirme?

Su voz sonaba remota, como si se hallara espiritualmente muy lejos del tranquilo patio que, paso a paso, iba rodeando con Harry. Éste dijo:

—En Marruecos se preparan acontecimientos gravísimos, y es inminente que la Hermandad Musulmana descargue un golpe. Tú te has apartado de la política activa, Ibrahim, pero desde la destitución de Mohamed V, estás en estrecho contacto con los franceses y tu prestigio juega un papel mucho más importante de lo que parece.

El moro se había detenido. Su rostro se ensombreció.

—Sé lo que vas a preguntarme.

—¿Y bien?

—Es justo que te lo diga. —Ibrahim habló sin vacilar—. El jefe del Gobierno francés viene de París personalmente, acompañado de dos ministros, para celebrar una conferencia con el Sultán, El Giaui, el Residente General y nuestras principales figuras. Se espera un paso decisivo hacia el fin del terrorismo y la vuelta a la normalidad en Marruecos.

¡El jefe del Gobierno francés! Harry experimentó una sensación como si le hubieran clavado una aguja. ¡Qué ocasión tan extraordinaria, ofrecida en bandeja a rebeldes y nacionalistas marroquíes para afianzar su sangriento prestigio, y al mismo tiempo, decapitar de un tajo la política de París!

—¿De quién ha partido esa iniciativa? —exclamó—. ¡Es una locura!

—Todas las precauciones están tomadas —opuso Ibrahim—. El viaje se ha mantenido en el más riguroso secreto, lo mismo en Francia que aquí. Será una sorpresa mundial.

—No hay tal secreto. La Hermandad Musulmana lo sabe. El anciano contempló a Harry entornando los ojos.

—¿Quieres decir que prepara un atentado? Harry no se molestó en contestar.

—¿Cuándo llegan esos personajes?

—Hoy.

—¡Hoy! ¿A dónde?

—Directamente a Rabat, por avión.

—¿A qué hora?

—A primera de la noche. A las once está señalado el comienzo

de la conferencia.

Harry comprendió con inquietud que no habla tiempo que perder si deseaba evitar una catástrofe. Tenía mucho menos de un día para descubrir qué era lo que Bruno de Silva había tramado, y desbaratarlo antes de que fuese demasiado tarde. Necesitaba trabajar a presión. En aquel momento estarían ya ultimados todos los detalles del plan, y este dispuesto a funcionar como un mecanismo de relojería. ¿Cómo impedirlo sin saber en qué consistía? ¿Matando a Bruno? No, matar a Bruno no era nunca, ni en este caso, una solución. En este caso precisamente, equivaldría quizá a oprimir el resorte que ponía el aparato en marcha. La Hermandad Musulmana se bastaba para sacar a la organización de Bruno su máximo rendimiento, aun faltando él, y encima se ahorraría sus honorarios. Harry tenía sobrada experiencia del modo cómo B. X. 14 preparaba sus operaciones.

Ibrahim se había quedado cabizbajo. Por alguna razón, su declaración semejaba haberle costado un extraordinario esfuerzo.

—Gracias —dijo el americano—. Ahora estamos en paz. He de marcharme. El moro le lanzó de soslayo una rápida mirada.

—Sí.

Harry extendió la mano.

—Puede que algún día, muy pronto, vuelva a visitarte y hablemos de los viejos tiempos. Diez años no son nada, Ibrahim, pasan en un soplo. Se olvida deprisa... muy deprisa...

—Sí —repitió cansadamente el anciano. Le estrechó la mano y añadió en un susurro:

—Que Alá te acompañe.

Mientras se alejaba, Harry pensó que sus últimas palabras habían sonado casi insinceras. Musitó para sí: «Es justo que te lo diga», y se volvió en el extremo del patio para admirar por última vez la erguida, noble y blanca figura, de aquel hombre que, diez años antes, creyó estar en su palacio de Tánger a salvo de las pasiones humanas. «Es justo que te lo diga». Cuando Ibrahim pronunció esta frase, daba indirectamente el más fiel y secreto retrato de sí mismo, un retrato que acaso no más de dos personas fueran en aquel momento capaces de identificar. Una de las personas era el propio Ibrahim. Otra era él, Harry Morton Gurney, A. A. 26 en los archivos del Intelligence Service.

El agente americano descendió la amplia escalinata junto al estanque, montó en su coche y partió. El portero, que le aguardaba ya con la verja abierta, se inclinó respetuosamente a su paso.

Conduciendo como un autómatas, sumido en un torbellino de nebulosos recuerdos y sombrías ideas, Harry se dirigió al centro de la ciudad, pero masculló una exclamación de disgusto al salir de su abstracción y advertir que se encontraba en la calle de Italia, próxima al Zoco Grande. Sacudió la cabeza e hizo alto ante el primer bar que apareció en su camino. Dentro, pidió una doble ginebra con soda. Antes de que se la sirvieran tomó el teléfono y llamó a la Jefatura de Policía.

—Ibrahim El Kassam corre peligro de muerte —reveló, sin preámbulos—. Cuiden de él. Oyó una respiración agitada y una voz:

—Un momento —sonó un *clic*— Repítalo.

—Ibrahim El Kassam corre peligro de muerte. Cuiden urgentemente de él.

—¿Quién es usted? —preguntó, en español, otra voz—. ¿Con quién hablo? Harry rió secamente.

—Denuncia anónima.

Colgó. Bebió su ginebra, pagó y salió de nuevo a la calle. Había dedicado a todo ello muy pocos minutos y, sin embargo, hubo tiempo de que fuera ocurriera algo. Harry se detuvo a un metro de su coche. Asido a la manija de la portezuela, un moro miserable le contemplaba con expresión perruna. Parecía estar allí para abrirle y ganarse una propina, pero no era así, y al americano le bastó una mirada para descubrirlo.

—¿Qué quieres? El moro murmuró:

—Ven conmigo, sidi. Hassini te necesita. Está muriéndose.

Hassini era el nombre que los indígenas daban a Eddie Smith, el morfinómano. Harry no pudo creer lo que oía. Siempre había sospechado que la gente como Eddie era más o menos inmortal.

—¿Cómo me has encontrado?

—Llevamos buscándote mucho rato. Te conozco y conozco tu coche.

—¿Te envía Hassini?

—Sí.

Harry abrió la portezuela y se sentó al volante.

—Sube.

Con el moro a su lado y siguiendo sus indicaciones, fue hasta la plaza de la Alcazaba. Desde allí descendieron a pie. Tomaron una calleja tortuosa, luego otra, y otra más. Muros sin una sola abertura se elevaban a derecha e izquierda. Los tenduchos, los cafetines y las viviendas estaban a pocos pasos, pero se les hubiera creído en el extremo opuesto del mundo.

Harry no titubeaba. Los barrios indígenas de Tánger y los de Tetuán, Casablanca o Fez, le eran tan familiares como se lo es a cualquier aldeano la plaza de su pueblo. Su atención estaba fija en el moro. Si le había engañado, si era el cebo de una trampa tendida por Bruno, tenían que ser un cebo y una trampa tremendamente eficaces para cazarle a él.

De pronto, el moro se detuvo ante una puerta semejante a la boca de una ratonera.

—Hassini no vive aquí —dijo el americano.

—Le hemos escondido. No temas, sidi.

—Entra tú primero.

El moro se inclinó, apartó la arpillera que tapaba la abertura y desapareció. Harry le siguió con la mano en la culata de la pistola.

Al otro lado no había más que una habitación de reducidas dimensiones. Ardía un candil y en el aire flotaba un hedor nauseabundo.

Eddie estaba tendido junto al candil, sobre un montón de paja, cubierto por un trozo de lienzo. Vivía aún, pero su cara era la de un cadáver. Los ojos, febriles, amenazaban salirse de las órbitas, y semejaban todo blanco, casi sin pupilas. Los pómulos se marcaban bajo su piel de color amarillo sucio. Tenía el pelo revuelto, empastado con sangre, y más sangre en las fosas nasales y en las comisuras de la boca.

Acurrucada a su lado y completamente envuelta en un manto, se hallaba una mujer, silenciosa, inmóvil, como si fuera la imagen de la muerte. El moro fue a situarse detrás de ella, donde apenas llegaba el resplandor del candil.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Harry.

Eddie se estremeció débilmente.

—Salcedo... Eres tú... Salcedo...

—Lo fui, no importa el nombre. Di, ¿qué ha pasado?

—Retira la sábana.

El americano obedeció. Contuvo el aliento. El blanco y flaco cuerpo de Eddie estaba lleno de heridas y magulladuras, testimonios de una paliza brutal. Pero lo peor eran sus manos. No tenía manos, sino dos horrendas piezas de carne informe y negruzca. ¡Se las habían quemado! El olor que despedían le hizo pensar a Harry que desde aquel momento el asado quedaría excluido de su comida para siempre.

—¿Fue Bruno?

—Orden de Bruno.

—¿Por lo que me dijiste?

—Sí.

—Lo lamento.

—No te he reclamado para que lo lamentes. —La voz de Eddie se quebraba, era una especie de suspiro—. Voy a morirme, Salcedo... o como te llames en realidad. Intento reparar el último daño que causé, quizá... quizá Dios me lo tenga en cuenta... Necesitaba uno con agallas... Tú sirves...

—Está bien, Eddie.

—Si no te das prisa la dejarán peor que a mí. Quieren averiguar cuánto sabe el I. S de la Hermandad y de Bruno y de su maldito negocio... Quieren asegurarse...

—¿Me hablas de Helena Kelly?

—Sí.

—Está bien, Eddie —repitió entre dientes el americano. Le hubiera gustado añadir muchas cosas más, pero no eran cosas propias para dichas a un moribundo—. ¿Cuánto sabe ella?

—Nada.

—¿Y tú? Eddie gimió.

—¿Crees que si hubiera sabido algo estaría así? Nadie sabe nada. Yo le di al I. S. la noticia y no hay más.

—¿De dónde la sacaste?

—Un hombre llamado El Idris vino de Argelia a entrevistarse con Bruno... Es un alto dirigente de la Hermandad... ¡Por Dios, Salcedo, eso ya no importa! ¡Ve en busca de Helena!

—Iré —asintió Harry. No necesitaba preguntar a Eddie por qué no confiaba aquella misión a la policía y ni siquiera a los hombres que el Intelligence Service tenía en Tánger. Si se la encomendaba a él, sólo él podía llevarla a cabo, y Eddie lo sabía perfectamente—.

¿Dónde está?

—Yusuf te lo indicará. No te dejes engañar, Salcedo. Es fácil entrar allí, pero no salir.

Menos todavía con la muchacha... Date prisa... ¡Date prisa!

Eddie temblaba. La mujer agachada a su lado sacó una mano de entre las ropas —una bella y delicada mano blanca— y la apoyó en su frente. El herido levantó sus extraños ojos a ella.

Harry se enderezó. El moro estaba desplazándose hacia el orificio de salida.

—Descuida, Eddie. Acordarse de la chica ha sido un bonito rasgo. Volveré pronto.

—No... no será pronto —murmuró Eddie.

El moro había apartado la arpillera. Harry dedicó al herido una última mirada, retrocedió y salió. El moro le siguió inmediatamente.

—¿Quién es la mujer?

—*Lal-la Aixa* —dijo el indígena—. Su esposa.

Harry enarcó las cejas, pero no preguntó más. Eddie Smith, con su irreprochable acento de Oxford y su cuerpo y su alma arrumados por los estupefacientes, había sido un misterio en vida y probablemente seguiría siéndolo después de muerto.

—Vamos, *sidi*.

El lugar estaba muy al extremo de la Ciudad Vieja, por la parte del muelle. Harry siguió al moro hasta allí sin detenerse un instante, y cuando Yusuf le hizo señas de que prestara atención, vio que se hallaban ante una casa de aspecto inocente, próxima a las murallas y un poco aislada de las demás.

Yusuf murmuró:

—Hemos llegado. Había un hombre en la puerta, pero ahora no se ve a nadie. Será mejor que demos la vuelta y entremos por detrás, por el corral. No vigilan.

«No te dejes engañar —había dicho Eddie—. Es fácil entrar, pero no salir». El americano, con el entrecejo fruncido, estudió las condiciones del terreno. Tendría que abrirse paso a tiros, naturalmente. Una vez hubiera rescatado a la muchacha, la fuga más segura sería en dirección al puerto, y a pesar de todo...

Bien, ¿qué importaba? ¿No era mejor morir que fracasar?

¿Cómo, sin embargo, se arriesgaban los secuestradores de

Helena Kelly a encerrarla y torturarla en aquella casita a la que cualquiera, incluso la policía, podía llegar sin estorbo?

¿Era porque disponían de un servicio de alarma suficientemente eficaz para escapar a tiempo? ¿Estaría este servicio de alarma funcionando entonces?

Harry sacó disimuladamente la pistola y le aplicó el silenciador.

—¿Vienes tú también?

—También, *sidi* —contestó el moro.

—¿Llevas armas?

Yusuf mostró por el escote de su chilaba el mango de un puñal. Su cara de perro se arrugaba en una mueca como de avidez, y Harry no pudo menos que pensar que aquel hombre insignificante, lleno de fidelidad a Eddie, era otro misterio más en la vida del agente secreto británico.

—Adelante.

Fue fácil de verdad... dolorosamente fácil. El americano y el moro rodearon la casa, atravesaron el corral y entraron sin que nadie les detuviese.

Pero la casa estaba vacía. Solamente en la cocina, donde todavía ardía el fuego, había algo: el cadáver de una mujer.

CAPÍTULO X

Harry se arrodilló junto a la muerta, dudando del testimonio de sus ojos. En aquel cuerpo desnudo, destrozado y chamuscado, era casi imposible reconocer la figura elegante y graciosa de la muchacha con quien la noche anterior bailara «Mr. Callaghan» en «Le Consulat». Pero su rostro, no obstante el pavoroso rictus que contraía sus facciones, era el de ella, y sus labios amoratados eran los de ella, y sus claras pupilas, inmovilizadas en el horror de la muerte, eran también las de ella. El martirio que la joven inglesa había sufrido, debió de ser monstruoso. Harry había visto durante la guerra y en diversos lugares de África crueldades inhumanas y oyó contar escenas apocalípticas, auténticos aquelarres sangrientos a que los marroquíes se habían lanzado en la época de las campañas franco españolas y después del desastre de Annual. Sin embargo, en ninguno de los casos vistos y oídos hubo, estaba seguro, la barbarie del asesinato que tenía delante ahora. *Lady Helena* no tuvo suerte. Para morir como una dama y cumpliendo con su deber, pudo corresponderle un destino mejor, más limpio, más sano. Harry le cerró los párpados con mano insegura. Sentía por ella una gran compasión y un gran respeto.

A Helena Kelly la había hecho matar B. X. 14, el mismo hombre con quien la víspera conversaba y bebía champaña en el amable ambiente de un *dancing* de lujo. Mientras se ponía de nuevo en pie, el americano pensó que algo muy importante tenía que haberle pasado a Bruno para comportarse así. No era su estilo. A duras penas podía adivinársele ya detrás de sus obras. ¿Por qué ensañarse como un cerdo rabioso en Eddie Smith y en la pobre muchacha? ¿Qué esperaba conseguir de ambos? ¿Lo que no sabían? ¿Lo que eran demasiado sencillos y oscuros para saber? ¿Acaso tenía

miedo? ¿Desde cuándo B. X. 14 tenía miedo?

No, Bruno ya no era el mismo. La ola de brutalidad que la Hermandad Musulmana levantaba de un extremo a otro del mundo árabe, le arrebató toda la corteza de civilización, todo el ropaje de delicadeza y cortesía con que se disfrazara hasta entonces. Había quedado al descubierto el canalla que se ocultaba debajo, el canalla entero y nada más: una estatua moldeada en estiércol y en los últimos, detritus malolientes que el crimen iba dejando sobre la tierra.

Harry, contemplando con los puños cerrados el torturado cadáver de la muchacha, se juró que se lo haría pagar... ¡y cómo!

Después salió de la casa.

—Llegamos tarde, *sidi* —dijo Yusuf, a su lado—. Ella no pudo resistir. Era mujer y débil.

Harry apenas le oía... Parpadeaba, deslumbrado por el sol. Sentía fiebre, se sentía realmente enfermo.

—¿Quién la ha matado? —preguntó—. ¿Quién quemó las manos a Hassini? ¿Quién ha sido? ¡Tú los conoces!

Yusuf sacudió la cabeza.

—Son extranjeros... nunca se les vio antes en la ciudad.

—¿A quién pertenece esta casa?

—No lo sé. En ella no vivía nadie.

«Si Bruno de Silva se adjudica espontáneamente el papel de verdugo, ¿para qué estorbarle?». ¡Helena Kelly había pronunciado la noche anterior aquellas palabras! ¿Para qué estorbarle? ¿Para qué? ¡Con qué ciega imprudencia se jugaba a la lotería de la muerte!

Bruno, al cabo, había asignado a la muchacha el papel de víctima. ¿Para qué estorbarle? ¿Siguió Helena pensando lo mismo cuando la vida huía de su frágil cuerpo?

Harry hizo un esfuerzo para desprenderse de sus ideas.

—Ve en busca de un médico y llévale junto a Hassini, Yusuf. Remedemos lo que podamos... Aquí ya nadie nos necesita.

El moro alzó su triste y perruna mirada.

—Hassini tampoco necesita ya al médico —replicó lentamente.

—¿Qué quieres decir?

Yusuf se encogió de hombros.

—Ha muerto.

Harry no le preguntó cómo lo sabía, cómo podía afirmarlo con tanta seguridad. Conocía Marruecos demasiado bien. A veces, desde sus mansiones del reino de las sombras, los *yennun* dejaban oír su voz, y sus mensajes hablaban del mal, de la desgracia, del dolor, de la enfermedad y de la muerte de los seres queridos...

—Vuelve a su lado. No dejes sola a

Lal-la

Aixa.

—Sí, *sidi*.

De pronto, Harry descubrió que conservaba la pistola en la mano. Le quitó el silenciador y la enfundó. Luego miró en torno. En una fracción de segundo, Yusuf había desaparecido. Una mora vieja caminaba con un cántaro de agua buscando la sombra de las paredes. Esto era todo, y el americano se dijo con amargura que nada absolutamente le quedaba por hacer en aquel lugar.

Echó a andar a través de la Medina, calleja tras calleja, en dirección a la plaza de la Alcazaba, donde abandonara su coche. Ya en éste, salió del barrio indígena, que era como una gran mancha blanca y color de arena bajo el cielo de un azul cegador.

Cinco minutos después, desde un café, llamaba por teléfono a Carruthers.

—¿Puedo hablar con libertad? —preguntó.

El mecánico reconoció su voz inmediatamente.

—Sí.

—En la Ciudad Vieja, cerca de la muralla y a la altura aproximada del bazar de Mohamed Jatubi, hay una casa deshabitada en cuyo interior encontrarán ustedes el cadáver de Helena Kelly.

Silencio.

—¿Me ha oído? —inquirió, secamente, Harry. Carruthers balbució:

—Santo Dios... eso... no puede ser...

—En cuanto al cadáver de Eddie Smith —prosiguió el americano en el mismo tono— está en una especie de ratonera abierta junto al muro posterior del palacio de Sidi Haroun El Abra. Tanto a Eddie como a la muchacha, los ha hecho matar B. X. 14, torturándolos para averiguar cuánto saben ustedes de sus relaciones con la Hermandad Musulmana y del trabajo que para ella realiza. Mi más

sincera felicitación, Carruthers. Como enlace del.

Intelligence Service en Tánger es usted un prodigio de habilidad y prudencia.

—¡Cállese! —exclamó el mecánico.

—Todavía me queda por decir. B. X. 14 morirá hoy. Envíele las rosas que a mí me tenía destinadas, estúpido.

Harry colgó violentamente el teléfono. Estaba sudando y al notarlo, él mismo se sorprendió. Su constante actividad, la tensión, la noche pasada sin dormir, le habían alterado los nervios. También él era un poco estúpido, pensó. Necesitaba serenarse.

Se tomó una doble ginebra con soda y comió unos bocadillos en el mismo café. Luego, con otra doble ginebra, se sentó a una mesa y pasó largo rato descansando y fumando, fija la mirada en la calle, pero sin ver. Cuando llamó de nuevo por teléfono, ya era mucho más dueño de sus actos, de sus ideas y de sus palabras.

—Avisa a la señorita, Fátima —dijo en árabe. Y luego, en francés —: ¿Cómo va eso? Lyse Cappa respondió por el auricular:

—Es una cura de reposo. Tiene usted una linda casa, señor Gurney. Sin darse cuenta, Harry sonrió.

—¿No se aburre?

—Ni pizca. ¿Va usted a venir? Me... gustaría... hablarle.

—Temo que no me sea posible.

—¿Por qué no?

—Esto no se ha resuelto todavía. Es necesario que permanezca usted ahí lo menos hasta mañana por la mañana. No se alarme si en todo ese tiempo no recibe noticias mías. Distráigase. Tome unas cuantas fotos de la casa y sus alrededores, pero no se aleje a más de cien metros.

—Las fotos las he tomado ya.

—Tome más —aconsejó burlonamente el americano—. Hasta pronto. Procure no olvidar que su vida corre peligro.

Cortó la comunicación y, mientras reflexionaba con el teléfono en la mano, la sonrisa se fue esfumando de su rostro.

Acto seguido llamó otra vez.

—Con el señor Bower —pidió, al anunciarle una voz de mujer que allí era la Legación de los Estados Unidos. Y añadió—: Dick, soy Harry...

El diplomático respondió al instante:

—Tengo que verte.

Su voz delataba ansiedad. Harry consultó su reloj.

—No es tiempo lo que me sobra, Dick. ¿No puedes decirme por teléfono lo que sea? Dick Bower titubeó.

—Está bien. Sidi Ibrahim El Kassam ha muerto en su palacio, asesinado de una puñalada en el corazón. La policía había recibido una denuncia anónima de que la vida del viejo caíd estaba amenazada, pero se decidió a obrar demasiado tarde. Quiero que me expliques qué significa esto, ¿o no está relacionado con el resto de los crímenes? ¿Qué pasa? ¿En Tánger nos ha caído encima una maldición?

Harry asimiló la noticia con una mueca. «Demasiado tarde»: iba a aprenderse este estribillo de memoria. Ibrahim había muerto, como temió; había saldado con la vida su deuda. ¿No era mejor así? ¿No se leía ya la muerte en sus ojos cuando le dejó en el patio de su soberbia villa?

—Yo hice esa denuncia.

—¡Tú! Bueno, ¿por qué? ¿En qué te basabas? Por lo que más quieras, Harry, ¿qué relación existe entre El Kassam y nuestro asunto?

—Ibrahim tenía un único hijo llamado Ahmed —explicó Harry, pacientemente—, tan vil e incapaz como el padre era noble e inteligente. Hace diez años, durante la guerra, Ahmed se comprometió en un puerco caso de sabotaje, y los franceses lo condenaron a muerte. Ibrahim, con quien me unía estrecha amistad, me pidió que lo salvara, y habían ya llegado las cosas a un punto que sólo era posible hacerlo por la violencia. Ibrahim no ignoraba que lo que me pedía era un atentado contra mi deber y mi honor, pero tampoco ignoraba que yo, como amigo suyo, le complacería... En fin, que rescaté al muchacho, se lo devolví y no le miré nunca más la cara. A poco, Ahmed moría como lo que fue, como una alimaña. El pobre Ibrahim, avergonzado y arrepentido, abandonó sus posesiones de Bab Tagrada y se vino a vivir retiradamente a Tánger.

—¿Y qué? —inquirió Dick—. Harry, ¿qué te ocurre? ¿Estás loco? El agente secreto prosiguió:

—Hoy he ido a visitar a Ibrahim para pedirle un informe que sólo él podía darme. Si me lo daba, como yo hace diez años,

traicionaba su honor y su deber, y además ponía en peligro su existencia. Naturalmente, me lo ha dado. Y ha muerto.

—Estás loco —repitió obscuramente Dick. Harry dijo de sopetón:

—Ibrahim El Kassam ha sido uno de los miembros más activos de la Hermandad Musulmana en Marruecos.

El diplomático dio un resoplido. Al cabo de un momento, exclamó:

—¡No, Harry, no es posible! —Su voz repercutía en el auricular como el sonido de una trompeta—. ¡Ibrahim se había apartado de la política y era amigo de los franceses!

¡Era...!

—Era un hombre de inmenso prestigio en los medios mahometanos y que, en secreto, jamás abdicó de sus ideales nacionalistas. Sirve a la Hermandad desde 1950.

—¿Cómo no lo sabía nadie?

—Yo sí lo sabía... No tengo la culpa de que los servicios de información de los países europeos estén compuestos por niños de teta.

Dick murmuró una maldición.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Es fácil de entender. Le he pedido a Ibrahim una pista para averiguar cuál es el golpe que prepara B. X. 14, y él me la ha proporcionado. Pero vive rodeado de espías: antes incluso de lo que yo esperaba, ha pagado por su delación. No me sorprende.

—Es... es diabólico, Harry...

—¿Diabólico? ¿En qué mundo vives, Dick? Tánger parece un oasis de paz, pero la rebelión arde en todo el norte de África y las llamas no nos perdonan. En este preciso momento, la ciudad huele a chamusquina.

—¿Qué te ha revelado Ibrahim?

—Telefonea a Rabat, y pregúntaselo al residente general francés.

—¡Harry!

—Lo siento, muchacho. Decírtelo no conduce a nada y podría tener graves consecuencias. B. X.

14 da

por descontado que encontrará a la gente sobre aviso, y que todas las precauciones imaginables habrán sido tomadas: descargará su golpe a pesar de ello. Ni siquiera matarle lo impediría.

El diplomático tartamudeó:

—¿Qué... qué... qué...?

—Basta —le atajó Harry enérgicamente—. ¿Cumpliste mis encargos?

—Sí —dijo Dick, como si el brusco cambio de tema le exigiera un gran esfuerzo—, sí, los he cumplido.

—¿Quién era el moro de la habitación de Lyse Cappa?

—Un empleado de la limpieza del hotel. La policía le tenía fichado...

—Comprendo —asintió el agente. Estaba ya claro por qué Bruno había recurrido a aquel hombre para asaltar el cuarto de la muchacha: el moro conocía la habitación de ésta y la disposición de «El Minzah» en sus menores detalles, lo cual no se hallaba al alcance de los dos indios—. ¿Algo más?

—No. Se ha evitado el escándalo, pero el administrador empieza a perder la calma. Dice que quiere hablarte. Ha presentado una protesta en la Legación y ha teleografiado a Washington personalmente.

—Al diablo con él. Bien, Dick, eso es todo. A no ser que mis propósitos fallen, tendrás noticias mías mañana por la mañana.

—¡Hasta mañana por la mañana!

—Sí —replicó Harry. Y colgó el aparato.

De modo que Ibrahim El Kassam había muerto.

Como los dos indios, como el moro del hotel, como Helena Kelly, como Eddie Smith, como Lucien Romberg, como Pierre Lebrun, como Van Huyss.

¡Nueve! ¡Nueve personas muertas desde que aquello empezó!

B. X. 14 tenía que ser el número diez.

—Buena te espera —dijo el agente, en voz alta.

Salió de la cabina telefónica. Al hacerlo notó algo raro, le pareció que una sombra se deslizaba a su espalda. Se volvió vivamente. Nadie. Y sin embargo... Dio unos pasos para rebasar el ángulo que formaba la pared. Un poco más allá había una puerta, que era la de los lavabos. Corrió hacia éstos. La ventana de uno de los retretes estaba abierta, y había un patio detrás. Un hombre ágil hubiera podido sin la menor dificultad trepar de un salto a la pared del fondo y huir.

¿Había sucedido esto realmente?

—¿Fue alguien a los lavabos hace un momento, mientras yo telefoneaba? —preguntó a un camarero, al regresar a la sala del café.

—Creo... pues creo que pasó un moro, no estoy seguro.

—¿Ha vuelto a salir?

—No me he fijado, señor.

Harry, cejijunto y preocupado, ganó la calle. Trató de imaginar las consecuencias que tendría el hecho de que alguien hubiera escuchado su conversación, o sus tres conversaciones, y se alzó resignadamente de hombros. No había dicho nada de particular, nada que sus emboscados enemigos no supieran. Quizá éstos se cerciorarían de que conocía perfectamente sus planes, pero era ya demasiado tarde para que ello revistiera importancia.

¡Demasiado tarde! ¡Siempre era tarde para todo!

Harry se sentó al volante del «Alfa Romeo», demarró y se alejó. Iba camino de la residencia de B. X. 14 para almorzar con él, pero ya no pensaba, como a primera hora de aquella mañana, que el almuerzo hubiera de ser agradable. De Bruno de Silva le separaban ahora los cuerpos horriblemente mutilados de Helena Kelly y Eddie Smith. Todo había cambiado, comenzando por el propio Bruno: su calor, su cordialidad, su cortesía, su conversación brillante y su simpatía decadente y refinada, habían quedado inexplicablemente atrás.

Por ello, Harry, al detener el coche a las puertas de la lujosa quinta, desenfundó la pistola y le aplicó una vez más el cilindro silenciador.

CAPÍTULO XI

Lo que en la quinta ocurrió, empero, fue incluso más violento y más crudo de lo que imaginaba. Un criado indígena le franqueó la entrada, y él atravesó el jardín en su coche y se detuvo otra vez ante la casa misma. El criado indígena era una novedad: a Bruno le habían matado en «El Minzah Hotel» sus dos únicos sirvientes.

La casa estaba inspirada en el lujo ostentoso de Hollywood. Tenía un gran cuadro de césped, con mesas y sillas extensibles multicolores, y una piscina asimétrica, aproximadamente de la forma de un riñón; tenía dos pisos, una gran terraza cubierta y un largo frente de vidrieras en la planta baja; tenía palmeras detrás y, en torno, un buen surtido de vistosas plantas tropicales.

Harry entró.

—Bienvenido —le dijo el sudamericano.

Estaba parado debajo de un airoso arco que daba paso al *living-room*. Vestía una blusa negra y unos pantalones negros, y fumaba negligentemente, sosteniendo el cigarrillo en la comisura de la boca.

Harry le miró durante unos segundos con una mezcla de admiración y odio. Solamente Bruno era capaz de entregarse a una orgía de sangre sin perder su compostura, sus maneras, su inimitable elegancia; solamente él sabía matar, y matar, y matar, mientras invitaba a almorzar a sus enemigos. ¿Cómo había podido hacer lo que hizo con Helena Kelly y Eddie Smith? ¿Y cómo podía ahora recibirle de aquel modo?

—¿Qué te pasa, Harry? ¿Tienes miedo?

La mano del agente norteamericano se sentía irresistiblemente atraída por la culata de su pistola. Durante un instante estuvo a punto de acribillar a balazos a Bruno allí mismo; luego, éste salió

tranquilamente a su encuentro, y la tensión se rompió.

—¿Miedo de ti? —dijo Harry—. No seas vanidoso, Bruno. Sólo me sorprenda que no me tengas preparado un potro de tortura. Estaría más en consonancia con tu nuevo papel.

Bruno esbozó una cansada sonrisa.

—Lo que te tengo preparado es la mejor ginebra que puede beberse en Tánger.

Conozco tus gustos.

—Los gustos cambian. También yo creía conocer los tuyos... hasta hoy.

El sudamericano semejó considerar aquellas palabras con gran atención. Inclínó la cabeza.

—Siempre fuiste un mal psicólogo, Harry. Vamos —retrocedió hacia el arco—, pasa y toma una copa. Te entonará los nervios.

Harry le siguió.

Hasta que hubo traspuesto el arco no se dio cuenta del error que cometía, pero entonces ya no pudo remediarlo. Lo primero que observó fue un cajón de embalaje abierto en un ángulo del *living*, e inmediatamente que de las paredes habían sido retirados los cuadros, y de los muebles los objetos de valor. La única parte de la habitación que permanecía intacta era la visible desde el vestíbulo.

Después descubrió a cuatro hombres apoyados en la pared. Los cuatro vestían a la europea y se tocaban con tarbuz negro. Los cuatro empuñaban pequeñas pistolas ametralladoras. Los cuatro estaban encañonándole.

Harry levantó lentamente las manos.

—Qué lastimosa falta de calidad, Bruno —comentó. Lo curioso era que lamentaba casi tanto el burdo proceder de aquel hombre excepcional que rehuyó toda su vida la violencia, como el hecho de haber él caído estúpidamente en la trampa—. Esto es propio de simples bandoleros. Si son los métodos que solías utilizar en Guatemala, considero una ofensa que los emplees conmigo. Creo que merezco algo mejor.



Bruno le volvió la espalda.

—Desarmadle.

Uno de los hombres obedeció la orden. Se adelantó, y arrebató a Harry la pistola.

Luego regresó a su puesto en la pared.

Bruno, todavía de espaldas, dijo:

—Lo siento, Harry, pero no son sólo los gustos lo que cambia, sino también los tiempos. Estoy en plena carrera de obstáculos, y me veo obligado a seguir el camino más corto para llegar a la meta. En compensación, te perdonaré la vida...

—Prefiero morir a tener que avergonzarme.

—¡Lo sé, Harry, lo sé! —Bruno giró sobre sus talones. Su rostro reflejaba viva pesadumbre, pero ¿sincera?—. Me es imposible hacer más por ti. Tú no ignoras que lo haría en otras circunstancias.

Harry le miró fijamente.

—Cometes un error. Si me dejas con vida, te mataré la próxima vez que nos encontremos. Y te aseguro que será pronto.

—Nunca volveremos a encontrarnos.

—No hablas en serio, Bruno.

—¿Por qué no? —El sudamericano extendió las manos expresivamente—. Me voy, Harry, me retiro, desaparezco por el foro. He vendido esta casa, los muebles, y las casas y los muebles que tenía en otros lugares. Todo ha sido cuidadosamente preparado con antelación. Hoy asistes a mí canto de cisne: Bruno de Silva se ha acabado para siempre jamás.

—¿Quieres decir que abandonas tus negocios?

—Sí, Harry.

—No lo creo. No podrás resistirlo. Éste es tu mundo... lo necesitas como el aire que respiras... lo llevas en la sangre...

—Te equivocas. Podré resistirlo si es suficiente la compensación.

—¿Y lo es?

—Sí.

Hubo un silencio.

—La Hermandad Musulmana —dijo lentamente Harry— te ha contratado para asesinar al jefe del Gobierno y los dos ministros franceses que llegan a Rabat esta noche. ¿Cuánto te paga?

—Sabes muchas cosas, ¿eh, Harry?

—¿Cuánto te paga?

—Quinientos mil dólares.

¡Quinientos mil dólares! ¡Doscientos millones de francos! ¡Veinte millones de pesetas! Harry tragó saliva.

—Bien, Bruno, te felicito. Eres el asesino mejor pagado de la historia.

—¿Te convences ya?

Sí, Harry habíase convencido. Medio millón de dólares bastó para que B. X. 14 se arrancase la máscara. Un anzuelo dorado le había arrastrado a la más inmunda barbarie.

—Me has defraudado —declaró—. Todos estáis dispuestos a arrojaros al lodo, depende solamente del precio que se ponga a vuestras manchas; y tú no eres distinto a los demás. Da asco verte, Bruno... da asco cuando se piensa en Helena Kelly y Eddie Smith...

—No tuve más remedio.

—Más te vale callar.

—¡No tuve más remedio! —insistió el argentino, ásperamente—. Empecé muy bien, tú mismo lo reconociste anoche en «Le Consulat». Pero el tiempo apremiaba, y yo notaba que un círculo se iba estrechando a mí alrededor, ¡y no consiento que se me prive de la mayor ocasión de mi carrera! ¿No comprendes? Siento mucho haber de tratarte como te trato ahora, Harry, mucho... Por eso te perdono la vida.

—Bruno, eres un cerdo.

Bruno consultó su reloj, y sacudió la cabeza como si despertara de un sueño. Su mirada, fija en Harry, se endureció.

—Bien, basta ya. Adiós, Harry —hizo una seña a los cuatro hombres—. Hasta nunca. Te despediría complacido con unas copas de champaña, pero no queda tiempo.

—De modo que éste es tu concepto de una invitación a almorzar —replicó el agente secreto con amargo sarcasmo.

Los cuatro hombres se adelantaron. Uno dobló los brazos de Harry hacia atrás, y otro le colocó rápidamente unas esposas.

Bruno echó a andar en dirección al vestíbulo.

—Solamente es mi concepto actual —dijo, deteniéndole un momento bajo el arco. Posó en Harry una larga e intensa mirada—. Confieso... que te tengo un poco de envidia —añadió obscuramente—. Buena suerte, Harry, y adiós.

Desapareció.

El norteamericano consintió impasible que sus captores le esposaran también los tobillos y le aplicasen una mordaza de esparadrapo. Pensaba en Bruno, y en que Bruno no sería nunca feliz. Se había vendido por medio millón de dólares: cuando un hombre se vende por dinero, la primera prenda que entrega es su propia felicidad. «Confieso que te tengo un poco de envidia». ¡Un

poco de envidia! Harry sabía que había fracasado en su misión, que sus propósitos se habían frustrado, que ya no le era imposible impedir que B.

X. 14 y la Hermandad Musulmana llevaran a término sus terribles planes; y sin embargo, aquellas palabras —«te tengo un poco de envidia»— constituían para él, moralmente, una inmensa victoria.

Éste fue su único consuelo cuando los cuatro pistoleros le arrastraron escaleras abajo, hasta el sótano, y allí le abandonaron, encerrándole a solas con la obscuridad.

¡Su único consuelo durante horas y horas de espera desesperada!

Al principio, Harry oyó lejanas voces, pasos, pesados roces, pero esto concluyó con el rugir de varios motores que se alejaban, y después no hubo más que silencio: un silencio eterno. El agente secreto se resignó, porque no podía sino resignarse. Pensó, y al pensarlo sonrió para sí, que Bruno se había despedido de él deseándole buena suerte. Y lo grotesco, lo verdaderamente grotesco, era que se la había deseado de corazón...

Transcurrió un lapso de tiempo incalculable. Horas.

Rendido por el cansancio de tantos esfuerzos que, al cabo, resultaban inútiles, Harry dejó que el sueño le venciera. Tenía la conciencia tranquila. No se recriminaba por no haber comunicado a Dick Bower ni a la policía lo que sabía del atentado planeado en Rabat: tratándose de B. X. 14, no hubiera servido de nada. Podía interrumpirse el viaje de los ministros, pero esto no era una solución, sino el reconocimiento tácito de una derrota anticipada. Entonces, ¿qué? ¿Permitir que se consumara el atentado?

Medio dormido ya, el agente secreto se encogió de hombros.

¡Al diablo! Durmió.

Le despertó un nuevo rumor de pasos, nuevas voces, ruidos indefinibles que sonaban en distintos lugares de la casa. Se puso inmediatamente alerta. ¿Había regresado Bruno, o eran otras personas quienes se movían en la planta superior? ¿Qué estaba ocurriendo?

Las voces y los ruidos no cesaron.

Luego descendieron al sótano. Completamente desvelado, con los músculos en tensión e intentando en vano distinguir algo a través de las tinieblas, Harry aguardaba. No tenía idea de cuánto

tiempo pasó dormido, pero la presencia de aquellos intrusos le había devuelto una chispa de esperanza. Al fin y al cabo. ¡Bruno le había deseado buena suerte! Una luz se encendió detrás de una puerta, y el rectángulo de ésta quedó dibujado por los cuatro resquicios. Harry hubiera querido gritar, avisar, y lo único que consiguió fue golpear quedamente con los pies el piso de cemento.

La puerta, no obstante, se abrió. Un agente de policía asomó por ella e hizo un gesto de asombro.

—¡Eh... aquí hay un hombre!

Dos agentes más acudieron. A continuación, en unos momentos, Harry se halló libre de la mordaza y acosado a preguntas.

No contestó. Sólo dijo:

—Quítenme las esposas. Prueben sus llaves y, si no abren, usen una ganzúa. Yo les indicaré cómo. ¿Quién es su jefe?

—Yo —respondió una voz, desde la puerta.

Un joven teniente, moreno y de mediana estatura, le contemplaba desde el umbral.

—Me llamo Harry Morton Gurney, súbdito norteamericano. El oficial entrecerró los ojos.

—Teniente Nemesio Pinto —se presentó. Hizo un signo a los agentes—. Subidle al vestíbulo cuando esté libre. Tengo que hablarle.

Las esposas fueron abiertas con algún trabajo. Harry se puso en pie. Tenía los miembros entumecidos, pero se encontraba en bastante buena forma y, sobre todo, ansioso de fumar.

Encendió un cigarrillo mientras dos de los agentes le conducían por la escalera que anteriormente bajó a rastras y, de pronto, apenas llegado a la mitad, se dio cuenta de que en lo alto resplandecía la luz del sol. Miró su reloj y se lo llevó instintivamente al oído. Funcionaba.

Había supuesto que sería noche cerrada, ¡y eran escasamente las cinco y cuarto de la tarde!

El teniente Pinto le aguardaba arrellanado en un sillón, balanceando negligentemente una pierna y con un vaso en la mano. Había, al parecer, localizado el depósito de bebidas de Bruno, pues tenía cinco vasos más y un par de botellas en la mesa inmediata.

Examinó a Harry con interés.

—Un trago le hará bien —opinó—. Sírvaselo y siéntese.

El americano obedeció. Estaba pensando en la hora: ¡las cinco y cuarto! De Tánger a Rabat había 280 kilómetros, y sino demoraba la partida, podía llegar alrededor de las nueve...

—¿Cómo ha ido usted a parar al sótano? —preguntó Pinto.

Harry apuró de un trago la ginebra que se había servido, y se puso en pie.

—Lo siento, tengo que marcharme. Mañana se lo contaré todo. El teniente saltó del sillón.

—¡Oiga, un momento! ¿Qué se ha creído?

—Mañana, por favor... es cuestión de vida o muerte. Llame a la Legación de los Estados Unidos y pida por Dick Bower, del Servicio de Información. Él responderá de mí.

—Responderá usted —dijo violentamente Pinto—. Tenía muchas ganas de encontrarle, señor Gurney, y no saldrá de aquí sin haberme aclarado una porción de cosas. Estoy encargado de las pesquisas en el asesinato de Lucien Romberg y Pierre Lebrun. Sé que usted...

—¡Váyase al cuerno!

El teniente apoyó la mano en la culata de su pistola. «Las cinco y cuarto», pensó Harry. Esto obró en él como un revulsivo. Se arrojó hacia adelante, alzó el puño derecho e incrustó sus demoledores nudillos en la mandíbula del oficial. Luego, casi simultáneamente, le aplicó un salvaje zurdazo al estómago y otro rechazazo al mentón. A Pinto se le doblaron las rodillas. Cayó, pero no llegó al suelo: el americano le sostuvo y le depositó en el sillón donde antes se sentaba.

Uno de los guardias había asistido al final de la escena.

—¡Quieto! —gritó.

Agachándose detrás del sillón, Harry extendió la mano, asió la pistola del teniente y la sacó de la funda. El guardia, al verlo, disparó. Falló el tiro. En cambio, la bala con que replicó el americano le arrancó limpiamente la pistola de entre los dedos.

El agente lanzó una exclamación de sorpresa y dolor. Otros agentes acudían, los más próximos desde el *living* vecino. Harry, sin esperarles, se precipitó a la puerta y escapó.

Su «Alfa Romeo» se encontraba casi delante. Saltó al asiento. Demarró. Los policías salían de la casa y, para contenerles, disparó otra vez, muy por encima de sus cabezas. Esto le dio tiempo a poner

el coche en marcha y alejarse como un bólido a través del jardín.

La puerta de la verja estaba abierta, por fortuna. Así ganó la calle y se apresuró a poner la máxima distancia entre él y sus perseguidores. Se sentía íntimamente satisfecho. Tenía expedito el camino de Rabat, y quién sabe si hasta el camino del triunfo.

¡Bruno le había deseado buena suerte!

Antes de abandonar la ciudad hizo alto en un surtidor de gasolina para llenar enteramente el depósito, y desde allí, aprovechando la ocasión, llamó por teléfono a Dick Bower.

—He tenido un tropiezo con la policía... Le he pegado a un tal teniente Pinto —dijo—. Arréglalo. Dick. En este momento no estoy para complicaciones innecesarias.

El diplomático replicó:

—Pinto ha ido a casa de Bruno de Silva.

—¿Cómo lo sabes?

—Sigo de cerca la investigación. Al averiguarse que los dos indios muertos en «El Minzah» eran los criados de Bruno, la policía se ha echado materialmente encima de él. Parece ser, no obstante, que ha desaparecido de la Zona, y entonces Pinto ha ido a registrar su casa. ¿Qué tal vuestro almuerzo?

—Muy interesante. Bruno me ha encerrado en el sótano. Todavía seguiría allí si el teniente no llega a sacarme.

—¿Y tú le has pagado?

—Sí.

—¿Dónde está Bruno?

—Supongo que en Rabat. Adiós, Dick.

—¡Eh, espera! —exclamó el diplomático.

Pero Harry cortó la comunicación. En el momento de hacerlo ocurrió algo que le obligó a volverle como un relámpago, amartillando la pistola de Pinto: ¡una sombra se había movido en la pared!

Suspiró. No era sino la sombra que proyectaba a través de la ventana una sábana colgada, del piso superior y agitada por el viento.

Una sombra... Harry, repentinamente, pronunció una violenta maldición. En el café donde otra sombra en movimiento le había alarmado, se preguntó qué daño podía desprenderse de que alguien hubiera escuchado sus conversaciones telefónicas. Entonces dedujo

que ninguno, ¡pero ahora se daba cuenta de hasta qué punto se equivocó! ¡Una de las personas con quien había hablado era Lyse! Si alguien le espiaba... si alguien vio qué número marcaba... si alguien averiguó después a qué lugar correspondía el número...

Lo marcó nuevamente. Una expresión de desaliento se fue extendiendo por su rostro mientras oía sonar la llamada al otro extremo del hilo, vez tras vez, minuto tras minuto, ¡sin que le respondiera nadie!

Por fin renunció. Estaba furioso consigo mismo. Como el encargado del poste hubiera ya terminado de llenar el depósito, le pagó, empuñó el volante y se fue.

Pero no se fue por la carretera de Rabat, sino que, apretando a fondo el acelerador y eludiendo las vías transitadas, rodeó la mitad de la población y tomó la ruta de Malabata hasta llegar a la altura de El Charf. Allí torció hacia el interior por el mismo camino que hiciera a primera hora de la mañana, en compañía de Lyse. El poderoso motor del «Alfa Romeo» roncaba como un monstruo encolerizado.

A pesar de que estaba prevenido, de que adivinaba que algo muy grave había ocurrido en la casita, Harry se sintió enloquecer de dolor y de rabia ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos al descender del coche. En la explanada donde alzábase la blanca construcción y a la puerta de ésta, había dos cuerpos: el de un hombre y el de una mujer.

Eran los cadáveres de sus sirvientes. Los habían degollado, y cada uno yacía en el centro de un círculo de tierra empapada en sangre.

En la casa no había más rastro de Lyse que su cámara y su *flash*, bestialmente pisoteados en un rincón del vestíbulo. Harry, sombrío, se paró a contemplarlos. Aquello había sucedido por culpa suya. Los ojos que, emboscados, acechaban constantemente sus movimientos habían observado el número que marcaba cuando, aquel mediodía, llamó a la joven. Bruno, por el número, habría descubierto el refugio de Lyse sin la menor dificultad. A la vista estaban las consecuencias.

Pero ¿por qué fue secuestrada la muchacha?

Harry encontró la respuesta a esta pregunta en el cuarto que a ella le habían destinado.

Sobre la cama había una nota manuscrita:

«Te conozco y sé que conseguirás escapar. Pero tú eres muy delicado con las damas, Harry. Si quieres que Lyse Cappa siga viva, no muevas un dedo hasta mañana por la mañana. ¿He acertado al suponer que pasarías por este nidito antes de marcharte a Rabat?

»Un saludo afectuoso de,

»Bruno».

El agente secreto arrugó el papel en su mano. Luego, empero, no titubeó: corrió al coche y se lanzó a todo gas hacia el sur. Su rostro parecía tallado en mármol.

Y ni siquiera se detuvo en la frontera de la Zona, donde la policía había cerrado la barrera del puente internacional. Su «Alfa Romeo», a ciento diez por hora, se llevó la barrera por delante.

—Ha pasado —anunció el jefe del puesto, por radio, a Nemesio Pinto—. Lo siento, mi teniente. Cualquiera creería que le persigue el diablo...

CAPÍTULO XII

El obeso *Monsieur* Gosselin, de quien todos sabían que era comisionista de géneros de punto, bebió nervosamente un sorbo de su copa de ajenjo. Apenas atendía a lo que se hablaba en la tertulia. Llevaba ya varios minutos pendiente de un forastero vestido de color oliva que se tomaba una ginebra en el bar. El forastero tenía la vista obsesivamente fija en él, y ésta y no otra era la causa de que a *Monsieur* Gosselin se le hubieran alterado los nervios.

Por fin no pudo más, y se levantó.

—Perdonad, vuelvo enseguida —dijo a sus compañeros de mesa. Uno tuvo que apartar su silla para que saliera. —Perdón— aplastó un pie bajo su zapato, y oyó un gruñido—. ¡Perdón!

Se dirigió al bar caminando pesadamente y, a dos palmos del desconocido, pidió otro ajenjo. Por un ángulo de la boca preguntó:

—¿Qué quiere? ¿Pasa algo conmigo?

El hombre, ahora, no parecía preocuparse sino de la gente que transitaba, ante la puerta del café, por la acera de la calle de Víctor Hugo.

—Qué mala memoria tienes, Pepo —murmuró.

—¿Pepo? —repitió el gordo—. ¿Me ha llamado Pepo?

—Sí.

El barman sirvió el ajenjo. Gosselin lo cogió y bebió.

—Huh —hizo, resoplando—. Eres Laporte... Jean Laporte.

—Ahora me llamo Harry Morton Gurney. Vámonos de aquí, he de hablarte, es urgentísimo.

Gosselin pagó y, sin más, echó a andar. Harry le siguió a la calle, se le adelantó y abrió la portezuela del «Alfa Romeo», que estaba cubierto de polvo, detenido junto a la esquina.

—Sube.

El gordo subió, se arrellanó en el asiento y encendió un cigarro. Harry se sentó junto a él.

—¿A qué hora llega el avión del jefe del Gobierno?

Gosselin pestañeó y dedicó unos segundos a mirar fijamente al americano.

—A las diez.

—Queda bastante menos de una hora. Atiéndeme, Pepo. Acabo de llegar de Tánger persiguiendo a un viejo conocido tuyo: B. X. 14... Trabaja para la Hermandad Musulmana y va a cobrar medio millón de dólares por asesinar a vuestros ministros. Lo tiene todo a punto y está aquí.

Pepo Gosselin no varió de expresión, pero, de pronto, se arrancó el cigarro de la boca y lo arrojó casi con ferocidad.

—En marcha —dijo.

—¿A dónde?

—A ver al general Binet. Es el jefe de las fuerzas especiales de seguridad —murmuró un juramento—. Buenas noticias traes, Laporte, maldito seas.

Harry demarró y no contestó nada. Comprendía perfectamente que había dado al obeso francés un disgusto: la Hermandad Musulmana, medio millón de dólares, B. X. 14 y menos de una hora de plazo antes de la llegada del jefe del Gobierno, eran cuatro elementos característicos de una catástrofe. Era lógico que, a Gosselin, las catástrofes no le agradaran, y que no le agradaran a casi nadie en Rabat.

El gordo sólo despegó los labios para indicar la dirección. El general ocupaba un despacho habilitado en la Jefatura de Policía. Gosselin, al llegar, habló secretamente con un funcionario, y él y Harry fueron introducidos al instante.

El general Binet era calvo como una bola de billar.

—¿Ocurre algo grave, Gosselin? —preguntó. Sus ojos, claros y duros, brillaban como dos diamantes—. Es la primera vez, si no me equivoco, que se le ve a usted aquí. Puesto que abandona el incógnito...

—Usted conoce África desde hace muchos años —le interrumpió el gordo, secamente—. ¿Se acuerda de B. X. 14?

El general enarcó las cejas.

—Sí.

—Éste es Laporte, un agente americano. —Gosselin señaló a Harry con el pulgar—. Viene de Tánger, y dice que B. X.

14 va

a cobrar quinientos mil dólares de la Hermandad Musulmana por asesinar al jefe del Gobierno.

Hubo un silencio dramático. El general Binet había palidecido. Sus ardientes ojos se trasladaron a Harry, y luego, mientras le miraba, tomó una pipa de encima de la mesa y comenzó a cargarla maquinalmente.

Por fin, el americano inquirió:

—¿Sabe usted lo que eso significa, mi general?

—Sí. —Binet encendió la pipa. Estaba dominando su primera emoción—. ¡Significa que B. X. 14 se saldrá con la suya!

—Supongo que todas las medidas de protección han sido tomadas...

—¿Supone también que ahora servirán de algo?

—No... —Gruñó Harry. Era una suerte que tanto Gosselin como el general se hubieran percatado tan deprisa de la gravedad de la situación, sólo por el hecho de haberse mencionado a B. X. 14—. Sin embargo, me permito sugerir que releve las fuerzas que han de custodiar el aeródromo y el palacio del sultán por otras rigurosamente seleccionadas...

—La custodia ha sido encomendada a la Legión Extranjera.

—No importa, releve usted las unidades. Si se cuenta con una traición de su parte, que es uno de los medios de acción posibles, esto hará fracasar el golpe.

Binet asintió.

—No es mala idea. ¿Ha pensado algo más?

Ni él ni Gosselin, se dijo Harry, perdían tiempo en detalles inútiles. Ninguno de los dos puso en duda su informe, ni le preguntó cómo había descubierto el plan, ni anduvo por las ramas: ambos fueron directamente al nudo de la cuestión.

—Tengo una pista —declaró—. B. X.

14 ha

estado procurándose pasaportes norteamericanos falsificados, sin duda para que los utilicen sus hombres después del atentado, poniéndose a salvo abandonando Marruecos. Estos pasaportes se hallarán ahora en su poder. El paso que hemos de dar es

extraordinario, pero imprescindible: movílice usted a toda la policía disponible, y dedíquela a detener súbditos americanos. Ni uno solo ha de escapar, no importa que protesten o que reclamen, o que la Legación trate de intervenir. Adelante; después vendrán las explicaciones.

El general consultó su reloj.

—¿Quiere que haga eso en tres cuartos de hora?

—En media hora.

—No respondo del resultado. Harry se encogió de hombros.

—Qué remedio, mi general. Es cuanto se me ocurre. —Se volvió hacia la puerta—. Nos reuniremos en el aeropuerto cinco minutos antes de las diez, y ojalá haya suerte.

Binet descolgaba ya el teléfono.

—Gracias.

Gosselin salió en pos del americano.

—Has olvidado una cosa, Laporte —dijo—. Has olvidado al propio B. X. 14. Si está en Rabat, hemos de echarle el guante.

En los labios de Harry se dibujó su dura y feroz sonrisa.

—B. X. 14 corre de mi cuenta. Asunto personal.

—¿Puedo ayudarte?

—Tú sabrás. Ha traído consigo a una muchacha... quiero decir que la ha traído contra su voluntad por fuerza, y pretende utilizarla como rehén. Mira si esto te sirve para localizarle.

—Llámame a las diez menos cuarto: mi número está en la guía por Gosselin —el gordo suspiró—. Voy a tener mucho trabajo, Laporte, muchísimo. Caeremos sobre todos los elementos sospechosos de contacto con la Hermandad Musulmana e intentaremos hacerles cantar a tiempo, pero será inútil. Todo será inútil. ¿Por qué no avisar al aparato de los ministros que aterrice en Fez en lugar de aquí?

Descendieron a la calle.

—Indícaselo al Residente —replicó, mordazmente, Harry—. Accederá... si no le importa poner en ridículo el prestigio francés.

—¿Tú crees que eso envalentonarla a los nacionalistas?

—¿Tú no?

—Yo también —asintió, con tristeza, Gosselin—. Adiós, Laporte.

Harry, al volante de su coche, atravesó el barrio europeo y lo abandonó en dirección a la parte baja de la ciudad. Aunque su

rostro no le traicionaba, había perdido casi por completo la fe en el éxito de su misión. Le quedaba una sola esperanza, pero era una esperanza pequeña, miserable, y limitada todavía por los pocos minutos que faltaban para que el acontecimiento clave de aquella crisis se produjese. No sabía siquiera en qué consistían los propósitos concretos de Bruno de Silva. El atentado, ¿ocurriría a la llegada del avión? ¿En el trayecto del jefe del Gobierno hasta el palacio del Sultán? ¿En el palacio mismo? ¿Al regreso? ¿Al despegar el aparato camino de París? Ocurriera cuando ocurriese. ¡B. X. 14 era demasiado experto y arriesgaba demasiado en la empresa para incurrir en vulgaridades!

Harry detuvo el coche, descendió y se internó a pie por una calle angosta. Desembocó en una abigarrada vía comercial, a la que la noche no había privado aún de su animación. A medida que avanzaba por ella iba encontrando muestras de las actividades mercantiles más inverosímiles, diversas y desconcertantes. Un grupo de indígenas arrebujaos en sus chilabas escuchaba expectante los relatos de un *rawi*, un juglar harapiento que pregonaba las proezas de cierto antiguo caudillo; otro grupo se apiñaba en torno a un encantador de serpientes, que acompañaba con el toque quedo y ritual del *bender* su teatral exhibición. Pasaba un *aomi*, un mendigo ciego; y un *fakih*, ante quien se inclinaban los creyentes para besar el borde de sus vestiduras; y un aguador haciendo sonar su campana; y una mujer de rostro velado que expandía un aura de intenso perfume.

A través de un laberinto de mercancías entremezcladas — cacharros, especias, telas, panes, haces de leña, carbón, pescados, frutas, maderas policromadas—. Harry alcanzó, en una esquina, la puerta de un pequeño bazar. Entró. El propietario hindú le dedicó una reverencia y una untuosa sonrisa.

—Quiero un buen sueño —dijo el americano, en francés. El hindú se enderezó rápidamente. Titubeó.

—*Monsieur*, usted se equivoca...

Harry depositó mil francos sobre el mostrador.

—Quiero un buen sueño.

El hindú recogió el dinero, se inclinó otra vez, fue hasta el fondo de la tienda y apartó una cortina.

—Permítame que le indique el camino, *monsieur*.

—Lo conozco.

Detrás de la cortina había una escalera descendente iluminada por una bombilla rojiza. Harry bajó. En los últimos peldaños empezó a percibir un aroma entre acre y dulzón, inconfundible... Luego, de las sombras, un negro flaco y viejo salió a recibirle. No se cambió entre los dos una sola palabra. El negro le introdujo en un salón lleno de tapices y almohadones. Sobre algunos de éstos, unas figuras apenas visibles en la semioscuridad dormían o chupaban largas pipas negras. El humo inquietante del opio flotaba en el aire.

Harry ordenó:

—Dile a tu amo que venga.

—¿Mi amo, *sidi*? —susurró el negro.

—Sí, tu amo: Mohamed Chandra, ¡vivo!

El negro se fue. Momentos después, apenas Harry se hubo sentado en uno de los almohadones, un hindú panzudo como un ídolo se le aproximó, caminando recelosamente a través del salón. Todo su recelo, no obstante, se desvaneció al verle.

—Es un honor tenerle de nuevo en mi casa, *Monsieur* Laporte —sonrió, Harry señaló el almohadón.

—Siéntate a mí lado. Es tarde y he de hablarte.

—¿No le sirvo una pipa?

—¡Siéntate!

El hindú miró en torno y se sentó. Harry, inmediatamente, sacó su billetero, y de éste un billete de cien dólares.

—Bruno de Silva ha llegado esta tarde a Rabat —dijo—. Tú recuerdas muy bien a Bruno de Silva, Mohamed, no pongas esa cara... Necesito saber dónde se oculta. Cien dólares... tómalos. Habrá cien más para ti si me lo averiguas antes de media hora.

—¿Yo?

—La ciudad entera está cribada por tus condenados agentes y vendedores, ¿no es así?

Si tú no lo averiguas, nadie puede hacerlo.

Mohamed Chandra cogió el billete, suspiró y se puso en pie.

—¿Le sirvo una pipa, *Monsieur* Laporte? —insistió suavemente.

—No.

El hindú se alejó con las manos cruzadas sobre el vientre.

¡Eran las nueve y veinticinco minutos!

Harry fijó obsesivamente la mirada en su reloj, Era una locura,

le faltaba tiempo, ¡no lo conseguiría jamás! ¿Cómo desbaratar en los treinta y cinco minutos siguientes los planes que el poderoso cerebro de Bruno había forjado durante horas y más horas de laboriosa preparación? ¡Y sin otra alternativa que la de permanecer inmóvil, ocioso recostado en el almohadón de seda de aquel antro miserable!

Las nueve y media.

Harry encendió un cigarrillo y cerró los ojos. Pensó que acaso una pipa, una buena pipa con su bolita de *chandu* humeante, hubiera aliviado la terrible tensión de sus nervios. Si no la pidió fue porque, a despecho de lo que le decía su propia razón, no estaba todavía seguro de su fracaso. Le quedaba una probabilidad entre cien mil y, si se daba, necesitaba tener completamente despiertos los sentidos...

¡Las diez menos cuarto!

Ya no podía esperar más, o de lo contrario llegaría tarde al aeropuerto. Se levantó.

Seguir allí era definitiva y rotundamente inútil.

Había cruzado la mitad del salón cuando vio que Mohamed Chandra acudía a su encuentro.

—¿Y bien?

—Es cierto, Bruno de Silva está en la ciudad —cuchicheó el hindú—. Ha venido con una joven francesa...

—¿Dónde le encontrará?

—No sé en este momento, *monsieur*. Ha pasado unas horas oculto en casa del viejo Mustafá Kenama, pero se ha ido ya. Sin embargo... yo le buscaría en el aeropuerto. Me han dicho, ¿comprende?, que vestía de un modo especial... como para pilotar un avión...

¡Para pilotar un avión! ¿Formaba esto parte de los planes del atentado? O, simplemente, ¿era el medio de fuga que Bruno había elegido?

—¿Y la muchacha?

—Estaba con él.

El americano depositó en manos de Mohamed un segundo billete de cien dólares.

—Gracias, no olvidaré este servicio.

¿Tenía una pista, o no tenía nada? ¿Qué servicio? ¿No habría

pagado doscientos dólares por unas pocas palabras huecas?

Desde arriba, desde el bazar, llamó por teléfono a Gosselin.

—Nuestro hombre se ocultaba en casa de Mustafá Kenama, un viejo santón fanático —le dijo el gordo—, pero ha desaparecido e ignoro dónde está ahora. Date prisa, Laporte. Son las...

Harry colgó furiosamente el aparato.

CAPÍTULO XIII

Una patrulla de legionarios armados de fusiles cerraba el acceso al aeropuerto.

—Lo siento, no puede usted pasar —dijo uno. Harry replicó:

—Avise a su oficial. El general Binet está esperándome.

Eran las diez menos cuatro minutos. Eran menos dos y medio cuando llegó el oficial.

—¿Es usted *Monsieur* Laporte?

—Sí.

—Bien, tengo órdenes del general de conducirlo inmediatamente a su presencia. —El oficial abrió la portezuela y subió al coche—. Está en la pista cuatro. A la derecha.

Todas las luces del campo se hallaban encendidas. Mientras conducía, Harry vio, en el cielo, sorprendentemente próximos ya, los focos intermitentes de un aparato. Experimentó un extraño vacío en el estómago. Sonaba la hora, llegaba el momento, ¡pero él seguía moviéndose a ciegas como un estúpido!

Había soldados por todas partes, distribuidos estratégicamente.

—Más a la derecha —indicó el oficial.

El «Alfa Romeo» se detuvo junto a la pista. En el extremo de ésta aparecía un pequeño grupo de hombres, entre los que figuraban Gosselin, el general y otros dos militares. Estaban todos mirando a lo alto, contemplando el amplio círculo que describía el avión. Detrás de ellos aguardaban seis coches custodiados por cuatro legionarios.

—De modo que están aquí ya —dijo Harry a media voz. Se colocó junto a Gosselin, y señaló el aparato con la cabeza—. Daría cualquier cosa por saber lo que va a ocurrir.

Gosselin no respondió. El general Binet se volvió, miró a Harry y

luego al oficial.

—Regrese a su puesto, teniente. El teniente saludó y se fue.

El avión, ahora perfectamente visible, era un bimotor de pasajeros. Descendía para posarse en el extremo de la pista, con cierta majestad, como consciente de la expectación que había despertado.

El general, sin embargo, añadió:

—No son ellos todavía, Laporte —murmuró, algo ininteligible—. Todas las precauciones están tomadas. Me atrevo a jurarle que, si algo se produce, no será aquí. Veremos luego...

Gosselin empezó a encender un cigarro.

De pronto, una de las torres del aeropuerto emitió una señal luminosa. El gordo se sobresaltó.

—Ahora sí —jadeó—. Han solicitado aterrizaje. Deben de estar encima de nosotros. El bimotor rozaba con sus ruedas la pista. Harry lo miró fijamente.

—¿Quién viene ahí, entonces? ¿Quién viene en ese avión?

—Turistas. Se han retrasado diez minutos.

—¿Qué turistas?

—Una expedición de universitarios portorriqueños.

¡Otras luces de situación surgieron en lo alto!

—Le dan la pista cinco —dijo el general—. Confluye con ésta, no es necesario trasladarse.

Harry vio que las dos pistas confluían, efectivamente, a su espalda, en una explanada de desembarque, frente a la estación aérea. El bimotor se acercaba, rodando a pequeña velocidad. Las luces del otro aparato cruzaban el campo de derecha a izquierda.

¡Una expedición de universitarios portorriqueños!

—Tengo ganas de terminar de una vez —gruñó Gosselin.

El avión de los turistas pasó lentamente por delante del grupo, llegó a la explanada, maniobró y se detuvo. De la estación aérea sacaron unos empleados una escala, y la empujaron sobre sus ruedecillas hasta adosarla al costado del aparato. La puerta de éste se abrió.

Harry, durante el tiempo que duró la operación, había estado pensando intensamente, angustiosamente, casi dolorosamente. Los primeros portorriqueños aparecieron. En el mismo instante, el segundo avión fue visible al extremo de la pista número cinco.

El agente secreto gritó:

—¡Retírenle el permiso de aterrizaje! ¡Es necesario que ese aparato no tome tierra!

—¿Está usted loco? —exclamó el general.

—¡Por Dios, mi general, haga lo que le digo antes de que sea tarde!

Fue Gosselin, tan gordo y tan pesado, quien se lanzó hacia la torre de mandos agitando los brazos rabiosamente. Harry, por su parte, echó a correr hacia la explanada, por donde los primeros componentes del grupo de universitarios caminaba en dirección a la estación aérea.

Y empuñó su pistola mientras corría.

—¡Alto! ¡Arriba las manos, todos!

La reacción de los portorriqueños fue fulminante, asombrosa. Los más próximos al avión regresaron apresuradamente a éste y los demás se desperdigaron huyendo de la luz, ¡pero todos sacaron de sus valijas unas pequeñas pistolas ametralladoras!

—¡Quítese de en medio, condenado! —bramó el general.

Harry se apartó y se arrojó al suelo en el instante en que Binet comenzaba a hacer sonar su silbato de órdenes. Las pistolas de los portorriqueños rugieron. Esto duró un segundo, dos, quizá tres. Luego, el rugido fue ahogado por el espantoso concierto de las armas de los legionarios que custodiaban las pistas...

Tendido en tierra, el agente secreto sintió unas absurdas ganas de reír. ¡En el último minuto, el plan de B. X. 14 había fallado! ¿Qué fue lo que le reveló la verdad? ¿Una intuición? ¿Un raciocinio?... Fuera lo que fuese, se había, dado cuenta a tiempo del error que trastocaba toda la perspectiva del asunto: los pasaportes falsificados, que constituyeron ya en Casablanca su primera pista, no los quería B X. 14 para sacar a sus hombres de Marruecos después del atentado, ¡sino para introducirlos antes! ¡Aquellos supuestos universitarios portorriqueños eran en realidad asesinos a sueldo de la Hermandad Musulmana!

El proyecto de Bruno aparecía ahora con meridiana claridad. El avión careado de «turistas» aterrizaba en Rabat unos minutos antes que el de los ministros franceses, y cuando éstos se aproximaban a la estación aérea eran acibillados por los portorriqueños que aguardaban pacíficamente la inspección de sus pasaportes. En la

confusión, el grupo se daba a la fuga, sin duda utilizando el mismo aparato con que llegó: o moría como los fanáticos solían morir: de pie y con las armas en la mano.

¿Qué era en tanto de B. X. 14? ¿Dónde estaba? ¿Y dónde estaba Lyse?

—¡Diera a sus hombres que inutilicen el avión! —gritó Harry al general—. ¡Que usen granadas de mano, si las tienen!

Binet despachó un enlace. La batalla se había generalizado, y en el extremo de la explanada se veía a cuatro de los supuestos portorriqueños muertos, pero los demás resistían.

En esto un gran cuerpo se arrastró junto a Harry. Era Gosselin. Respiraba fatigosamente.

—¿No dijiste que lo de B. X. 14 era para ti asunto personal? —articuló.

—¿A qué viene eso? Gosselin extendió el brazo.

—Mira.

En el lado opuesto al campo de aterrizaje, sobre una pista de tercer orden, se veía una pequeña avioneta. Un hombre manipulaba en aquel momento la hélice.

Las palabras que pronunciara Mohamed Chandra en el fumadero de opio acudieron a la memoria del americano como rayos de luz: ¡Bruno de Silva vestía como para pilotar un avión!

Una patrulla de legionarios se había percatado de que la avioneta se disponía a partir. Los soldados corrían hacia ella y, cuando el hombre disparó, se tendieron en tierra e hicieron uso de sus fusiles. Harry comprendió que tenía a toda costa que impedir aquello, lo mismo el tiroteo que la fuga; porque no sería Bruno el único ocupante del aparato sino que llevaría a Lyse Cappa consigo, y Lyse Cappa no podía morir.

¿Y por qué no podía morir? ¿Qué importaba un muerto más o menos? Harry se lo preguntó mientras abandonaba su posición al borde de la explanada y retrocedía hacia el «Alfa Romeo» a la carrera. ¿Por qué no? ¿Acaso había algo en la muchacha que, para él, la diferenciase de las demás personas, de gente como Hamin, o Eddie Smith, o *Lady Helena Kelly*? ¿Por qué le acongojaba de modo tan especial la idea de que las balas de los legionarios la alcanzasen?

Sin darse a sí mismo respuesta, saltó al volante del coche, tiró

del demarré y partió con un salvaje ronquido del motor. La distancia que le separaba de la avioneta era considerable, y el hombre ya había trepado a bordo y se adivinaba al aparato a punto de emprender el vuelo pero él apretó el acelerador sin vacilar. El «Alfa Romeo» tomó una pista auxiliar y se lanzó hacia adelante como una flecha. Su ronquido se transformó en silbido, cada vez más agudo, más, ¡más!

La avioneta comenzó a moverse, aceleró, echó a correr por la pista. Harry tomó un viraje sobre dos ruedas, y pasó a velocidad increíble junto a los legionarios. ¡Su coche se aproximaba al aparato implacablemente, metro a metro, como empujado por la mano del destino!

Pronto estuvo detrás de él, luego a su altura... Las ruedas de la avioneta se alzaron del suelo y Harry comprendió que, a fin de cuentas, su presa se le escapaba. Pero no quiso resignarse. Dio un último pisotón al acelerador, que imprimió al «Alfa Romeo» tremendo impulso, y soltó el volante y se puso en pie sobre el asiento. Tenía la cola del aparato en el aire, casi junto a su cabeza. El coche, falto de dirección, se desvió violentamente. Antes, empero, Harry había saltado...

¡Había saltado y estaba colgado del timón de la avioneta!

Fue como si le arrancaran los brazos. Por un momento creyó que no podría resistir, que sus fuerzas fallarían y se precipitaría irremisiblemente al suelo. Luego, ciego de cólera y dolor, se encontró, sin saber exactamente cómo, montado sobre el cuerpo del aparato y con la trasera de la carlinga a su alcance.

El piloto lo advirtió, pero estaba demasiado ocupado en mantener la estabilidad del pequeño aeroplano para intentar una maniobra que arrojase al agente secreto al vacío, y cuando lo intentó era tarde. Harry, como loco, destrozó el cristal de la carlinga y se abalanzó al interior.

Sonó un grito de mujer:

—¡Señor Gurney!

En la avioneta había dos personas: una, maniatada, era Lyse; la otra, aferrada a los mandos, era Bruno de Silva.

Harry se echó encima de éste, y trató de arrancarle de su asiento. Bruno se debatió. Le vio la cara mientras forcejeaban: ¡diabólica, contraída en un rictus que infundía horror! Y no

obstante, B. X. 14, el agente doble más hábil y peligroso del mundo... ¡tenía miedo! No luchaba para vencer, sino sólo para no morir: no para librarse de su enemigo, sino para no perder el control de la avioneta...

Harry pesó. Una vez, dos, tres... ¡quince veces! Oyó a Bruno gemir y mugir. Su sangre le ensució las manos. Por fin consiguió lo que se proponía: apartarle de los mandos y dejar el puesto del piloto libre. Pero en el mismo instante el aparato dio un salto de caballo salvaje, pareció materialmente doblarse sobre sí mismo. Harry perdió el equilibrio y no advirtió claramente lo que ocurría; sólo tuvo noción de un golpe, un gran ruido y un aullido de pavor que se apagaba como si estuviera alelándose.

Lo comprendió todo cuando la avioneta recobró la estabilidad. Lyse había caído del sillón y estaba en el suelo. El también. En cambio, a Bruno no se le veía por ninguna parte. Un nuevo y enorme boquete abierto en el cristal era el único testimonio de lo que acababa de suceder: Bruno había salido despedido. Del célebre B. X. 14 ya no quedaría en aquel momento sino una manchita de pulpa sanguinolenta sobre la dura tierra africana.

Harry se oprimió las sienes con las manos. Era el fin de una extraordinaria historia y el fin de un hombre que vivió entrañablemente unido al fondo caótico y angustioso de su época. ¡Cuántos recuerdos acababan de hundirse con él en el vacío! Harry pensó en la guerra, en la hora crítica de Dunkerque, en la hora de Rommel y el Afrika Korps, en la hora del desembarco aliado en Casablanca, en los Franceses Libres y De Gaulle y Darían; pensó en lo que se había llamado la paz por llamarlo de algún modo, y en muchas, muchísimas cosas que no olvidaría nunca. B X. 14 siempre estuvo allí, sonriente, elegante, exquisito e infernalmente peligroso... Ahora sentía Harry como si su muerte le hubiera arrancado una parte vital de sí mismo, un trozo palpitante de su propia persona.

—Señor Gurney... señor Gurney...

La voz temblorosa de Lyse le sacó de su abstracción. ¡La avioneta cabeceaba, estaba a punto de entrar en barrena!

Harry se inclinó sobre los mandos y trató de enderezarla. Enseguida vio que era imposible: la palanca de dirección, en la lucha, se había roto y agarrotado. Tiró desesperadamente de ella, al

tiempo que el sudor se le helaba sobre la piel. Nada. El aparato continuó su baile, pero era un baile que no duraría mucho. Después de él, la caída y la muerte.

—Señor Gurney...

Mirando en torno, Harry descubrió un fardo detrás de los sillones. Respiró profundamente. El fardo era un paracaídas: ¡el paracaídas de Bruno, que éste no atinó a ponerse en el apresuramiento de su fuga! ¡Una esperanza de salvación!

Frenéticamente pasó piernas y brazos por los tirantes y se ciñó el cinto. Unos segundos... De pronto, un bandazo, la sensación de que el mundo se hundía, el vértigo. El motor de la avioneta parecía chillar.

El aparato había entrado en barrena.

Harry obró por puro instinto. Encontró sin saber cómo el cuerpo de Lyse, y se abrazó a ella. Con un esfuerzo sobrehumano, gigantesco, se desplazó hacia el gran boquete abierto en el cristal. Algo se le enredó en un pie... ¡Era la muerte! El motor chillaba.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Una eternidad? ¿Una décima de segundo?

Un objeto cortante le desgarró la ropa y la cama a lo largo de la pierna izquierda. Momentos después, sin embargo, estaba libre y había salido del avión, y caía con Lyse entre sus brazos a través del aire negro de la noche.

Tiró de la anilla del paracaídas. Estrechó fuertemente a la muchacha cuando la sombrilla de seda se abrió, para que ella no se le escapara; pero no se convenció de que ambos se habían salvado hasta que se sintió flotar plácidamente, mecido por el viento, con las estrellas sobre su cabeza y un abismo de tinieblas a sus pies.

Abajo, la avioneta estalló contra el suelo, produciendo una llamarada.

—No vuelvas a llamarme señor Gurney —dijo serenamente el americano—. Mi nombre es Harry.

Notaba contra su pecho los locos latidos del corazón de Lyse. E inesperadamente descubrió que era feliz, quizá como no lo fuera en su vida. Estaba solo con la muchacha e incalculablemente lejos de todo, balanceándose en el infinito. Las luces del aeropuerto brillaban muy atrás. No se oía un disparo. Harry sonrió al pensar que en lo más íntimo de su alma deseaba no llegar nunca, ¡nunca!,

a tierra.

—Harry —murmuró la joven.

El vio el reflejo de las estrellas en sus ojos.

No pudo ni quiso contenerse, y la besó. Era probablemente el primer hombre que besaba a una mujer a medio camino del cielo.

Cuando la batalla en el aeropuerto terminó, Gosselin caminó pesadamente al encuentro del general Binet. Las granadas de mano habían materialmente reventado el bimotor, y los servicios extintores se aplicaban a apagar el fuego de sus depósitos de gasolina. Cuatro únicos pistoleros supervivientes se habían entregado.

El general, secándose el sudor de la calva, dijo:

—La avioneta se ha estrellado, ¿lo ha visto usted? Temo que Jean Laporte haya muerto.

El gordo no contestó. Estaba pensando en que Laporte murió ya en el Senegal, diez años antes. Como murió Gino Pignatelli, a quien el duque de Aosta había creído un hombre de confianza; o como Karl Schmidt, que llegó a capitán en el Afrika Korps; o como José Salcedo, el extraño comerciante de Tetuán, tan amigo de los fugitivos judíos. Había dos clases de muerte: la oficial y la verdadera. A Gosselin le hubiera gustado saber cómo el agente secreto norteamericano había conseguido siempre separarlas.

El avión de los ministros daba vuelta tras vuelta sobre el campo.

—Ya puede aterrizar —añadió el general, contemplándolo—. Ha pasado el peligro, Gosselin... ¡Santo Dios, ese hombre era una maravilla! ¡Qué pérdida para los servicios de inteligencia americanos!

—Cuando el jefe del Gobierno conozca lo ocurrido —murmuró Gosselin—, apuesto a que le concede a título póstumo una condecoración.

El general captó algo raro en su tono.

—¿Se burla usted? —preguntó secamente El gordo suspiró.

—El hombre a quien llamamos Laporte ha muerto demasiadas veces y ha recibido demasiadas condecoraciones póstumas, mi general. Sospecho que esta vez, sin embargo... se ha recompensado a sí mismo.

—No le comprendo. Demasiadas veces...

—Me dijo que había una cuestión personal entre él y B. X. 14...

—¿Y qué?

—B. X. 14 tenía consigo a una muchacha. Ella era la cuestión personal.

La torre de mandos del aeropuerto emitió un destello luminoso. El avión descendió hacia el extremo de la pista.

—Pero ¿no ha muerto Laporte? Gosselin asintió.

—En cierto modo, sí, ha muerto definitivamente. Será su última muerte oficial.

—¿Muerte oficial? Gosselin, ¿qué le pasa a usted? ¿Se ha chiflado?

El gordo guardó de nuevo silencio. Sonreía. Había recordado que, para casarse, un hombre debe usar su nombre verdadero. Hubiera dado en aquel momento lo que le pidieran por saber cuál figuraría en la licencia matrimonial de Jean Laporte.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).

Notas

[1] La Hermandad Musulmana acapara en los periódicos los grandes titulares con frecuencia suficiente para no dar aquí razón de su importancia. Baste recordar que, entre otros crímenes de resonancia mundial, se deben a su sección secreta el atentado, en Egipto, contra Gamal Abdel Nasser, y en el mismo país el asesinato de Nocachi Pachá, así como los del primer ministro libanés Sohl, Alí Razmara en el Irán y Liaquat Alí Khan y el Mahatma Gandhi en la India. < <